This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Google

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA [illegible]

HARVARD COLLEGE LIBRARY

BOUGHT WITH THE INCOME OF

A FUND GIVEN BY

ARCHIBALD CARY COOLIDGE '87

AND

CLARENCE LEONARD HAY '08

BOCETOS AL LAPIZ

DE LA MISMA AUTORA

TRADICIONES, LEYENDAS Y HOJAS SUELTAS....... 1 tomo en 4.°
ELEMENTOS DE LITERATURA para el bello sexo.... 1 ,, ,, ,,
TRADICIONES, crónicas y leyendas... .... 1 ,, ,, ,,
AVES SIN NIDO (novela)....................... 1 ,, ,, ,,

EN PRENSA

Hima Sumac, drama nacional.

EN PREPARACION

Bibliografía Qquechua.
"La cruz de ágata" novela.
Tradiciones y leyendas Tomo III.
Bocetos al lápiz Tomo II.



CLORINDA MATTO DE TURNER

BOCETOS AL LAPIZ

DE

AMERICANOS CELEBRES

TOMO PRIMERO

LIMA

IMPRENTA BACIGALUPI, CALLE DE ESPADEROS, 237

1890

SA 8980.6

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

APUNTES DE VIAJE

Pocas, tal vez ninguna mujer peruana há merecido tantas páginas biográficas, apuntaciones de su vida, juicios y estudios literarios como la señora Matto. Nosotros hemos trepidado mucho para elejir entre los notables trabajos de los señores Sandoval, Lemoine y Delgado, este último publicado por nuestro semanario "El Perú Ilustrado," para que acompañe al grabado que aparece en la portada de este libro y hemos tenido que optar, por derecho de antigüedad dando preferencia á los apuntes del señor Gamarra que datan del año 83. Los creemos suficientes para el retrato de la notable escritora conocida y juzgada con entusiasmo en la República de las letras.

Desde el 83 la autora lleva publicados 2 tomos de Tradiciones y leyendas, un texto de Literatura, una bella novela titulada "Aves sin nido" y ha servido durante dos años y medio la redacción en jefe del prestigioso diario que se publica en Arequipa con el título de "La Bolsa."

Los EE.

APUNTES DE VIAJE.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Allá por el año de 1876, la señora Gorriti había establecido en la capital de esta república, las llamadas "Veladas Literarias," ó sea reuniones en las que se rendía homenaje al talento, se estimulaba á la juventud y se cultivaba el Arte con un entusiasmo que nunca decayó.

Cuando alguna notabilidad europea, americana ó nacional, llegaba á Lima, se apresuraba la señora Gorriti á saludarla, agasajándola con una "Velada," y así fueron recibidos Villergas y Pastor Obligado, y así fué tambien recibida la jóven escritora cuyo nombre encabeza estas líneas.

En los salones de la novelista argentina, siempre que se trataba de hacer una manifestación de la naturaleza de que hablamos, se veían reunidos los Pardo, los Amézaga, los Palma, los Fuente, los Llona, Salaverry; y formaban el encanto de aquellas inolvidables reuniones, entre otras, las Riglos

de Orbegoso, las Cabello de Carbonera, las García Robledo, Villarán de Plasencia, Lazo de Eléspuru y otras no menos distinguidas por su talento y hermosura.

Allí pues, una noche fué coronada la tradicionista señora de Turner, y por primera vez conocimos á esa jóven, cuyo nombre habíamos visto figurar en varios semanarios nacionales y extranjeros con éxito magnífico.

Allí fué donde conocimos por vez primera á esa jóven como de 20 años, esbelta y con todos los encantos de la juventud, realzados por los de un talento notable y una educación esmerada.

Con sus propias manos la señora Gorriti adornó las sienes de la hermosa tradicionista con una corona de rica filigrana, semejando las enlazadas ramas del simbólico laurel, y colocó en sus manos una valiosa pluma y tarjeta de oro, á la par que un magnífico juego de botones de no poco valor, como recuerdo de sus amigas y homenaje de sus hermanas en las letras.

La fiesta aquella fué de las mas espléndidas: los poetas cantaron á la jóven tradicionista y todos nos apresuramos á poner á sus piés una flor, como humilde tributo de cariño y admiración.

Desde entonces deseamos conocer algunos apuntos biográficos de la que, durante su permanencia en Lima, mereció la atención de aquella ilustrada sociedad.

¡Quién había de decir al que estos renglones escribe, pidiendo hospedaje en las columnas de este periódico, quién había de decirle que llegaría hasta el suelo que vió nacer á Clorinda Matto de Turner, para recojer hoy esos apuntes, que pluma mas brillante y mejor talento reclaman!

Clorinda Matto nació en el Cuzco el 11 de Noviembre de 1854, del matrimonio del señor Ramón Matto y la señora Grimanesa Usandivaras, habiendo quedado huérfana de madre á los siete años.

En el Cuzco, donde hemos recojido estos apuntes, recibió la instrucción primaria bajo la dirección de la señora Antonina Perez, y fué bajo el techo paterno donde cultivára el estudio de la Filosofía, Literatura, Historia Natural y otros que por entonces no se enseñaban en los colegios de señoritas.

En 1871 contrajo matrimonio con el señor D. José Turner, de nacionalidad inglesa: yá por entonces sus primeros ensayos literarios habían visto la luz pública en "El Heraldo," "El Mercurio," "El Ferrocarril", y "El Eco de los Andes," periódicos del Cuzco, bajo los pseudónimos de "*Mary*," "*Rosario*," "*Betsabé*" y "*Adelfa*," pues desde los trece años reveló su marcada predilección por las letras. El talento de aquella niña despertaba, como las flores de los campos, llenas de una pureza singular y de un colorido raro, á la par que encantador. Sus amigos la instaron á firmar sus escritos y aún á fundar un semanario de educación, literatura, artes y ciencias, tal fué "El Recreo;" el mejor que hasta la fecha se ha publicado en el Cuzco, tanto por lo esmerado de su impresión, cuanto por el respetable cuerpo de colaboradores que tenía entre nacionales y extranjeros.

En todos estos primeros ensayos le sucedía á Clorinda, lo que á todos los literatos que principian; andaba en busca de su centro, y así como el novelista francés Julio Verne comenzó por escribir zarzuelas, siendo su género la novela científica en que ha llegado á ser maestro; como nuestro Ricardo Palma comenzó por la poesía lírica y siguió por el drama, hasta escribir uno que le hemos oido decir que le pesa mas que sus culpas; Clorinda Matto comenzó por lo que llamaremos artículos lijeros ó sueltos, hasta que encontró el arjentado filón de las tradiciones, que con mano maestra hoy maneja, y que indudablemente aún no ha explotado en toda su grandeza, pues no son sino primeras pro-

ducciones las que le han conquistado una merecida reputación como escritora.

Hemos visto con frecuencia reproducidas sus tradiciones en periódicos extranjeros, de tanto mérito como "El Correo de Ultramar," y podemos citar entre muchas las que han sido más aplaudidas como sus "Testigos sin tacha," "Vaya un decreto," "Lo que costó un recibimiento," "El que manda, manda," "Cuenta clara, y "Tambo de Montero."

Como un homenaje de afecto y admiración á la escritora, ha publicado el señor Sánchez Diaz, Fiscal de la Córte de Huaráz, dos pequeñas colecciones de tradiciones con el título de *Cusiccoillor* y *Hojas de un libro*, y según sabemos muy pronto verá la luz pública un magnífico tomo, el primero que contendrá mas de cuarenta tradiciones, inéditas las más, y pocas de las publicadas como colaboración en "La Alborada del Plata," "La Ondina del Plata, "El Correo del Perú," "El Semanario del Pacífico." "El Porvenir." "La Cartilla Popular," "El Obrero." "El Rodadero." "La Autonomía." "La Ley," "El Album" y "La Bolsa."

Entre otros géneros que, con notable acierto ha cultivado además la señora de Turner, conocemos las hermosas leyendas indias "La peña del castigo," "Frailes" y "Cchaska." y entre sus biografías publicadas bajo el epígrafe de *perfiles*, la de María Ana Centeno, Francisca Zubiaga de Gamarra, el Obispo Antonio de la Raya y Manuel Suarez.

Bajo el anagrama de *Carlota Dimont*, ha publicado artículos de los llamados de fondo, manifestando así la facilidad de su brillante pluma, la variedad de su estudio y la fuerza de su talento. Varias sociedades literarias la cuentan entre sus socios honorarios, y creemos no engañarnos al pensar que muy en breve será una notabilidad americana; pues sus tradiciones, á más de la corrección de lenguaje á que cada dia mas se encaminan, pa-

ra seguir en la forma las huellas de don Ricardo Palma; á más de esa chispa ó tinte juguetón de don Ricardo, que le es particular, tiene, en sus tradiciones, la escritora un espíritu filosófico más marmado y una elevación de concepto que hará de sus producciones un género sobresaliente y más conforme con la corriente progresista y nueva de la época. Don Ricardo Palma es un académico que ha venido á registrar los pergaminos en los apolillados estantes de la América; Clorinda Matto será la tradicionista americana que, en la literatura de Juan M. Gutierrez, llevará á España en hermosos fragmentos la historia de su Patria.

Hemos dicho una palabra acerca de la escritora y no terminaremos sin encomiar las virtudes de la mujer peruana.

El 6 de Abril de 1883 llegamos á Tinta, á la histórica población en cuyas cercanías, en 1781, se libró aquella sangrienta batalla, en la época del vireinato de don Agustín Jauregui, entre las fuerzas españolas al mando del Mariscal de campo don José del Valle y las indígenas del patriota Tupac-Amaru, quedando éste vencido y con su sangre regado el campo en que algún dia floreciera el árbol de la libertad. Supimos que nuestra respetada amiga habitaba ese pueblo y que llevaba aún el luto de su viudedad. Su esposo habìa muerto dejándola una fortuna quebrantada, y la jóven escritora, sin dejarse abatir por la desgracia, se había puesto al frente del comercio de su casa y vivia consagrada al trabajo con la constancia, fé y talento de una verdadera norte-americana. Así no nos fué menos grato, á nosotros que la habíamos visto coronada en los salones de la señora Gorriti, encontrarla, al ír á visitarla, en su escritorio rodeada del libro mayor, del borrador y del de caja, pluma en mano, haciendo el balance de partidas numéricas, como pudiera haber estado registrando antiguallas para encantarnos con una tradición.

Acababa de establecer un molino con el que había comenzado á dar impulso á su trabajo, y sus dependientes partían en ese momento á Bolivia, llevando un cargamento considerable, cuya realización serviría para establecer en mayor escala el jiro comercial que con fe y resignación había principiado. Hé allí la mujer peruana, hé allí la laboriosa mujer cuyas prendas jamás nos cansaremos de elojiar.

¿Qué hubieran dicho Madama de Staël, Jorge Sand, Fernan Caballero, Carolina Coronado. María del Pilar Sinués de Marco y todas aquellas sobresalientes escritoras al ver á la tradicionista americana, hermosa y jóven, ni más ni menos que un banquero, un tenedor de libros ó un jefe de casa mercantil personalmente dirigiendo, ordenando, trabajando ella misma y hablando de negocios como en un salón pudiera hablar de literatura?

¿No es verdad que esto es encantador y respetable?

El estudio y el trabajo dándose la mano ¿no es cierto que simbolizan el porvenir?

No es ese el tipo verdaderamente americano, ese no es el carácter, el bello, ideal práctico de nuestra sociedad?

Un hogar santificado por el trabajo y embellecido por el Arte!!........

Una mujer que consagra su talento á su patria y que con el sudor de su frente sostiene no solo la decencia de su casa y su buen nombre sino también la educación de sus hermanos, una escritora que así vive honra á su nación y es digna del respeto y aplauso universal y quienes al encontrarla á nuestro paso hemos sido testigos de virtudes semejantes, faltaríamos á un deber no consagrándole un recuerdo.

Abelardo M. Gamarra.

Arequipa, 17 de Agosto de 1883.

INTRODUCCION

INTRODUCCION.

El historiadór tiene que tomar el escalpelo del anatómico, en lugar de la pluma galana del literato, y con aquel proceder al exámen del cuerpo, analizando los sucesos y componentes, colocando con calmosa serenidad aquí las partículas sanas, allá las viciadas, cada cual en su puesto; despues tiene que ir al pupitre, y con el escrúpulo del alquimista trasladar al papel el resultado de sus estudios.

El biógrafo no tanto.

Sin llegar á los linderos del panegírico, su tarea casi se reduce á tomar los puntos culminantes de la vida de un individuo desde la cuna, explotando sus buenas acciones para ejemplo, con más satisfacción que sus vicios para anatema; pues, la corriente civilizadora de nuestro siglo admirable, tiene yá marcado el cauce

de los trabajos intelectuales que, para vivir, necesitan llevar caudal de enseñanza.

Con estos propósitos he emprendido esta labor, acaso superior á mis fuerzas; y aunque vengo garantida por la triple entidad de sexo, corazón y conciencia, que me pone en lugar favorable para emitir juicios desapasionados y tal véz no tan desnudos de autoridad, como parezca á primera vista, al tratarse de escritos brotados de un cerebro femenino, débil y sin cultivo; no por estas consideraciones he de prescindir de solicitar la benevolencia del lector.

Enemiga soy, por carácter y por educación, de buscarle la tilde al personaje que descuella á respetable altura en el escenario de la gran comedia humana, donde me tocó tambien papel y que, en ocasiones dadas, me concede el derecho de pasar á término codeando las comparsas para abrirme paso. Pero, si esto mismo me ha hecho aspirar siempre al cumplimiento del deber, si una austera escuela de sufrimientos, poco interrumpidos, me ha legado enseñanza y rectitud de juicios, ello no importa mas que la duplicación de deberes para con la patria peruana, cuyo amor puro y límpido brilla en mi alma.

Hoy, que entrego al público sud-americano una obra meditada en la soledad, y compulsada por estudios incesantes, no temo aventurar la frase al decir que, páginas tengo en «Bocetos al lápiz,» que consuelan y avivan el patriotismo; porque los hijos de los hombres que pasaron por la tierra dejando virtudes y glorias como

huella de su tránsito, quedan aún como buen elemento para la regeneración social á que aspiramos.

Pertenezco al número de los creyentes. Tengo fe en los futuros buenos destinos del Perú.

Y si en el curso de mis estudios entro alguna vez á hacer apreciaciones duras sobre los acontecimientos de la guerra del Pacífico, en relación á la alianza Perú–Boliviana, me inspiro siempre en la justicia, recuerdo á menudo que la pluma del historiador debe ser cosmopolita hasta donde pueda, y con frecuencia me detengo para consultar autores de las tres nacionalidades ayer beligerantes. No olvido tampoco, y lo repito, que mi sexo, y mi independencia consiguiente léjos de la política, han de otorgarme la serenidad necesaria para juzgar, aunque incidentalmente personajes y sucesos contemporáneos de inmediata relación con la fisonomía moral de la persona cuya historia me ocupe.

Léjos estoy de pretender que mis Bocetos aspiren al sello de biografías completas: su nombre lo dice; pero, si con estas páginas despierto en la juventud americana recuerdos sagrados y respetos merecidos, habré alcanzado todo, quedando colmadas de recompensa las veladas que á este libro ha dedicado

La autora.



El Dr Juan de Espinosa Medrano

DON JUAN DE ESPINOSA MEDRANO

— Ó SEA —

EL DOCTOR LUNAREJO.

A Monseñor José Antonio Roca.

> **Donde crió Dios más dilatados y copiosos los tesoros de la tierra, depositó también los ingenios del cielo.**
>
> ***Dr. Fr. Fulgencio Maldonado. Censura al* APOLOGÉTICO *de don Luis de Góngora por el doctor Espinosa Medrano.***

POSTRADA y abatida se encuentra la que fué altiva reina de cetro de oro, la ciudad sagrada del Sol; pero bajo sus bóvedas se ocultan tesoros inmensos y junto á ellos descansan cenizas venerandas que los nietos hemos de remover con natural orgullo, co-

mo el patrimonio valioso del porvenir, pues, así como los hijos que sobresalen por sus merecimientos constituyen la felicidad de sus padres, tambièn es verdad comprobada que cuando aquéllos se elevan á una altura superior, atrayendo hácia sí las miradas de admiración y de respeto del mundo—á despecho talvez de la emulación, pobre y mezquina,—forman la aureola gloriosa de la tierra que, viéndolos nacer, cobijó su cuna con cariño maternal. Así es para nuestro país antorcha de luz refulgente la que vamos á sacar, de entre los sarcófagos sagrados de los muertos, para que alumbre con llama vívida de estímulo y de propia satisfacción al pueblo de Manco, grande por sus tradiciones regias y quién sabe si más grande aún por su venidero.

Si el Cuzco tuviese en blanco las páginas de sus anales, si no se hubiesen inscrito yá en ellas tantos nombres ilustres, bastaría el de don Juan de Espinosa Medrano, á quien Mendiburu apellida *el sublime* y el pueblo cuzqueño conocía con el nombre de el *doctor Lunarejo*, para oponerlo en noble parangón ante los hombres eminentes, así en literatura y ciencias como en artes y virtudes, de otras partes, desde el comienzo del siglo XVII á nuestros dias.

Los brevísimos renglones que Mendiburu há consagrado en su DICCIONARIO HISTÓRICO BIOGRÀFICO DEL PERU al preclaro ingenio de las Indias que nos ocupa, no han podido abarcar todas las noticias que los peruanos tenemos dere-

cho á investigar para el estudio de nuestra propia historia. El que, venido al mundo en cuna humilde supo elevarse, con sólo el peldaño del libro y la oración, hasta brillar como el astro rey en el cielo literario de la América del Sur, harto merece que se le consagre cuadro detallado en la yá rica galería de los ingenios patrios.

Ricardo Palma, el respetado maestro y digno guardian de los archivos bibliográficos del Perú, fué el primero que me señaló el nombre del doctor Lunarejo como tema de mis estudios histórico-cuzqueños. Cinco años llevaba de prolijas investigaciones, así en los empolvados archivos que están á mi alcance, como en la tradición oral recogida con la cautela que depura lo inverosímil, cuando el importante trabajo de don José A. de Lavalle sobre el doctor don José Manuel Valdez, su vida y sus obras, y la brevedad de los renglones del Diccionario citado, vinieron á redoblar mis afanes para dar término á las presentes líneas, comenzadas tiempo há. La referencia va para estímulo de otros, y no con ánimo de entrerrenglonarse con los tres mencionados escritores, miembros de la Real Academia Española, gloria legítima también de las letras nacionales.

I.

Allá donde los lirios nacen con mayor perfume y lozanía, en el pueblecito de *Calcauso* de

la antigua doctrina de Mollebamba, provincia de Aymaraes, en el Virreinato, nació también, hácia el año 1619, un hijo de cónyuges indígenas, entre humildes pañales, á quien dieron en el bautismo el nombre de Juan, llamándose sus padres Agustín Espinosa y Paula Medrano.

Si se ha dicho que Minerva misma recibió á Hércules en su nacimiento, salvándole de Juno, á nuestro compatriota lo recibieron en ignorado terruño los ángeles tutelares de la Ciencia y de la Virtud, para acompañarlo en toda la jornada de la vida que comenzaba. Al mismo tiempo las Musas lo prohijaron. Apolo iluminó su frente infantil con el dorado rayo del Parnaso, y el Genio, batiendo sus vaporosas alas sobre la choza de la alegre aldea, recogió el perfume de los lirios, y con él solemnizó el nacimiento del indiecito.

II.

Sano y robusto como todos los niños de la raza peruana, pocos trabajos dió á su madre el chiquitín que, después del gateo y consiguiente crianza en *coles*, (1) entró en los cinco, y después en los siete años de su edad.

El párroco de Mollebamba sostenía en la casa cural una especie de CLASE DE PÁRVULOS, en donde distraía sus horas sobrantes del desempeño ministerial, y allá iban todos los angelitos

(1) Bayeta de forma especial, como una hoja, con que sustituyen las mantillas en las poblaciones del interior del Perú.

de tez tostada por el sol, no sólo á recibir su ración de maíz cocido, sino á alabar á Dios y conocer las letras.

Juan formó número en la pequeña falanje escuelera, y acudía con tan solícito empeño y rara constancia que no se hizo esperar el tiempo en que sobrepasó á sus menudos colegas, en el conocimiento del †, *A*, *B*, *C*, aprendizaje de lectura corrida, recitación de la doctrina cristiana y ayudar á misa.

Encantado el buen sacerdote—maestro con la habilidad y conducta intachable de su discípulo, le tomó á su cargo más de cerca, pidiendo á los padres de Juan que lo dejasen desempeñar las menudas faenas de la sacristía. Así lo otorgaron ellos con grande regocijo del niño, que en la nueva ocupación no veía, como un muchacho vulgar, el halago de aprovechar los restos de las vinageras y hostiario, sonar la campanilla ó sacudir el incensario en la misa mayor, sino la proximidad al misal y á los libros del párroco.

Lo que llamamos vocación no es otra cosa que la tendencia del espíritu á su mayor perfeccionamiento, mediante las funciones en que el cuerpo toma su más noble concurso de acción.

El dia del ingreso de Juan á la sacristanía del curato de Mollebamba, quedó definido su porvenir.

III.

El ilustrísimo obispo don Antonio de la Raya, al fundar el colegio de Guamanga y el Se-

minario de San Antonio Abad en el Cuzco, creó becas gratuitas para los hijos de indios; y una de ellas cupo á Juan, por intermedio del cura de Mollebamba, llegando al Cuzco en calidad de sirviente.

En el cerebro de aquel niño dormía el genio que en hora dada debía despertar y cual llama eléctrica inflamarse, al roce de los estudios, para alumbrar primero los claustros escolares que honró; después, la poltrona del profesorado que enriqueció con su ciencia; el coro magistral que dignificó con sus virtudes; la cátedra sagrada donde su palabra potente predicó la verdad evangélica; la cumbre de la montaña sacra donde su lira de poeta entonó cánticos líricos de sublime armonía; y por fin, el modesto retrete del hombre de letras, templo augusto donde se escribe el libro con la savia de la propia existencia.

Algo más.

Vistió la túnica de cándida blancura del sacerdote católico, y su frente ciñó la nacarada diadema de la virginidad real, posesión alcanzada por heroicos y muy contados viajeros en el trabajoso valle del dolor.

Maravilla y entusiasma en verdad la vida de aquel varón, nacido en ignorada aldea, y cuya cabeza coronaron desde temprano los laureles de la gloria más saneada, cual es la que recoje la fama en alas del propio merecimiento.

Espinosa Medrano recibió de Dios el tesoro de la inteligencia para engrandecerse; pero, en

grado tal, que alcanzó la victoria más completa sobre las oposiciones que la ojeriza del gobierno colonial oponía á los hijos de naturales, para concederles el goce de las preeminencias y dignidades de la Metrópoli. Al frente de ese egoismo punible existían, no embargante, hombres de la talla de La-Raya, Las Casas y otros, cuya palabra era escuchada con respeto en el palacio de los reyes españoles: los efluvios de la inteligencia privilegiada del hijo de Indias traspasaron las barreras del Atlántico; la justicia del trono y la ley de igualdad observada por el Pontífice, ampararon los expedientes de americanos, rubricando concesiones para dar á la patria de los Incas dignidades como Juan de Espinosa Medrano y Juan Dávila Cartajena, cuzqueño también, que después de ocupar las sillas del coro de la catedral en toda su escala ascendente hasta arcediano, fué presentado por S. M. Carlos II para arzobispo de Tucumán, y preconizado por S. S. Inocencio XI en Bula de 1687.

IV.

Admitido Espinosa Medrano cn el Seminario de San Antonio Abad, en breve se impuso voluntario encierro para no distraerse en los estudios, á los que se consagró yá con firme resolución de hacerse sacerdote por vocación y nó por las mezquinas miras de la tierra, que traen como consecuencia el mal ministerio.

Su constancia la pregonaban los superiores, y

de su marcha literaria daban brillante testimonio los exámenes, cuyo éxito llamaba la atención unánime

Se cuenta que una vez dió exámen para salvar á un colega suyo, hijo mimado de un vecino notable, dueño de títulos y dineros, pero escaso, casi mendicante de ingenio trasmisible á su descendencia.

A los 18 años, Espinosa Medrano era un jóven que representaba 25. El distinguido escritor doctor don Félix C. C. Zegarra dice, en su importante BIBLIOGRAFÍA DE SANTA ROSA, que Lunarejo á los 12 años tañia yá con inteligencia y desembarazo, nó uno sino varios instrumentos musicales, habiendo logrado por sí solo hacerse á la vez que diestro ejecutante, hábil compositor.

Regular estatura, conformación robusta y sana, color oscuro, rostro y manos salpicados de muchos lunares negros, que le atrajeron el sobrenombre de *lunarejo*,—bautizo de colegio que recibió grado universitario, pues, más tarde fué llamado el doctor Lunarejo;—ojos negros, de expresión algo melancólica, mirada concentrada y atrayente, voz arrogante de timbre sonoro y pronunciación fácil, carácter suave y franco por excelencia, que lo hizo amar con entusiasmo por sus discípulos; tal es el conjunto personal del aventajado estudiante.

Parece que sus votos de castidad los hizo desde niño, y supo llenarlos con escrupulosa abnegación y pureza encantadora.

Tan repetidos eran los progresos en su plan de estudios que, á poco trecho andado en la árdua carrera de las letras, hablaba y escribía con propiedad siete idiomas á saber: latín, castellano, mexicano, portugués, griego, francés y quechua, la dulce lengua nativa, planteando y defendiendo las más difíciles cuestiones de la divina Ciencia, y leyendo los clásicos en el original de su composición.

La cátedra de Artes y Teología del Seminario le brindó muy luego sus bancos de enseñanza, y allí escribió y publicó después su obra de Lógica, en latín y castellano, cuya importancia despertó la emulación y la envidia en varios de sus contemporáneos que trataron de deprimirlo. Pero, como el tranquilo caudal que resbala en profundo álveo, prosiguió Espinosa Medrano el curso que el deber y la vocación señalaban á su talento cultivado. Consagrado á sus estudios, esperó el tiempo que iba á darle la edad suficiente para las órdenes sagradas, que, en efecto, obtuvo, graduándose en seguida de doctor en la Universidad de San Ignacio de Loyola del Cuzco, ese antiguo foco de ilustración y saber donde, como á los claustros salmantinos, acudían las notabilidades del Perú en demanda de la orla doctoral. En ésta la recibió también don Francisco de P. Vigil, como ya dije otra vez.

V.

En 1658 confiaron interinamente á Espinosa el curato de españoles de la iglesia catedral,

donde desplegó celo y virtudes singulares, y escribió una de sus obras más conocidas, terminada en 1660, de la que vamos á ocuparnos luego.

Manejaba constantemente los clásicos (1) y holgábase saboreando las páginas de Góngora, cuando tuvo conocimiento de la crítica que en la «Fuente Aganipe» hizo el portugués Manuel de Faría Sousa de su autor favorito, y escribió

(1) Mucho importa, para medir el grado de erudición de un escritor, conocer las obras que le son familiarcs. Por esta consideración cópio del "Apologético" el catálogo de los escritores que lo autorizan, y que ocupa la página 11—San Alchimo, Alcisto, Alfonso de Mendoza, Antonio Verderio, D Antonio de Solis, D. Antonio Cabreros, Apolonio, Aequario Lodola, Ambrosio de Morales, Alnar Gomez, Apuleyo, Aretinc, Aristóleles, Aristophanes, Ascencio, Asclepiades, San Agustin, Alexandro de Alexandro, Barbosa, Bartolomé Leonardo, Bervaldo, Brodeo, Biblia Sacra, Baptista Mantuano, Camoens, Claudiano, Claudio Minoe Cartario, Camerario, Carcio, Caruantes, Clenardo, San Crisóstomo, Cicerón, Coronel, Cabrera, Crinito Cornelio Tácito, San Cipriano, Cesáreo Coisteriense, Donato, Durancio, Delrrio, Erasmo, Escoligero, Faria, D. Félix de Arteaga, Festo, Góngora, Gloffa, Gilberto, Cognato, García de Loaiza, Galeoto Marcio, San Gregorio Magno, Georgio Sabino, San Gerónimo, Garcilaso, Gregorio Silvestre, Hali Carnaceo, Horacio Flaceo, Hidriano Zunio, Herrera, Homero, Hugo Cardenal, San Isidoro Juveneo, Juvenal, Julio Cándido, Juan de Mena, Illescas, Jacobo Pontano, Juan Grial, Lactancio Firmiano, Lelio Tifernate, Leoncio Gracian, Lucrecio, Lucano, Lope de Vega, Luis Vives, Laurencio Valla, Luis Barahona, Merlín Cocayo, Marcial, Maerobio, Marco Antonio Mureto, Molina el Teólogo, Matías Hauzeur, Natal Comité, Nicephoro, Nebrisense, Nicolás de Albiz, Ovidio Nason, Ortencio, Paravicino, Pherecides, Pacunio, Pansanias, Pinciano, Propercio, Prudencio, Pedro de Oña. Pedro de Bustamante, Plinio Mayor, Plinio Menor, Plutarco, Pellirer Pineda, Persio, Pretonio, Arbitro, "Prontuario de la medaglie," Planto Pierio Valeriano, Quintiliano, San Ruperto Abad, Servio, Sedulio Sousa traductor del Bocal, Teocrito, Tibulo, Teodoreto, Tertuliano, Santo Tomas de Aquino, Turnebo, Tucca, Tzetzes, Tomas Tamayo, Trajano Bocalini, Virgilio, Varron, Vatablo, Varo, Valerio Máximo, Villalpando, y Zerda; total ciento treinta y tres.

el APOLOGÉTICO DE DON LUIS DE GÓNGORA que dió á la estampa en 1662 en Lima, imprenta de Juan de Quevedo y Zárate, dedicándola al Conde Duque de Olivares, reinante en la privanza de Felipe IV y que prestaba decidida protección á literatos y pintores. Esta obra notable dió á conocer á Espinosa Medrano en España, y le conquistó tantos admiradores y partidarios como bellezas contiene la defensa del poeta cordovéz por quién fué tanto el entusiasmo de Medrano, como lo expresa el final de su canto citado por Mendiburu y que no puedo dejar de trasladar aqui, ya por la felicidad de elección, yá como por muestra del estilo castellano del cantor de los Andes que dice así:

«Salve tú, divino poeta, espíritu bizarro, cis-
« ne dulcísimo.—Vive, á pesar de la emulación,
« pues duras á despecho de la mortalidad.—Co-
« ronen el sagrado mármol de tus cenizas los
« más hermosos lirios del Helicón.—Descansen
« tus gloriosos manes en serenísimas clarida-
« des: sirvan á tus huesos de túmulo ambas
« cumbres del Parnaso, de antorchas todo el es-
« plendor de los astros, de lágrimas todas las
« ondas del Aganipe, de epitafio la Fama, de tea-
« tro el orbe, de triunfo la muerte, de reposo la
« eternidad.» (1)

---

(1) Al copiar he reformado la escritura del original donde está usada la f en lugar de s,

La Biblioteca de Lima posee un ejemplar del *Apologético*, obsequiado por el jóven cuzqueño don Pedro José Bravo al señor Palma, y cedido por éste á la Biblioteca renacida de las cenizas merced al tenaz empeño del Tradicionista.

Oigamos aún al Lunarejo en su dedicatoria de esta obra al Duque Conde de Olivares Don Luis Mendez de Haro, á quien dedicó también Don García Coronel sus «Comentarios sobre Góngora.»—«Mucho padrino es V. E. (Princi-
« pe Excmo.) para que mi pequeñez aspire á su
« patrocinio; pero menester es, que sea tan
« grande si ha de llegar su sombra hasta el otro
« mundo. Acá llegan las luces de su Valor,
« Prudencia, Rectitud, Magnificencia y Benigni-
« dad; hechizo que pudiera contentarse ciñendo
« su actividad á la esfera de toda esa Europa;
« pero pasa, arrebatando poderosamente las ve-
« neraciones, á inundar nuevos climas con la
« fragancia de tan glorioso nombre. Orlen, en
« horabuena, trozos de cadenas rotas ó eslabo-
« nes desengarzados las Armas de V. E., que á
« lazos de mas suave prisión tiene entregados
« esta monarquía los cuellos; y rómpanse por-
« que no necesite de cadenas, quien cautiva con
« las virtudes.»

Fácil es concebir que en la corte aumentó la fama del doctor Espinosa Medrano, con la rapidez vertiginosa del entusiasmo que nace y crece abonado por el mérito positivo y modesto. Nombre pronunciado yá con respeto en la estancia de la reyecía, y ciencia reconocida con el límpido brillo del diamante pulimentado, no podían menos que granjear dignidad al ilustre peruano. En efecto, vino la presentación real de 26 de Febrero de 1677, á cuyo mérito ocupó en propiedad el curato de San Cristóbal, redil

de las almas confiadas á su cayado pastoral, donde Espinosa Medrano puso en práctica todo el caudal de sus virtudes y estudios evangélicos, en favor de sus hermanos los indígenas, vertiendo al quechua el tesoro de su ciencia.

Nada simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua,—ha dicho un escritor bogotano.—En ésta se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popular evoca la imágen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra estraña, aunque viéramos campos iguales á aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas como aquella donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria (1). La realidad de esta poesía descriptiva la hemos encontrado al juzgar al doctor Espinosa Medrano.

Las páginas consagradas al poeta cordovéz respiran erudición, entusiasmo y armonía; pero los poemas líricos, en quechua, encierran toda la poesía acallada largo tiempo en el corazón de los *haravicus* peruanos. Perlas que van cayen-

(1) Cuervo, "**Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.**"

do una á una en cáliz de oro, sus versos nos hacen contemplar las praderas, ya no sólo alegradas por la pompa de sus arboledas y el susurro de sus corrientes cristalinas, hasta percibir el aroma que empapa la brisa de sus tardes, cuando el maíz amarillea y la calandria fabrica su nido, sino encantadas por el himno celestial del cristianismo, mostrando al hombre que se recostaba solitario y ciego, á la escasa fronda de los *chachacomos*, y después en fraternal unión, con luz en sus pupilas y fe en su alma, reclinado bajo la sombra de la cruz santa de la redención.

Limpic chaccha mayo, suchurillay
chaquiñyta ttasnurispa
Ccapac sacha mallqui, llantuicullay
huateccaita aiquerispa (1)

Así acaba el canto á la Religión y á la Cruz el sublime poeta que, en su lengua nativa, compuso el idilio de las almas tristes alegradas por los efluvios de la religión.

¡Cuánta pérdida para las letras nacionales el no conservarse sino pequeñísimos fragmentos

(1) La cópia que poseo de los cantos del poeta me parece algo alterada por la forma; pero el clasicismo del idioma se conserva sublime. Vá la traducción.

Sigue en murmurio, arroyo cristalino
tu curso ameno;
y refrigere tu dulzor divino
mi ardiente seno.
Bajo tu sombra acoje, árbol frondoso,
á un pecador;
líbrame del influjo pernicioso
del tentador.

de aquellas obras inmortales, como el «Ollantay!»

La elevación de concepto, la viveza de imágenes locales y el clasicismo en el idioma nativo, dotes que sobresalen en las poesías de Espinosa Medrano, dejarían, no lo dudemos, satisfecho el gusto mas exigente sobre americanismo en literatura.

Entre sus traducciones del latín á la quechua sorprende encontrar el rapto de Proserpina, de Virgilio. (1)

El drama nacional no fué desdeñado por el vate.

Escribió tres piezas cómicas en quechua y castellano, de las que una se representó en el Seminario con motivo de los festejos anuales del Patrón titular. El argumento bellísimo y de un fondo moral encantador, hélo aquí: (2)

Es el templo del Sol, que se levanta suntuoso, y allí se celebran las fiestas anuarias de *Inti-huata*. Las escogidas de la casa de Acllas entonan himnos de alabanza, tributo de las creencias que viven purísimas en el corazón de la vírgen peruana. Dios, que como Padre universal ha recibido aquellas ofrendas que á Él se dirigen por intermedio del Sol, ha decretado hacerse conocer en verdad y figura, y llega al templo

---

(1) El catálogo de escritores que dejo copiado puede dar la idea exacta de la vasta erudición del Lunarejo, para quien no era desconocido ninguno de los clásicos.

(2) Hé podido conocerlo en unos manuscritos particulares del doctor Juan Manuel Mariano Campero y Ugarte.

el ángel del Evangelio con el sagrado Código y la cruz bendita entre las manos y entona:

Caimi yachay,
caimi ccochucuy (1)

y la luz que desprenden sus alas ofusca la del sol.

Los corazones dispuestos yá por la gracia, sienten, meditan y se preguntan:

Kanchay ccapac llallí
Inti tutayachíc
¿ccanchu ashuancanqui? (2)

. . . .

Puesta de manifiesto la creencia subsistente en Pachacamac. Cristo es recibido como el Hijo unigénito de aquel verdadero sol del mundo.

Espinosa Medrano, diestro en la alegoría y en los golpes de escena, no ha descuidado tampoco en su obra que sea terreno fértil y puro aquél en que se deposite la primera revelación del Criador, por eso elije el corazón de la mujer, creyente sincera de todas las elucubraciones maravillosas del espíritu.

VI.

Las canongías requerían oposición en concurso.

---

(1) Esto es la sabiduría
E·to el regocijo

(2) ¿Sumerges con tu brillo. fulgor esplendoroso,
del astro rey las luces en densa oscuridad?
¿Quizá tu vasto imperio comprende majestuoso
del universo mundo la suma autoridad?
....

Espinosa Medrano acudió á él, instado por sus numerosos discípulos, pues, nunca abandonó la enseñanza de la juventud, que iba ante su ciencia y sagacidad en demanda de lecciones.

Esta fué la época en que los émulos, que nunca han faltado en la vida de los hombres de mérito, echaron á relucir sus armas para la ruin batalla. La envidia, por supuesto, acudió solícita contra el sacerdote; pero tuvo que rasgar sus vestiduras, como el Pontífice confundido por la serena palabra del Maestro, y huyó despavorida para refugiarse en los tenebrosos antros de la derrota.

Se siguió un largo litigio bajo pretexto de que, *siendo indio el Lunarejo no era digno de ocupar la silla canongial*, pleito que halló término glorioso en la cédula real dada en San Lorenzo el 18 de Octubre de 1682, presentando como canónigo del coro de la catedral del Cuzco al ILUSTRE DOCTOR DON JUAN DE ESPINOSA MEDRANO, quién tomó silla, como primer canónigo magistral, el 24 de Diciembre de 1683 dejando expeditas las puertas que dan ascenso á la dignidad mediante las virtudes y los merecimientos del hombre. Al mismo tiempo se abrió de par en par la puerta de la inmortalidad para el escritor peruano, en cuya alma grande renació el entusiasmo por la predicación y por las letras, y cuya laboriosidad no le fué en zaga á la de D. Antonio León Pinelo, uno de los tres hermanos de este apellido, quien escribió veinte obras de importancia. Dió á la estampa varios

poemas líricos, en quechua y castellano, un «Tratado de Teología,» las «Crónicas y anécdotas de la catedral» (1), un tomo de sermones que sus discípulos compilaron con el título de «Novena Maravilla» y una narración rimada de los festejos hechos al Conde de Lemus en 1668, donde su ingenio se levanta altivo con la sangre peruana, ora dominando los espacios como el águila, ora suave, trinando como el ruiseñor posado en el follaje de la palmera.

¿Quién podía ya eclipsar las glorias de aquel talento sobrenatural y de tantas virtudes comprobadas?

Espinosa Medrano era el rayo refulgente en el suelo peruano cuyo reflejo alumbró hasta el otro lado de los mares.

La época es la que diseña los caracteres.

En la Apología de Góngora, encontramos el lazo de flores con que el hijo de las vírgenes selvas del Perú se ligó con la madre del idioma castellano; en la poesía lírica y dramática, aparecen el peruano, orgulloso de su patria, y el sacerdote, junto á su Dios.

VII.

En 31 de Diciembre de 1684 fué nombrado el doctor Espinosa Medrano Tesorero del coro

---

(1) Tengo noticia de esta obra por el estudioso cuanto modesto abogado y escritor José L. Caparó Muñiz, quien, segun una carta que me dirijió, posee un ejemplar impreso, con otros manuscritos originales del Lunarejo.

de la catedral, en virtud de cédula real dada en Madrid el 20 de Marzo del expresado año; y promovido al Arcedianato el doctor Bravo Dávila, ocupó Medrano la silla de Chantre, por otra cédula real de 1686.

La sociedad tributaba al canónigo Espinosa Medrano toda clase de consideraciones y respetos. El templo se llenaba de gentío notable cuando se anunciaba al doctor Lunarejo como el orador sagrado del dia; su voz era escuchada, y su opinión, fuente de consultas cuotidianas. Las casas más aristocráticas se honraban con mirar á Espinosa como el alma de sus veladas y el director sagaz de sus hogares. En el coro mismo despertó cariño y estimación sin límites. La secretaría episcopal ponía bajo su amparo consultas dudosas, y era el favorito del obispo Mollinedo Angulo, quien se encantaba con la vasta ilustración del Lunarejo, orígen de una conversación siempre animada é instructiva.

El talento se impone cuando va acompañado de virtud.

Así quedaron avasalladas las preocupaciones de casta, nacimiento, color y fortuna, por el libro y la oración. Laureada victoria que, si se obtuvo en el coloniaje, debería sentar sus reales en la REPUBLICA, haciéndonos prácticos, renunciando la fama apócrifa que, acaso más de una vez, se compra á precio de vil mercancía.

El doctor Alfonso Bravo de Paredes y Quiñones dice, citando *el texto de Claudiano; Felicidad es suma verse en esta corta patria un su-*

geto epílogo glorioso de muchos grandes; no sé si con mas propiedad que yo lo repito con experiencia y admiración del doctor Juan de Espinosa Medrano. Miro en este argumento ya no las luces todas de este Demóstenes indiano; tienen éstas otra esfera mayor á que iluminar brillando, siendo usurero empleo de la atención en los púlpitos: veo no el vuelo entero de este Fénix criollo remontarse con imperceptibles giros al Olimpo, siendo sutil despertador de las Aguilas en la cátedra. Un rayo sí admiro de sus centellas que siendo el menor que ha guiado su pluma, líneas son de oro sin borrón excediendo á otra obra de su materia. No solo es apetitoso al paladar mas desabrido, sino que embriaga dulcemente al ingenio mas hidrópico de erudición.» (1)

VIII.

La «Choronica historial,» al hablar de Lunarejo, ha consignado en sus páginas el siguiente paso: «Predicando un dia en la catedral advir-
« tió que repelían á su madre que porfiaba á en-
« trar y dijo: señoras, dén lugar á esa pobre in-
« dia que es mi madre. Y al punto la llamaron
« convidando sus tapetes. Esta humildad le
« grangeó, demás de la escogida literatura y
« erudición de que le dotó el cielo, muy copio-
« sos honores con cúmulo de méritos á otros
« más sublimes.»

(1) Aprobación rubricada en Arequipa el 1.° de Junio de 1660.

Todos los cronistas y compiladores de allende los tiempos, consagran al doctor Lunarejo el tributo de merecidos elogios y admiración que suben, en fragante espiral de incienso, al templo de la inmortalidad decretada para su genio.

Los dos caballeros de la órden de Alcántara don Francisco Valverde y don Diego de Loaiza y Zárate y don Bernabé Gascón Riquelme, Presbítero, don Juan Lira y don Francisco López de Mejía, compatriotas y discípulos de Medrano, figuran entre los que escribieron poesías en elogio de su maestro. Las censuras á la Apología de Góngora, hechas por el Chantre de Arequipa doctor Maldonado, natural de Lima y por Fray Miguel de Quiñones Catedrático de Prima, Guardian Regente de los Estudios del convento de San Francisco del Cuzco, son otros tantos ramilletes de flores que perfuman la tumba del vate, asi como la GLORIA ENIGMÁTICA DEL DOCTOR JUAN ESPINOSA MEDRANO, libro que en alabanza de éste publicó el doctor Francisco Gonzalez Sambrano.

IX.

Hemos dado lijera noticia del doctor Juan Bravo Dávila y Cartajena que en 1687, dos siglos justos há, fue ascendido á Arzobispo del Tucumán, donde murió presa de la nostalgia de esas verdes praderas aromadas por las flores de la *pallcha*, alegradas por el canto de las *tuyas* y los tordos; que no alcanzó á olvidar con los de-

beres de la mitra ni con los halagos del noble pueblo argentino.

Como llevamos narrado, Bravo ocupaba el arcedianato cuando fué promovido para el arzobispado donde le esperaba su sepultura, y Espinosa Medrano debía reemplazarlo en el coro; pero la salud de éste amenguaba de manera rápida é inesperada, tanto, que no llegó á ocupar la silla de arcediano, porque la cédula real y merced respectivas llegaron en momentos en que aquel espíritu superior iba á desprenderse de la vestidura mortal, que le fué prestada en Calcauso, para volar al infinito donde luciría con los resplandores de la fe.

El doctor Juan de Espinosa Medrano durmió en el Señor el 13 de Noviembre de 1688, á los 69 años de peregrinación por la tierra, después de haber practicado todas las virtudes necesarias para hacer feliz su despertar en el cielo.

La muerte, que acaba una existencia, comienza la era de justificación del individuo.

Apenas se borró el nombre de Espinosa Medrano de la lista de los vivos, la gloria lo escribió con buril de diamante en su libro de oro bruñido, y los propios antagonistas pregonaban la apología del doctor Lunarejo.

El duelo no se concretó á una familia ó á una corporación; fué duelo del pueblo: todo él rodeó sollozante el féretro del ilustre difunto.

Los ángeles, que recibieron al niño en la cuna, devolvieron al cielo el espíritu del hombre en medio de gratas melodías. En cambio, las

musas vistieron el crespón de luto, porque en nuestras playas enmudecía la lira del sentimiento! . . . . . .

Su retrato, hecho al óleo, se conserva en el Seminario de San Antonio Abad.

X.

La solemnidad del entierro de los restos del doctor Espinosa Medrano acaso no tenga igual en su época.

El arzobispo del Tucumán, que esperaba consagrarse en el Cuzco, fué quién desde la cátedra sagrada y acentuadas, por sus lágrimas, expuso las virtudes del sabio, del sacerdote, del maestro y condiscípulo.

El ilustrísimo obispo don Manuel de Mollinedo y Angulo cantó el primer responso, vertiendo el agua lustral y su llanto sobre las reliquias que volvían al seno común.

Le siguieron, el venerable Dean don Bartolomé Santibáñez y el Chantre don Francisco de Goizueta. Llevó el estandarte del duelo el corregidor don Pedro Balvín, y la urna mortuoria la levantaron en hombros, á disputa, los catedráticos y graduados de la Universidad y del Seminario de San Antonio Abad.

Doscientos años, dos siglos han cumplido, el 13 de Noviembre de 1888, desde cuando las campanas del Cuzco tocaron á muerto por el más exclarecido de sus hijos.

Acaso hemos guardado larguísimo silencio

parecido al olvido. Pero, los plazos se cumplen. Es mi desautorizada pluma la que pondrá término á aquél, recordando en la patria el nombre de quien brilló en todas las esferas del saber humano de su época, ejercitando al mismo tiempo las virtudes del cristianismo que ennoblecen al hombre, acaso más aún que el saber.

No sólo el mármol y el bronce prestan su contingente para inmortalizar al genio: también la tradición, escrita sobre las hojas del laurel que ciñe la frente pensadora de los mortales, vive lozana y fresca al través de los siglos!!

XI.

El doctor Lunarejo dejó dotada la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, en la catedral, instituyendo para su celebración cuatro capellanías, de á cuatro mil pesos cada una.

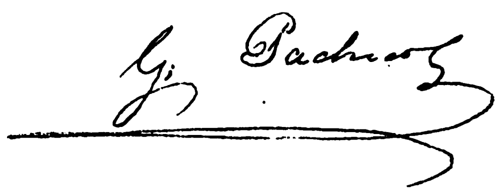
Al Perú, su patria, ha legado algo más: el explendente rayo de su gloria, que reflejará perdurablemente sobre la tierra que meció su cuna y guarda sus cenizas.

Sea nuestro recuerdo de admiración el monumento levantado á la exclarecida memoria de DON JUAN DE ESPINOSA MEDRANO Ó EL DOCTOR LUNAREJO, en cuyo epitafio hemos de grabar orgullosos:

Gloria peruana,
Hijo del Cuzco.

GREGORIO PACHECO


B. GARAT.



GREGORIO PACHECO.

Alguna vez he pensado que la talla de los grandes hombres no debe medirse por la altura en que están, sino por el número de sus virtudes; y meditando mejor sobre mi idea, creo que en esta base podría descansar la felicidad de los pueblos, privados de esos ídolos que cruzan el cielo de su historia como ráfagas encandecidas; lanzando, al huir, la ceniza del oprobio, ó la amarga frase del maldito.

Este pensamiento ha guiado las más veces mis bocetos biográficos, y por eso complázcome grandemente en buscar personages y sucesos entre *los sepulcros del olvido*—pase el modismo —ó en la quietud del hogar, donde no resuena la algarabia de las pasiones políticas. Así, en mis estudios sobre actualidad americana, encontré una personalidad enaltecida por méritos, ya

raros en el siglo en que el petróleo, que reduce á escombros los mejores edificios de la grandeza moral de los pueblos civilizados, es el materialismo en las ideas y el egoismo en la acción; y á aquellos méritos, personificados por un hombre, quise consagrarles mis tareas de velada.

En Noviembre de 1887 trazé lijerísimos renglones que perfilaron esta personalidad; pero, mi pluma tuvo que esforzarse en demasía aquella vez para cumplir, si se quiere, solo un compromiso contraído con el director de un semanario literario—«El Perú Ilustrado»—que engalanó sus columnas con el retrato litográfico del señor don Gregorio Pacheco. La causa porque reservé la amplitud de mis juicios, formulados de tiempo atrás en mi mente, no fué otra, lo declaro con sinceridad de palabra, que la grave circunstancia de encontrarse, por entonces, el personage á quien se referían, rigiendo los destinos de su patria como Presidente Constitucional, época poco halagüeña para los narradores históricos, cuya pluma, entre huir de reseñar virtudes, ó mejor acercarse á señalar extravíos en los mandatarios, prefiere el silencio.

Al presente han desaparecido aquellos obstáculos; el padre ha vuelto al seno del hogar, el obrero á la faena; y, como el ilustre Presidente de Estados Unidos que el dia en que bajó las gradas del poder fué al taller de baulería á continuar fabricando baules, Gregorio Pacheco, después de entregar la banda presidencial al Congreso de su patria con estas palabras: «os de-

volveré, gustoso, estas insignias sagradas que, para honra de Bolivia y gloria de mis hijos, no están salpicadas de sangre hermana, ni bañadas con lágrimas de viudas y huérfanos durante mi administración;» (1) ha vuelto al taller del industrial con el corazón regocijado por el deber cumplido, con la frente iluminada por la apacible luz de una conciencia tranquila, jamás oscurecida por las sombras del remordimiento proyectadas por el dolo, la sed avara ó la injusticia; pues él mismo dijo: «al cambiar esas insignias con los instrumentos de la industria, volveré tranquilo á mi hogar y á las faenas ordinarias del trabajo, á que estoy acostumbrado, que por rudas que sean, ofrecen menos inquietud y sinsabores que la vida pública; volveré sin ningún remordimiento que acibare mis dias, y sin que ningún expectro levantado de patíbulo político, turbe mi sueño.» (2)

Véole pues de nuevo en su ruda faena, de pié junto á las bocaminas, enterrado el rostro, la frente mojada por el rocío del trabajo, el brazo armado con el cincel, el corazón nutrido por los mismos filantrópicos sentimientos de la víspera de su advenimiento á la primera magistratura; le contemplo ahí nutrido por el espíritu sublíme de *los hijos de Vicente de Paul, sonrojándose cuando dá, porque teme herir la suceptibilidad de la pobreza;* y, con la pupila humedecida por lágrima furtiva, acercarse al ser harapo-

(1) "Mensaje del 88" página 36.
(2) Mensaje citado idem.

so, quien. como dice un galano escritor americano (1) lleva la escualidez en la faz, la ancianidad en las canas, las enfermedades en el cuerpo,—por quien los demás dicen ya no anda, se arrastra; no habla, su voz es un gemido; no puede trabajar, casi no puede pedir; todo parece ha muerto en él, excepto el hambre, la necesidad del anciano. Del anciano que es un niño sin madre y sin nodriza, niño desvalido que se amamanta con las amarguras de los desengaños y los pesares de la pesada existencia; que tiene de niño lo impotente, de hombre las pesadumbres! . . . Alma vigorosa tal vez, miembros desfallecidos; fuego en el espíritu, hielo en la materia; triste consorcio de la fuerza y la debilidad! Y después, correr hácia el niño, ángel sin alas; espíritu sin materia, extenuado, llorando por el alimento que implora sin saber por qué le falta; pidiendo como pide la flor el rocio, sin negar por eso su aroma al sol que le quema. Anciano y niño! niños los dos!—A éstos se llega el señor Pacheco, y alarga la *caridad con caridad, escondiendo la mano* después de repartir el pan de trigo para el hambre, el pan del alma para la pena, haciendo de la humanidad su familia. Y porque lo he visto en misión tan grande en todos los momentos de su vida, aún en aquellas alturas políticas de donde no suele distinguirse á los pequeños, á los desvalidos, ni á los que sufren; por eso vuelvo á tomar la pluma, para rendir homenaje de justicia, desde la tierra del sol,

(1) Carlos R. Tobar "Más Brochadas."

al invicto ciudadano del Alto-Perú, dando forma á los datos que obtuve, enriquecidos, al presente, por muchos é importantes detalles inéditos. que debo á mi ilustre amigo el doctor José María Valda, sobre cuya frente brilla también la diadema del magistrado probo, ilustrado y modesto.

II.

Si el pedestal de la gloria llama á los hombres que se han distinguido por sus virtudes cívicas, para levantarlos bien alto en el seno de las muchedumbres; la Historia, por su parte, fria y severa, recoge nombres y hechos y los consigna en las páginas de su libro, pesado, como que es de oro, sin enmendaturas, porque no es la pluma la que escribe sinó el buril quien graba sus caractéres.

Que don Gregorio Pacheco tiene su puesto ganado á carta cabal y en primera línea, entre las notabilidades de la América Sur, no es por cierto punto que irán á aclarar sus biógrafos: pero sí, ellos y yo, dejaremos constancia de que no fué el brillo falso de una situación pasajera, que entre las Repúblicas jóvenes del nuevo continente suele entregar al culto político nombres nacidos en momentos anormales de su política siempre fluctuante, el que rodeó de consideraciones á la persona que nos ocupa.

Pacheco es uno de esos hombres superiores á quienes hay que juzgar bajo faces diferentes;

pero, eso sí, todas partiendo de un solo centro, donde vive encarnado el más sano patriotismo y amor á la humanidad en una de sus mas puras manifestaciones: la caridad cristiana, tan otra respecto á la filantropía.

Por esa diversidad de faces, hemos de encontrar á don Gregorio, en el curso de estos renglones, ya socabando la roca granítica con la picota del minero, para pedirle sus riquezas á la tierra en cambio del sudor que abrillanta la frente del obrero; ya acumulando ese fruto, no en provecho exclusivo sinó compartido con la Patria y el desgraciado; ya en el pupitre Municipal ó en el banco parlamentario, iniciando para la República una etapa de paz y de progresos; paz afianzada cuando su planta tocó el primer escalón que conduce á la silla presidencial donde, colocado por la voluntad unánime de los pueblos, pudo y supo regirlos por la Ley y el deber, sin la ingerencia del sable ni la intolerancia de la soldadesca. Hemos de verlo rompiendo el círculo egoista del acaudalado vulgar que acumula su fortuna en la caja de fierro de dobles chapas y dobles llaves. El no; lejos de su persona el egoismo, ese óxido verdoso de las almas avarientas, ha entregado sus llaves á los menesterosos, diciéndose «para todos»—y gloriándose de atesorar bendicion, suspiros, oraciones. Todavía aún mas; hemos de admirarle arrojándose al mar en salvación de un niño desconocido, desafiando el caudal del rio *Cachimayo* para arrancar de sus tumbos á un anciano.

En la hora de la prueba para Bolivia, con motivo de la guerra del Pacífico, hemos de contemplar al ciudadano ofreciendo su brazo, al minero alargando su caudal; y en fin, hemos de simpatizar con el creyente sincero, hoy que, según la expresión de mi amigo el celebrado autor de las «Brochadas,» el que no cree en los milagros de la ciencia, es llamado *necio;* y el que duda de los milagros de Dios es apellidado *sábio.*

Creo que no necesita cuadro mas límpido cualquier entidad sud-americana, para merecer el respeto otorgado por la civilización, y la inmortalidad decretada para todos aquellos que transitan el valle de la vida enjugando lágrimas, restañando heridas, sin esquivar los nobles impulsos de un corazón de proporciones escepcionales.

III.

Despues del sitio de Toledo en 1522 sostenido por Juan de Padilla, y á la muerte de éste por su viuda doña María Pacheco contra Carlos V, y despues de fenecido el Imperio, varios individuos de la familia Pacheco nacidos en el Brasil y en Portugal, pasaron á establecerse en la Habana y el Rio de la Plata. De esta última procede don Gregorio; pues su padre, don José Brijido Pacheco, nacido en Salta de la República Argentina, contrajo matrimonio en su mocedad con la señora doña Josefa Leyes, natural de la provincia de *Chichas*, departamento de Poto-

sí en el Alto-Perú, estableciéndose en la expresada provincia, de la cual forma parte el pequeño pueblo de *Livi-livi*, residencia habitual de los esposos.

Livi-livi que estaba destinado á las pequeñas, pero significativas, correrías de los insurgentes, durante las sublevaciones intermitentes contra el gobierno colonial, fué tambien señalado para tierra natal de un preclaro ciudadano; pues allí nació don Gregorio el 4 de Julio de 1824, cuando yá el sol de la Libertad brillaba en el horizonte de las Repúblicas surgidas del brazo de Bolívar. En aquella fecha en que nacía el niño destinado á elevadas labores sociales, festejaba tambien la América del Norte su emancipación política, alcanzada el 4 de Julio de 1777.

Chichas es notable en la magna guerra de la Independencia; pues su fértil suelo fué teatro de muchas campañas y de lucidos combates, en la lucha colosal, y precisamente ahí los últimos disparos, que afianzaron la autonómía americana, llevaron la bala que con Olañeta en Tumusla abrió la tumba de la dominación española, rompiendo los fierros de la pesada cadena colonial. Tambien se distingue la vasta provincia mencionada, no solo por la feracidad de su terreno y la firmeza de las convicciones de sus hijos, que alguna vez le dieron el nombre de «La Vendèe de Bolivia,» al decir del ilustre magistrado Valda, sino por la remarcable tenacidad de sus habitantes para el trabajo, por la probidad y elevación de miras, que hicieron decir á

un pensador contemporáneo, *es el país Barco de renombre proverbial en el medio dia de la Francia.*

Siguiendo la hilación de ideas, no quedará fuera de sitio consignar aquí que la familia Pacheco tomó una parte muy activa en la guerra de la Independencia, abrazando la causa libertadora con el ardor de su sangre; y entre ella figura en primer término el respetable canónigo don José Andrés Pacheco y Melo, hombre de campanillas, doctor en Teología y Derechos, que vino como capellán de dos de los ejércitos que el patriota gobierno de Buenos Aires envió á las provincias del Alto-Perú, para cruzar las operaciones de las fuerzas realistas, en su pretensión de hacer de ese territorio el punto de apoyo de sus movimientos estratégicos. Este distinguido sacerdote, de quien se hace tan honrosa mención en la biografía mejor escrita de Pio IX, concurrió al Congreso del Tucumán en 1816 representando á Chichas, y su voz no fué muda en aquella memorable asamblea que principió á dar forma á las nacionalidades nacidas al calor de la gloriosa revolución del año 1809, donde las figuras de Farfán de los Godos y José Gabriel Tupac-Amaru se proyectan con los distintivos de valor é iniciativa.

Dejan el ánimo suspenso las persecuciones y las penas impuestas á los patriotas por los tenientes de la corona, en aquella época de transición política y de cambio radical en las instituciones. Para tener idea de ellas, bastaría co-

piar algunas de las sentencias mandadas ejecutar por Bobes, en los linderos del Orinoco, y por el Visitador José Antonio de Areche, en el Cuzco, mandando descuartizar á toda la familia de Tupac-Amaru, y comprender que no podía permanecer impasible la delicada organización de las mujeres á la vista de semejantes iniquidades, por mucho que los climas frios diesen tonicidad á sus nervios levantando el espíritu é infundiéndoles valor. Cuando un miembro de la familia llegaba á caer prisionero, la desolación más grande se apoderaba de las esposas é hijas, y no pocas veces se lamentaban accidentes, deplorables de por vida, como sucedió con la respetable matrona doña Juana Madriaga, esposa del notable marino don Pedro Leyes, que vino de España enviado por el gobierno de la Metrópoli para la exploración del Bermejo, impedida por la revolución independiente. Ese matrimonio fué progenitor de la señora Josefa Leyes, madre de don Gregorio Pacheco. A consecuencia de las persecuciones políticas, que llevo referidas, la señora Madriaga sufrió una enagenación mental, de por vida, y la familia Pacheco quedó en un estado de miseria deplorable, llegada al colmo en 1824, época en que nació don Gregorio, siendo recibido en las playas de la vida sin patrimonio alguno, y pronto quedó también huérfano de madre, rodeado de sin número de desgracias domésticas, sin distinguir en la trabajosa infancia la mas ligera luz de esperanzas para el porvenir.

Más ¿por qué iba á desesperar, como las almas pequeñas, cuando la mano de Dios saca del caos la refulgente diadema de la felicidad para rodear la existencia de seres privilegiados? Para que don Gregorio Pacheco fuese lo que es hoy, era necesario que la atmósfera que respirase en la niñéz fuese triste y sombría; que supiese verter lágrimas de frío en la desnudéz, lágrimas de necesidad con el aguijón del hambre; y por eso su corazón, sábiamente preparado para el dia de poder y de grandeza, amó á los pobres con el noble calor de los recuerdos.

Acaso no es lógico que todo niño nacido en cuna de oro está colocado sobre un abismo en cuyo fondo mora la Miseria, y que toca á la educación y á los hábitos de moral doméstica sostener el equilibrio de esa cuna para no descender el precipicio: tampoco es hija exclusiva de la imaginación la idea de que á todo ser nacido en ese fondo sombrío lo contemplemos dotado de alas blancas, ligeras, diáfanas, que en el momento dado le presten fuerza y poder para volar á las serenas regiones de la grandeza y del poder. Tenemos delante la realidad del pensamiento que acabo de formular. Pero, es preciso no dejar en olvido que el supremo motor reside en el individuo, como vemos en el caballero de quien estamos hablando en el que, la docilidad de carácter, sin que yo aprecie lo que los fisiólogos llaman la índole hereditaria, y la vena de una aspiración elevada por la honradez

llevada al escrúpulo, encierran el secreto de la prosperidad de don Gregorio Pacheco.

Una feliz casualidad puso en mis manos la cópia de una carta privada escrita por don Gregorio á su hijo mayor don Fernando, que actualmente reside en Paris completando su educación. Esta carta tiene tal carácter de interés para los biógrafos del señor Pacheco, que nunca podrá acusárseme de inconveniencia en su publicidad; pues, en sus revelaciones íntimas, se vé al hombre de corazón noble, se revela la personalidad física, y aparece la talla moral decorada por la sincera expresión paterna que, sin pensarlo, sin proponérselo tal vez, trasmite á sus descendientes un curso completo de moral, cimentado en la honradez práctica y el trabajo sin descanso.

Con qué profundo respeto he contemplado al señor Pacheco cuando, al hablar con el mas querido de sus hijos, en esa intimidad beatífica de dos almas que se comunican tras el lazo de los afectos recíprocos, reseña su infancia dolorosa, su anhelo por instruirse, su perseverancia en el trabajo y los resultados que obtuvo para legar á sus hijos una fortuna respetable y envidiada posición social, resultado consiguiente de principios sanos que, sembrados en un corazón recto y decidido por el bién, es raro que dejen de producir fruto sazonado!

La fuerza creadora del cerebro me hà hecho ver como en panorama de limpios cristales, el sombrío hogar del huérfano don de la madre de

su madre yacía loca, y él, junto á la fria chimenea, empeñado en trazar sus planas sobre los papeles arrojados como inservibles por los compañeros de estudios. Y con esa rapidéz vertiginosa del pensamiento, haciendo girar los sucesos y los años, le he admirado, ya hombre poderoso por su voluntad exclusiva, fundando con los dineros ganados por su brazo el famoso «*Manicomio Pacheco*,» en memoria de la adorable anciana cuya mirada inquieta, fría, y sin expresión acompañó su infancia.

Y no he podido menos que sentirme satisfecha de que mi afición al estudio me haya deparado la fortuna de ser mi pluma la que traza la primera biografia completa del preclaro ciudadano don Gregorio Pacheco.

Mas, volviendo á la carta que me ha sugerido estas consideraciones, y á fin de que no se desvanezca la impresión agradable que su lectura deja en el ánimo, haré la cópia en capítulo especial.

IV.

«La Paz, 11 de Febrero de 1886.

Señor Don Fernando Pacheco.
Paris.

Mi tan querido hijo.

Te tenía anunciada esta carta con el loable designio de imprimir en tu ánimo afición por la escritura, que tan útil es al hombre, y que tú no

la tienes, dejándote absorver por tu pasión á la lectura, al estremo de rayar en monomanía: con tal objeto, voy á referirte un rasgo biográfico de mi infancia. Desde luego, no es que dé yó mayor importancia á la primera sobre la segunda; por el contrario, coloco en primera línea la utilidad del estudio, de la pasión por la lectura, é inmediatamente despues, la de la escritura.—Lo primero trae consigo el cultivo de la inteligencia; lo segundo és su complemento, indispensable para expresarse con precisión por escrito, haciendo uso correcto de las letras, y atendiendo sobre todo á la verdadera acepción de las palabras que han de usarse.—Para esto último, no hay estudio que baste; los hombres mas ilustrados, los mas consumados puristas, consultan diariamente los autores clásicos, los diccionarios y las gramáticas de los idiomas en que escriben.

Despues de esta importante digresión, paso á mi objeto.

A los diez años de edad, á mi regreso de Salta, encontrábame con mi padre, don José Bríjido Pacheco, en Suipacha.—Sus malas condiciones de fortuna lo obligaron á constituirse en preceptor de primeras letras, y yó era su segundo.—A tal punto llegó su mala situación, que no contábamos ni áun con lo necesario para la vida, y no le era posible á mi desgraciado padre comprar papel para que yó perfeccionára mi letra.—Entónces tuve la buena idea de aprovechar los claros de las planas de los niños para

ejercitarme en la escritura.—Mis progresos fueron rápidos, y en pocos meses hacía mi práctica copiando el Catecismo de la Doctrina Cristiana por el Padre Astete, varios compendios de ortografía, de urbanidad y de aritmética (que yo sabía todos de memoria y vendía á los mismos niños, por un real el Catecismo, y por medio el ejemplar de los demás compendios.—A pesar de tan bajo precio reportaba una utilidad de un cincuenta por ciento.—Esta utilidad nos servía en pequeña parte para satisfacer nuestras necesidades supremas alguna vez.

Desde entonces servía de amanuense á mi padre y á cuantos querían ocuparme, gratis siempre.

Más tarde, estando yá de 13 años de edad, el doctor don Domingo Aparicio (padre que fué de la señora Corina de Pacheco, y sobrino político de mi padre don José Bríjido), por sentimientos de compasión, me tomó á su cargo, y fuí á vivir con él en su hacienda Santa Ana; allí le servía de amanuense, lo mismo que á su padre el Coronel don Mariano Aparicio.

Puede decirse que de ahí data mí educación; porque el doctor Aparicio cuidaba de que escribiera correctamente, y todas las noches hacía que le leyera en alta voz los libros que me daba, esplicándome lo que creía que no estuviese á mis alcances de niño.—El doctor Aparicio llegó á amarme con ternura, me trataba como á hijo, cual si el corazón le hubiera presajiado que, andando los tiempos, debía ser yó el

esposo de su hija única.—Más tarde tuve ocasión de saber que tenía muy alta idea formada de su protejido, y que le auguraba un gran porvenir.—No obstante, un año despues dejé la casa por circunstancias que sobrevinieron, pero sin que la voluntad del doctor Aparicio, ni la mía, hubieran tenido parte en separarnos.—El doctor Aparicio se vió obligado á sentar plaza de militar en el célebre Batallón 8º, formado por su padre, y concurrió á todas las campañas de esa época, con muy buen nombre de valiente y honrado, lo que le valió ascensos progresivos hasta Teniente Coronel; dejó la carrera en 1843, y murió en 1845.

Me he distraído con la anterior digresión.—Vuelvo á mi objeto.

Inmediatamente despues de separarme del doctor Aparicio, pasé á la Casa de Tojo, al lado de mi primo don Manuel Anzoátegui, con asentimiento de mi padre, que vivía aun, y que murió al poco tiempo.—Allí prestaba á mi primo los mismos servicios de que me había ocupado en Santa Ana, ayudándole además á llevar los libros de sus sencillos negocios.—Anzoátegui era un hombre ilustrado, muy estudioso, de sano juicio y recto criterio; poseía una buena biblioteca y era un notable latino.—Pude ganarle la voluntad, con mi buen comportamiento, é interesarlo en mi suerte.—Principió á enseñarme gramática latina por Nebrija; me contraje al estudio de tal manera, que á los tres meses hacia oraciones correctamente en latín, pues

por este medio creía yó entrever el cielo abierto para colmar todas mis aspiraciones, reducidas al cultivo de mi inteligencia, ayudado con la lectura de la librería que tenía á mi disposición.—Mas por desgracia ahí me detuve: mi primo me manifestó su designio de hacerme ordenar, pues que estando tan adelantado en el latín, me mandaría á Sucre á continuar mis estudios para la carrera del sacerdocio.—Le agradecí en el alma; pero, incapaz de engañarlo, le declaré que prefería ser jornalero.—«A trabajar entónces, amiguito,» me dijo, y continué sirviéndole de dependiente honorario durante cinco años, término en el que principió á interesarme en sus negocios.—Durante este tiempo leía con avidéz cuanto libro me era posible, siendo mis obras predilectas las «Recreaciones filosóficas del Padre Almeida,» la «Historia Romana,» las «Vidas paralelas de Plutarco,» todas las obras de viajes, el libro del «Hombre de Bien» por Franklin, y mi delicia el «Quijote por Cervantes.»—El tratado de física en la obra de Almeida me interesaba mucho, hacía varios experimentos, y me fué muy útil mas tarde.—Sobre todo, mi pasión dominante era, y es, la de los números: si hubiera tenido la fortuna de poder estudiar matemáticas, pienso que hubiera hecho progresos en tan importante ramo de los conocimientos humanos.

Aquí pongo término al rasgo biográfico de mi infancia.

Al consagrártelo, mi único objeto es hacerte

notar que mi afición á la lectura, mi contracción á la escritura y mi pasión por los números, son el origen de la posición en que me encuentro; son, en fin, el galardón del nombre que ustedes llevan.—Con tan asidua contracción adquirí un pequeño caudal de conocimientos, facilidad para espedirme en mi correspondencia comercial; y los números me obligaron á pensar, á llevar correctamente mis cuentas, y á formar las complicadas combinaciones de negocios que me han dado posición social, y, relativamente, una notable fortuna.

Pienso ahora en que mis hijos, desde que han tenido uso de razón, han contado con todos los medios y recursos de que absolutamente carecía su padre para cultivar su inteligencia y para crearse una buena posición social: hoy mismo, á costa de ingentes gastos, se encuentran en Europa, complementando su educación.»

¿Será posible que no correspondan á las esperanzas de sus padres, haciendo estériles sus sacrificios? ¿Sería posible que no les sirva de ejemplo y de estímulo la historia de la vida de su pobre padre, y los esfuerzos supremos que hizo para salvarse de la miseria en que vino al mundo, hasta alcanzar á ser algo en la sociedad, hasta merecer la consideración y los votos de sus conciudadanos para regir los destinos de su patria? No abrigo temor alguno, mucho menos desconfianza.—Mis hijos han de corresponder dignamente á las esperanzas de sus padres, utilizando sus sacrificios.

Deseo que cada uno de ustedes conserve una cópia de esta carta, y tú, Fernando, la autógrafa.—Cuando yó deje de existir comprenderán ustedes su mérito.

Los bendice tu papá, que tanto los ama.

Gregorio Pacheco.»

V.

La docilidad de carácter no es para el niño el preservativo de las bellaquerías á que se inclina la infancia, y cuyo correctivo encierra la educación acompañada del ejemplo práctico, de parte de aquellos que constituyen la familia, propia ó adoptiva.

Algunos años pasó el jovencito Pacheco en compañía de su tio don José Andrés, quien se complacía con la viveza infantíl de su sobrino; pero repetidas veces tuvo que lamentar las consecuencias de las compañías que sugerían á Gregorio travesuras agenas á su edad y condición, haciendo fruncir el entrecejo al virtuoso sacerdote.

Se me figura que el travieso la daría de enamoradizo y faltón de la casa; pues, cuéntase que el capitán don José María Urbina, que mas tarde llegó á ser Presidente del Ecuador, acantonado algun tiempo en Tupiza, mozo alegre, hombre de pelo en pecho, decidor, bromista y amanerado con educación de cuartel, sugería

calaverada y media á Pacheco, riendo y celebrando las *gracias*.

Por dicha la acción bienhechora del Prócer de la independencia, don José Andrés, tuvo poder suficiente para contrarrestar las lecciones nocivas que su sobrino recibía de sus amigos, inspirándole virtudes y sentimientos patrióticos, al calor de la práctica de actos admirables de valor y de civismo. Fué en el hogar de ese hombre de acción incesante, que don Gregorio principió á hacerse ágil y robusto; domador precoz de los potros de la llanura, que mas tarde daría al jóven Pacheco la personificación del hombre de á caballo, titán del sud de Bolivia que, como el *gaucho pampero* de Salta, levantado sobre los lomos de indómito corcel se lanza al través de la llanura, aspirando el aire de las lomas embalsamadas por las flores de la montaña silvestres, puras y olorosas.

Livi-livi, Tupiza, Salta y Suipacha son los lugares donde pasó la infancia trabajosa de don Gregorio hasta el dia en que, como el marino audaz, entró en el barco de la vida para cruzar resuelto ese mar insondable del comercio social, yendo con rumbo conocido, puesto que bregaba con el timón del trabajo impulsado por una voluntad de acero.

Su alma, tambien suficientemente preparada para la lucha, iba nutrida con las lecciones de sana moral y probidad que en todo tiempo robustecen y vivifican el espíritu.

La educación y aspiraciones juveniles de don

Gregorio lo impulsaban á abrazar la carrera militar, en auge entónces de prodigiosos atractivos para la juventud de Chichas, que se enardecía y deslumbraba con los relatos casi fabulosos de las campañas del Perú y del sur de Bolivia, donde su provincia tenía remitidos tres batallones de infantería y varios cuerpos de caballería, que glorificaron el nombre de Chichas por su valor, sufrimiento y pericia militar. En estos últimos figuraban, como jefes, el coronel don Mariano Aparicio y su hijo don Domingo, amigos de don Gregorio, circunstancia que podía apoyar sus aspiraciones. Mas, sea porque el destino marcase otro rumbo distinto á la planta del jóven nacido en signo de industrial, sea que un sentimiento de amor paternal, egoista con ese sublíme egoismo que nace en el corazón de los padres, de parte del Coronel Aparicio y la fafamilia de éste fué recia la oposición que mostró al ingreso de don Gregorio á las filas del ejército, inclinándolo á tomar el comercio como el control de su actividad prodigiosa, y cuyo buen éxito aseguraban sus conocimientos de contabilidad, los hábitos de trabajo, órden y método, verdadera llave mágica con la que el hombre puede abrir las arcas de la Fortuna ensanchando hasta lo infinito su campo de labor.

Bajo tan saneada garantía planteó sus primeros trabajos agrícolas y mercantiles, en sociedad con su primo don Manuel Anzoátegui. Cinco años fueron suficientes para conocer los felices resultados mercantiles, que acrecentaron las re-

laciones y giros de la compañia, llevándole á asociar á la casa al señor don Narciso Campero, distinguido boliviano nacido en Tajo del departamento de Tarija, hácia el año 1813, y poco tiempo despues á don Vicente Anzoátegui, hermano de don Manuel, jirando la sociedad bajo la firma de «Gregorio Pacheco.»

Una vez persuadida la casa del alhagador producto de sus labores, resolvió ensanchar la escala de sus giros, estableciendo tambien casas comerciales en Tupiza y Tarija, acordando la marcha á Europa del socio mas entendido, que, indudablemente era don Gregorio, quien debía traer todas las mercaderías y elementos del caso. En efecto, emprendió el penoso y por entónces aún temido viaje al viejo mundo, en 1845, y regresó un año despues trayendo no solo mercancías manufacturadas sinó un caudal nuevo en la mente. Conocimientos, ideas, aspiraciones; cuánto no brota en el hombre de las sierras americanas en aquella escuela práctica de los viajes, donde el alma mira al través de cristales desconocidos que, ora agigantan el paisaje, ora disminuyen la dificultad ante el poder de la maquinaria! Y entablando el diálogo de las comparaciones, cuánto no sueña y desea para el suelo donde nació! Todo lo grande, todo lo bueno está, en el pensamiento del viajero, junto á la ciudad natal, al lado del fogón de familia; en los confines de la patria.

Hablo aquí del hombre sério y honorable que sale á viajar, no de los pedantes que al volver

de Europa miran con desdén su tierra y hasta desconocen á la noble campechana que les nutrió en su seno, y cuyos ahorros regados con llanto del alma fueron á lucir en la «Gran Opera.»

Don Gregorio, afiliado entre los primeros volvió en 1846, con mayores bríos para el trabajo, para implantar mejoras y buscar el verdadero y sólido progreso de las naciones, brindado por las industrias en la copa de flores cuyo lema es, *paz*, *progreso*, *trabajo*.

VI.

Recuerdo haber hablado en el párrafo anterior de un santo egoismo paterno, adivinado en los cálculos del Coronel don Mariano Aparicio para prestar tenaz resistencia al ingreso de don Gregorio Pacheco al cuartel. Voy á ratificar mi idea; pues, el Coronel Aparicio abrigaba miras de un ventajoso enlace de familia, y no como quiera basado en mandato paterno ni en el poco cálculo de acumular fortuna. Hacía tiempo que los grandes ojos azules del jóven Gregorio fijaban su intencionada mirada en el apacible rostro de Angela Corina, hija única de don Domingo; miradas que no pasaron desadvertidas para el celoso padre, como tampoco rechazadas por ella, pues la flor del cariño perfumaba su alma y Gregorio Pacheco era tan digno de su amor como de su mano.

En 1850 iba al altar de Himeneo la feliz pa-

reja, y el nuevo estado mostró á don Gregorio dilatados y sonrientes los campos de la felicidad del hogar que, casi puede decirse, conocía recien el huérfano de no lejana época. Desde ese dia redobló sus esfuerzos de trabajo, y dirijió sus cálculos hácia el seno de la tierra, á la que iba á robar sus abrillantados tesoros á fuer de constancia sin nombre.

Su objetivo fué la minería tan rica en Bolivia como lo era en el Perú, y en ambas naciones despreciada en medio de esa fiebre intermitente y siempre mortífera de la política, y de las fortunas improvisadas á golpe de sable ó al azar de las ánforas.

En 1853 liquidó la sociedad que con los hermanos Anzoátegui y Campero jiraba bajo la firma de Pacheco; y en 1855 se asoció don Gregorio con don Manuel Inocente Ramirez hombre probo, sagaz, trabajador, en fin, apropósito para compañero de Pacheco, y ambos ensancharon las labores mercantiles, dando preferente atención á la mineria, donde, trás dolorosa y larga prueba, hallaron la *veta de la Fortuna*. En efecto, los negocios de la casa «Pacheco y Ramirez» llevaban rumbo floreciente, no sucediendo igual cosa con los trabajos minerales, donde venía cosechando decepciones numéricas tan remarcables que pusieron á riesgo de fracaso la casa, lo que vino á realizarse, desgraciadamente, con el último golpe dado por los crecidos gastos que hizo en Europa el señor don Narciso Campero, á quien Pacheco intere-

só en la sociedad; regresó aquel en malísimas condiciones, lo que produjo la inmediata liquidación, en 1858, con pérdidas considerables para la casa; y allí se separaron Pacheco y Campero, últimos mandatarios de Bolivia, sin que Pacheco hubiese sospechado entónces la ingratitud que nacía en el corazón de su protejido, que creciendo con el tiempo amargaría muchas de sus horas bonancibles con un pleito tan temerario como pretencioso. Pero, este contratiempo no quebrantó la acerada voluntad de los principales socios, y volvieron al trabajo con redoblado tesón. Ya, en aquellos dias, don Gregorio Pacheco era padre, y el amor á los hijos debía avivar su anhelo para dejar asegurado el porvenir de los caros pedazos de su corazón. Si se ha dicho que el tesón del minero rivaliza con el capricho del jugador que apunta su fortuna al azar, la comparación carece de exactitud cuando se trata del minero con los conocimientos científicos que aseguran el éxito final de una explotación. Don Gregorio Pacheco era el hombre del estudio experimental y práctico, conocedor del terreno y que, como el anatómico disecando y separando las arterias con el escalpelo distingue la carie, practicaba con el cincel las escudriñadoras labores descubriendo en el seno de la roca las deslumbradoras arterias de rosicler, las venas de fierro, el corazón de plata; reconociendo aquel, observando el otro, dejando la señal de la estaca en éste.

Cuantas veces pasó en el oscuro y húmedo

socabón de las peñas acosado del hambre, rendido de fatiga, tal véz desalentado en sus ansias; pero recordaba que era padre, y esa voz suprema de la naturaleza era para él la linterna maravillosa que le llevaba luz y nueva vida.

Acababa de morir el acaudalado minero don José Sanchez Reza, español que explotaba á la sazón el afamado mineral de Angeles en Portugalete, dejando, á su muerte, á su hermano don Clemente como heredero y sucesor en la dirección de la veta. Este no tardó en persuadirse de su inexperiencia y ver claro que la marcha de la explotación llevaba el camino á una quiebra de ahogo en la mina, y pensó en confiarla á manos avezadas con el trabajo para él tan nuevo, fijándose para ello en los señores Gregorio Pacheco y Manuel Inocente Ramirez, á quienes asoció á sus trabajos. Los socios llegaron tambien con el contingente de un modesto capital, mucha parte de él consistente en créditos contra la misma casa de Reza, con lo cual la explotación recibió un refuerzo tan considerable, que marca la época exacta de la que data la fortuna saneada y respetable del actual dueño de los afamados minerales del sud.

Los socios encargados del trabajo entraron de lleno á él, distribuyéndose las labores en esta forma: Ramirez en las minas; Pacheco entre los establecimientos de beneficio de metales y el escritorio: y, sistemaron con tal acierto la vida de la industria, que, una empresa condenada por todas sus apariencias á una gradual y definitiva

decadencia, pudo en breve tiempo ponerse voyante, y sacar á flote las mas fundadas esperanzas. Con todo, el señor Reza cuya salud era extremosamente delicada, no se resignó á permanecer en lugares donde corría eminente peligro su existencia, haciéndolo suspirar por las brisas del Tumarí, ciudad donde estaba establecida su familia, y propuso á los socios el traspaso de sus acciones que, aceptado por ellos, se llevó á término en 1860, recibiendo él la mitad del valor al contado, asegurándose el pago de la otra mitad con los bienes patrimoniales de la señora esposa de don Gregorio, y quedando desde aquella fecha los minerales de la exclusiva propiedad de la firma «Pacheco y Ramirez» ventajosamente conocida en el comercio, y la misma que rápidamente aumentó el crédito y respetos debidos á los comerciantes de probidad y buena fe, á quienes anima el espíritu del trabajo moderadamente compensado y no solo el deseo de *hacer fortuna* echando la conciencia en saco roto. Puede asegurarse que la prosperidad marcaba con lápiz rojo el *Haber* de los afortunados dueños de «Angeles,» cuando surjió un incidente inesperado. Se presentaron don Alvaro y don Enrique Reza, hermanos de don Clemente y don José, pidiendo la mitad de la herencia del difunto hermano, y este reclamo que en rigor de ley debía recaer sobre el vendedor don Clemente, se allanó merced al espíritu desprendido, sagaz y bondadoso de don Gregorio Pacheco, quien fué de opinión que se diera una fuer-

te suma de dinero á los hermanos de Reza. Estos quedaron satisfechos del proceder tan caballeroso de Pacheco, y la propiedad quedó una vez más asegurada para el justiciero trabajador, á quien sonreiría ese venero de riquezas á medida de sus magnánimos sentimientos, quedando tambien asegurado el cimiento del edificio que levantaba para un porvenir brillante. Esos tristes y solitarios minerales de *Angeles* fueron convertidos en centro de labor constante, y allí se trasladó don Gregorio con su distinguida esposa y los tiernos hijos de su matrimonio. Pero, la infancia, delicada como la flor que abre su broche junto á la nieve, no pudo resistir el aire mefítico de las bocaminas, y los esposos Pacheco vieron en breve enlutado su corazón por el croup que consecutivamente arrebató á tres de sus pequeñuelos vástagos, obligándolos á abandonar aquella morada para salvar la vida á los dos que sobrevivieron á sus malogrados hermanos. Y el amoroso padre, preocupado no solo con la salud del cuerpo sinó tambien con el alimento del espíritu que nutre una buena educación, pensó en esos retoños del alma; y para ellos en el clima benéfico y en el Colegio provechoso; y eligió la capital de Sucre, donde se trasladó con toda su familia en 1862, llevando consigo la dirección de los negocios de Chichas que siempre los atiende personalmente.

Este cambio de residencia, ha significado tambien para el señor Pacheco, cambio de faz en sus labores de ciudadano. El obrero, que des-

pues de ruda campaña, iba á la ciudad llevando el contingente de su honorabilidad acrisolada, de los buenos elementos que brinda una fortuna adquirida á golpe de mazo, se debía á su patria, y al juego de las labores sociales. El país le pidió su brazo, y él lo alargó con aquella lealtad propia del hombre que, lejos de la falsía *diplomática*, solo aprendió á ennoblecer el trabajo, respetar su palabra y amar la verdad.

VII.

Iniciado don Gregorio Pacheco en la vida pública, como miembro Municipal de su provincia, una vez llegado á Sucre entró de lleno á la labor activa de la política, y con el tesón propio de su carácter, marcó una era provechosa para su Patria.

Esos puestos municipales son, en casi todos los países democráticos, apropósito para revelar las aptitudes del ciudadano. Pacheco no se hizo esperar en iniciativa, como no tardó tam poco para él la consiguiente popularidad que lo llevó al banco parlamentario, por mandato de sus comprovincianos que lo elijieron diputado á la Asamblea legislativa de 1864, reunida en Cochabamba, donde descolló por su patriotismo y abnegación, y reveló sus dotes y su competencia para los trabajos públicos.

El periodo constitucional de la Presidencia del General José María de Achá tocaba á su término, y los intereses políticos se agitaban para la elección del sucesor.

El candidato preferido por el Presidente era el General Sebastian Agreda, su Ministro de la Guerra.

La oposición, organizada despues de los luctuosos dias que habían precedido, tenía los suyos del partido llamado rojo.

Pacheco, constante opositor de los gobiernos de hecho, pertenecía á este grupo.

Como no es extraño á este propósito recordar sus actos y persecuciones con tal motivo, vamos á referir un episodio de su vida, relacionado con los movimientos políticos que se organizaron, por los partidarios del doctor José María Linares,* contra el Gobierno del ilustre General Belzu, esposo de la señora Gorriti.

Una de las muchas revoluciones fraguadas contra dicho General, la de 1853, principió en Tupiza, encabezada por Pacheco, Manuel Inocente Ramirez, José María Aramayo, Atanasio Ovando y José María Pizarro. Estos cinco individuos tomaron el cuartel de una pequeña columna que guarnecía la villa, y quedó consumada allí la revolución, que habiendo tomado créces terminó con la batalla de Mojo, el 10 de Julio de dicho año, ganada por el General Jorge Córdova á las huestes de la revolución dirijidas por Linares, los Generales Velasco y Carrasco y otros jefes importantes, como los Cortés los Balza, y el Coronel Tejerina, que murió heróicamente en el combate, habiendo formado parte del elemento civil el doctor Casimiro Olañeta, que se ausentó antes de la refriega.

El pretendiente Linares se empeñó en hacer jefe á Pacheco, dándole el grado de Comandante de línea del Escuadrón sagrado. Pacheco rehusó esta investidura, comprendiendo el ridículo que acompaña á los jefes improvisados, y peleó como simple soldado en el referido Escuadrón. Derrotado, emigró á la República Argentina, donde hizo llevar á su jóven esposa, pero como el Gobierno nacional de esa República ordenase la internación de los emígrados bolivianos al Tucumán, Pacheco y Ramirez eludieron la órden dirijiéndose á los bosques del gran Chaco Argentino. Allí visitaron y recorrieron la orilla izquierda del caudaloso Bermejo pasando por entre salvajes, hasta cerca de la Esquina grandé. Un año despues, regresaron á sus hogares, en Bolivia, á mérito de uno de los muchos decretos de amnistia con que el magnánimo General Belzu contestaba á las revoluciones sofocadas.

Atentos estos antecedentes, la acción de Pacheco en el Parlamento de 1864, aunque nó su palabra, porque no es orador, contribuyó eficazmente á prestigiar el grupo á que pertenecía, de manera que entónces contaba yá con la consistencia necesaria para entrar en la lucha con la seguridad del éxito.

Pero el campo electoral quedó bruscamente cerrado con el audáz asalto al Poder que consumó, en Cochabamba, el General Mariano Melgarejo, en el aciago 28 de Diciembre de 1864.

Durante la larga dominación de este mal sol-

dado, el señor Pacheco, yá notable vecino de Sucre. desplegó sus tendencias progresistas, alentando con su palabra, y con su ejemplo, cuanto elevado pensamiento germinaba para el cambio de situación, cuanta idea noble se concebía para el adelantamiento del país, no obstante el férreo resorte de compresión que esa funesta época había creado para las aspiraciones de progreso, cuyo desarrollo solo es posible á la sombra del orden, cuando éste está basado en el imperio de la ley y en el tranquilo juego de las instituciones.

Fué uno de los que fundaron la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul, en Julio de 1863, cuyo principal objeto era reorganizar y mejorar el servicio y la administración del Hospital de Santa Bárbara. No solo consagró á ese objeto sus recursos pecuniarios, sinó tambien su asíduo trabajo personal. El estableció el sistema de contabilidad, que se observa hasta ahora, tan claro, preciso y metódico, que diariamente se conoce á primera vista el gasto de las diversas atenciones de la casa, tan bien documentado, que no es posible, ni se concibe, que pueda existir el mas pequeño desvío de fondos tan sagrados como los que se destinan á establecimientos de caridad y de beneficencia.

El Hospital carecía en lo absoluto de un departamento para locos. Pacheco que, como hemos visto, había tenido en su familia séres queridos atacados de esta terrible enfermedad, construyó uno á su costa con el carácter de provi-

sional, mientras le fuera dado levantar el suntuoso edificio del actual.

Las reiteradas tentativas del país para sacudir de sus hombros la pesada dominación de Melgarejo, tuvieron en el señor Pacheco su colaborador mas constante. Melgarejo lo sabía; pero en la imposibilidad absoluta de atraerse este carácter independiente, enemigo tenáz de la opresión, prefería vigilarlo sin poner nunca la mano sobre él, por más ocasiones que se le presentaron para ello.

Debatíase en el Parlamento la ruidosa cuestión del tratado de límites con el Brasil. La opinión lo rechazaba indignada; pero había en el poder interés en que se aprobara y fué aprobado, no obstante la valiente oposición de una minoría de Diputados, condenados despues á la oscuridad y las persecuciones. A este acto de espoliación de una considerable zona del territorio mas importante de Bolivia, contestó el país con el movimiento revolucionario de Diciembre del 68, iniciado en Sucre y secundado en Cochabamba, el cual tuvo el éxito desgraciado de las numerosas tentativas anteriores, estrelladas siempre contra el poder brutal de la fuerza. La revolución de Sucre fué largamente fomentada por Pacheco, que secretamente suministró los fondos necesarios, alentándola además con la influencia moral de sus muchas relaciones. Una de ellas, el malogrado Coronel Gabino Pizarroso, tipo heróico del militar de honor, fué el comandante de la fuerza expedicio-

naria á Potosí que condujo el Doctor Mariano Reyes Cardona, Diputado y alma de la oposición al pacto. Esa expedición, compuesta de una pequeña fuerza de policía, de artesanos y jóvenes abnegados de ilustración y carrera, se lanzó impertérrita á desafiar el tremendo poder de Melgarejo. Pizarroso llevó el presentimiento de su gloriosa muerte, y seguro del sacrificio, encomendó á Pacheco la suerte de una hijita suya, que, en efecto, encontró un segundo padre en el que fué el depositario de la última voluntad y de las íntimas angustias del que la dió el sér.

Mientras tanto, cada descalabro revolucionario, si por el momento afirmaba el poder del autócrata, no tardaba en ser contestado con nuevas tentativas en todos los ángulos de la República, hasta que la revolución que estalló en Potosí encabezada por el General José Manuel Rendón, y que fué secundada en el Norte por el General Agustín Morales, fué el gran sacudimiento que con la horrorosa hecatombe y el saco de aquella noble ciudad, el 28 de Noviembre, y la victoria de las barricadas de La Paz, el 15 de Enero del 71, echó por fin abajo la dominación de ese Atila de los tiempos modernos.

Así quedó consignada otra vez más todavía la eterna verdad de que un pueblo que quiere ser libre, lo és siempre, áun cuando se le quiera plegar bajo el peso del terror.

Pacheco se encontraba en los minerales del

Sud cuando tuvo lugar ese histórico derrumbe, el cual, despues de disipada su polvareda, debía aclarar los nebulosos horizontes de la Patria. Generoso, y pronto siempre á suavizar la suerte de las víctimas de la causa que era la de todos, que era la suya, alargó pródiga mano á los fugitivos de la catástrofe de Potosí, que por el camino del Sud, buscaron el asilo Argentino. Si sus socorros no llenaron cumplidamente tan noble objeto, no por eso fueron ménos reales, positivos y sinceros.

Cambiada, pues, la decoración del teatro político de Bolivia, y puesto en escena el nuevo mandatario, General Morales, renació en todos los pechos la esperanza de mejores dias bajo la salvaguardia de instituciones que el país quiso procurarse.

Reunióse en Sucre una Convención, compuesta de los pro-hombres llamados á dirijir la situación que inauguraba. Pero Morales, desde las primeras sesiones de ese nobilísimo aréopago, faltó bruscamente á la Convención, á propósito de la renuncia que hizo del mando supremo para que se elijiera al mas digno, la que presintió que iba á serle admitida. Esta otra esperanza fustrada dió la medida de lo que podía ser un mandatario que no tenía ánimo de someterse á la voluntad popular, tomando la suya como la única regla de sus actos.

Semejante decepción predispuso inmediatamente todos los ánimos contra él, y principió otra vez el trabajo de zapa y mina para derri-

bar un poder que se creía con suficiente título autoritario por sólo el hecho de haber contribuido á derribar otro poder igual.

Pacheco no fué estraño á los trabajos iniciados con tal propósito, los cuales no tuvieron consecuencia por el momento, á causa de la falta de ánimo de alguno ó algunos, que debían obrar en primera línea. El General Morales concibió prevenciones contra él, alentadas diariamente con los rastreros chismes palaciegos, que, entre otros hechos, verdaderos ó falsos, le llevaron la especie de que Pacheco había bautizado á Morales con el epiteto de «mata-muertos» alusivo al suceso del 6 de Setiembre del 50.

El carácter soberbio y agresivo de tal personaje —dice un escritor boliviano—no inspiraba, por cierto, seguridad alguna para que industriales en auge, como Pacheco y don Aniceto Arce, á quien tambien odiaba Morales, dejasen de temer un ataque á sus intereses, como yá había sucedido con los de Arteche en Colquechaca. Este fundado temor, la necesidad de ponerse en guardia y el interés del jiro industrial de ambos, hicieron que emprendieran viaje á Chile, donde desde luego contrataron dos mil rifles, con la seguridad de tomar Cobija, si arreciaba el desborde del Gobierno, y trasportar inmediatamente ese armamento al Sud para levantar Chichas y Tarija y lanzarse sobre Potosí, mientras Morales estaba en el Norte.

Cuando Pacheco se hallaba en Chile, fué honrado con la elección de Diputado por Chichas,

á la Legislatura ordinaria que debía principiar sus funciones en 1872.

Encontrábase todavía allí, cuando se precipitaron los acontecimientos de Noviembre de dicho año, que dieron fin con la administración y la vida misma del Presidente Morales. Sabido es cómo la antipatía de este hombre con el Gobierno parlamentario lo puso en pleno choque con la Asamblea, agriándose su ánimo imperativo, á causa del jiro que tomó la cuestión del secuestro de los minerales de Colquechaca, y cómo, para evitar el voto de censura preparado contra él, agrega el escritor citado, apeló al indigno medio de la grotesca cencerrada con que hizo que terminaran las sesiones de la Asamblea.

Desde ese instante no existió yá Gobierno legal.

Disuelta de hecho la legislatura, y vista la imposibilidad de las capitulaciones empleadas para que reanudara sus funciones, Morales, asumió abiertamente la dictadura, cuyo imperio fué de horas, hasta que el revólver de su propio sobrino fué la solución de este drama sombrío.

Vuelto el país al régimen interrumpido, mediante la continuación de las sesiones de la Asamblea y la toma del mando por el doctor Tomás Frias, en su carácter de Presidente del Consejo de Estado, se abrió de nuevo la marcha legal del país, estableciéndose un periodo de bonanza en la intermitencia crónica de sus destinos.

El señor Frias, en vez de seguir con el mando, como era de ley, hasta completar el periodo constitucional de su predecesor, ostentó lujo de desprendimiento convocando á elecciones, quizá sin advertir que el terreno político, candente todavía, no era á propósito para una lucha electoral entre partidos que se habían organizado á impulsos de odios y venganzas que, como sedimento perturbador, dejaron los pasados disturbios.

Presentábanse tres partidos en la arena electoral. El militar y reaccionario Melgarejista, representado por el General Quintín Quevedo; el civil y reaccionario Moralista, por el doctor Casimiro Corral; y el llamado rojo, ó conciliador, encarnado en los hombres de la situación y en su nobilísimo representante, el jóven Teniente Coronel Adolfo Ballivian, hijo del vencedor de Ingavi. El combate fué sostenido; y aunque las ánforas arrojaron considerable mayoría en favor de Ballivian, ausente á la sazón en Lóndres, no era la absoluta que requería la ley constitucional para la proclamación del electo. En esta emergencia, la misma ley atribuia la elección á la Asamblea Legislativa quien debía verificarla entre los tres que habían obtenido la mayoría relativa de sufragios. Convocada extraordinariamente la Asamblea para el 23 de Abril del 73, y aceptada la renuncia que hizo el señor Frias, de la Presidencia, Ballivian fué proclamado Presidente en 7 de Mayo del mismo año despues del primer turno de escru-

tinio en que fué excluido el General Quevedo.

El señor Pacheco fué de Chile á Lima al encuentro del candidato de sus afecciones. Emprendieron juntos el regreso á la patria; pero la Providencia que le deparó la satisfacción del triunfo electoral de su candidato, le reservaba otra de las mas grandes amarguras que desangran el corazón paternal, la mayor de las contrariedades que pueden ofrecer al desterrado voluntario que vuelve á respirar con avidéz los aires vivificantes del suelo natal.

Viajaba el señor Pacheco con el mayor de sus hijos, Manuel, el primogénito de su matrimonio. Jôven acabado de educar, bien organizado y robusto, que había vencido sin dificultad los inconvenientes del viaje marítimo y terrestre, fué impotente para resistir los peligros del viaje, que podemos llamar aéreo, de la Cordillera. Llegó apenas á la cima del Tacora, y entregó allí su espíritu á Dios, en brazos de su padre, cuyo ardoroso aliento fué insuficiente para animar esa existencia que desaparecía en edad juvenil, fija la mirada en el horizonte pátrio, trás el cual latían los corazones impacientes de su madre y sus hermanos. Pacheco, rodeado de la doble soledad del árido desierto y de su alma desgarrada por el dolor, sepultó con sus propias manos los inanimados restos del hijo predilecto; y depositando un postrer beso sobre la nevada tierra que los cubría, hasta que pudiera trasladarlos á su hogar, siguió su cami-

no, con planta vacilante, á donde le llamaba el cumplimiento del deber de Diputado. Llegado á la Paz, y no obstante el estado de su alma, contribuyó poderosamente en las sesiones de la Asamblea á la elección del candidato popular; y dejándole investido de los emblemas del mando, voló á su casa á mezclar su llanto con el de los suyos, y á exhortarlos á la resignación consoladora del cristiano.

Adolfo Ballivian, una vez Presidente, siguió las huellas de su ilustre predecesor, mentor y amigo, el señor Frias. Con la fe del patriotismo y el entusiasmo de la edad viril, trabajó sin descanso en la árdua labor que se le señaló; pero el periodo de su administración duró muy poco. Minada su salud por una grave enfermedad, el exceso del trabajo apresuró traidoramente sus funestos efectos. El 14 de Febrero de 1874, sábado de carnaval, moría en Sucre, produciendo su pérdida el efecto de trocar en duelo general, sinceramente sentido, esa festividad loca de carnestolendas por la que son entusiastas los pueblos americanos.

El malogrado Presidente pasó los últimos dias de su vida en la risueña finca de Nuccho, propia de Pacheco; allí se conserva todavía la habitación que ocupaba, en el mismo estado de menaje en que la dejó tan interesante huesped. El propietario la guarda así con profunda veneración, de la que participan todos cuantos van á visitarla. Este expresivo exvoto de la amistad de Pacheco, y el recuerdo de haber sido el mis-

mo Nuccho el lugar en que el Gran Mariscal de Ayacucho dictó su último mensaje, firmándolo apenas con el brazo herido en el motín militar del 18 de Abril del año 28, hacen de Nuccho un monumento que está llamado á ser histórico en Bolivia.

Esa prematura vacante puso otra vez en la Presidencia al mismo señor Frias, como Jefe del Consejo de Estado. Continuó, pues, el régimen legal y progresista del país. Lo poco que se ha avanzado en esta línea lo debe Bolivia á esos periodos de bonanza que aunque tan frecuentemente interrumpidos, no dejaron de esparcir saludable semilla, que desarrollada despues, ha de fructificar bienes positivos y fecundos para el porvenir. Pacheco colaboró en esta administración, ya en su carácter de munícipe, yá en su investidura de Diputado, y yá principalmente en su rol de industrial inteligente y activo.

Pero estaba escrito que, trás de toda manifestación de la voluntad popular inauguradora de una situación legal, había de sobrevenir otra siniestra del espíritu de revuelta y caudillaje.

La Administración Frias tuvo que luchar con el motín del batallón «Verdes» que, desbordado, dominó por dos dias en La Paz. Tuvo tambien que luchar con el movimiento revolucionario de Quevedo–Corral, comprimido con el hecho de armas de Chacoma y la toma de las barricadas de Cochabamba. Lo peor de todo fué que el civilismo del doctor Frias, en la necesidad de un hombre de guerra para las operaciones milita-

res que demandaba la conservación del órden, puso desgraciadamente los ojos en Hilarión Daza, soldado sin principios, lleno de ambición, é intrigante por naturaleza, elementos con los que se elevó, paulatinamente, desde que se puso en contacto con Melgarejo, á quien llevó en pocos dias la noticia de la revolución de Sucre el 68, hasta la cara vuelta que dió á su protector con el batallón que mandaba, en 1870. Despues, brazo derecho de Morales y fiel ejecutor de su voluntad, se injirió entre los hombres que figuraron con la situación sobreviniente. Las campañas de Chacoma y Cochabamba lo elevaron á la alta clase de General, haciendo de él un personaje necesario, á la vez que una amenaza para su país, ansioso de desterrar de sus costumbres politicas la inveterada propensión á erijir en principio de autoridad la voluntad de cualquier soldado audáz, que pudiera disponer de algunas bayonetas, como sucede en muchas de las Repúblicas Sud-Americanas.

Bajo estos siniestros auspicios, y próximo á terminar el periodo constitucional del mando, se convocó á elecciones para dar sucesor al viejo Nestor de Bolivia. Presentáronse como candidatos, el referido General Hilarión Daza, Ministro de la Guerra, y el doctor José María Santivañez, patricio respetable, del órden civil, y de méritos comprobados. Ardorosa fué la lucha; pero la concupiscencia del mando del candidato militar y sus errores de cálculo, en cuanto á la cifra posible de votos que llegaria á obtener, die-

ron al traste con las elecciones, y produjeron los sucesos del 4 de Mayo del 76, de igual naturaleza que los de 28 de Diciembre del 64. Pacheco era miembro de la mesa receptora de Sucre, y el último dia de votaciones estalló el motín militar, repercusión del de La Paz, en la puerta misma del Palacio Legislativo en que funcionaba la mesa. Pacheco fué el último en abandonarla, como una protesta viva del buen sentido nacional, que veía otra vez eclipsado el imperio de las instituciones, con la destitución y prisión del anciano magistrado que tanto se esforzara en arraigarlas. No há mucho que el Presidente Pacheco ha querido honrar la memoria del que fundó el órden constitucional, provocando ante las cámaras la ley que ordena la traslación de los restos del venerando anciano, desde las playas extrangeras en que exhaló su último suspiro, víctima del voluntario ostracismo á que quiso condenarse. Mientras ván esos restos, y como un homenaje de respeto y gratitúd, figura su retrato en la testera del salón de sesiones del Senado Nacional.

Un año esencialmente seco, la pérdida de las cosechas, el hambre que sobrevino y la peste que le subsiguió, marcaron el gobierno de Daza.

Durante estas calamidades públicas, el celo del patriarca de la caridad Pacheco, redobló, su afán para aliviar la escaséz y conjurar la epidemia. Es notorio, el cómo contribuyó largamente á sostener por mucho tiempo la olla del pobre y cómo dió alimento á los que desfalle-

cian de hambre. Al Concejo Municipal de Sucre donó diez mil bolivianos, destinados á proveer las necesidades de la Capital con víveres negociados afuera. Así que, en este Municipio y en el inmediato de Yotala, el hambre no se dejó sentir con la intensa gravedad que en otros lugares, como la peste no fué tan mortífera, combatida, como lo fué, en los lazaretos que se establecieron para los centros poblados. Á todo contribuía con sus recursos y su celo personal este diligente obrero del bien. Hizo, en fin, cuanto podía esperarse del hombre benéfico que puede y sabe socorrer la suerte desgraciada de sus hermanos, y que en esta lamentable época lo hizo con esas muchedumbres hambrientas y enfermas, que vagaban como espectros demandando un mendrugo de pan, con qué mitigar el hambre, y un lecho en que morir con ménos sufrimientos. El año terrible «78» puso en mayor relieve las dotes altamente filantrópicas de Gregorio Pacheco, á quien se acostumbró el pueblo á mirar desde entónces con el amor y respeto que nunca le faltarán.

VIII.

En aquellos momentos harto difíciles para la política interna de Bolivia, la armada mano de Chile arrojó en las codiciadas playas de Atacama el guante de reto á la predilecta hija de Bolívar, y el Perú noble, caballeroso y audáz, hermanado con la nación de allende el Titicaca, re-

cojió ese guante para ir ambos al campo de batalla.

Bolivia rechazaba unánime el gobierno del General Daza; pero la infausta guerra externa le hizo resignarse, confiar y esperar en el soldado que alguna vez se apellidó valiente; y le entregó sus destinos, rodeándolo de popularidad que él mismo se encargó de hacerla fugáz con su extraño y culpable proceder (1) en la retirada de Camarones, la tarde del 16 de Noviembre, en que «*el cielo mismo parecía ruborizarse de acto tan vergonzoso, cubriendo al sol en su ocaso con un tinte siniestramente purpurino que infundía fatídicos presagios mas fáciles de sentir que de expresar . . . El único responsable de ella es el General Daza; aunque él asegure qae fué influido por muchos jefes de su círculo*» (2) hecho reconocido por Bolivia, y reprobado con la energía del pueblo viril que, reunido en comicio, redactó esta manifestación:

«El pueblo de La Paz, reunido en comicio popular, considerando: 1º Que la ineptitud, cobardía y deslealtad del General en jefe del ejército boliviano han llegado á afectar los vínculos de la alianza con nuestra hermana, la República del Perú; alianza que Bolivia está resuelta á sostener, sin omitir sacrificio alguno. 2º Que el funesto sistema de desaciertos de la ominosa administración del General Hilarión Daza ha conducido la ruina del país en el interior, el

(1) Caivano, italiano. Historia de la guerra, página 262.
(2) Manifiesto del General Camacho, boliviano.

descrédito en el exterior, la deshonra nacional en la guerra que Bolivia sostiene con la República de Chile . . . declara: 1º Que el pueblo de La Paz ratifica y sostiene la alianza Perú-Boliviana para hacer la guerra á Chile; y protesta seguir la suerte común hasta vencer ó sucumbir en la actual lucha. 2º Que destituye al General Hilarión Daza de la Presidencia de la República y del mando del ejército boliviano; nombra General en Jefe de éste al General Narciso Campero, y ruega al señor Contra-Almirante General Lizardo Montero (peruano) se haga cargo del mando del ejército boliviano (*el de Daza en Tacna*) hasta que el General Campero se constituya en el teatro de la guerra. 3º Que nombra una junta de Gobierno compuesta de. . . La Paz, Diciembre 28 de 1879.» (Siguen las firmas.)

El entusiasmo era creciente, así en el Perú como en Bolivia, y todos sin excepción se hicieron soldados. Don Gregorio Pacheco apareció en las filas de defensa, el primero; su fortuna, sus esfuerzos, su influencia social, todo lo puso sin reserva alguna á disposición de la autoridad; y en momentos de ofrecer su persona como simple soldado, surgió un pleito de familia iniciado por don Narciso Campero, aquel á quien prestó su favor y sus consideraciones. Pacheco debía atender este litigio personalmente; pues era su honorabilidad la que podía mancillarse.

Fué por este solo motivo que escusó su persona del tributo de sangre impuesto al deber

de ciudadano: pero quedó en el país formando parte del comité de guerra, ocupado activamente en crear recursos y engrosar las filas de los defensores de la causa común. Accionista de la Compañía minera de Huanchaca, impulsó con este carácter el auxilio en numerario, material y personal, que esa Compañía prestó incansable á la 5ª División comandada por ese mismo General Campero, la cual destinada en los consejos de la defensa al rol importante de amenazar la recuperación del Litoral y servir en su caso de oportuno refuerzo al Ejército de la Alianza que operaba en Iquique y Tarapacá para oponerse al desembarque de los chilenos, vagaba en los desiertos de Lipez, sin horizonte para sus aspiraciones de combate, sin rumbo para sus marchas forzadas, y agotando en su lucha con el desierto la fuerza viril de los denodados hijos de Potosí, Tarija y Chichas. La infructuosa y martirizante peregrinación de ese grupo de valientes, es un misterio doloroso que mortifica el patriotismo. La historia se encargará de profundizarlo; pero el hecho es que esa misma quinta División, llegada por fin á Oruro, fué el núcleo de la elevación de su jefe á la Presidencia de la República.

Mientras tanto los acontecimientos de la guerra del Pacífico se desarrollaban con funesta precipitación. El heroismo del Almirante Grau sufría, en Iquique, un doloroso contraste con la pérdida del blindado «Independencia.» La rutilante estrella del semi-Dios de la guerra marí-

tima se eclipsaba para siempre en el desastre de Angamos, y la Patria, mústia y callada; solo podía ya regar sus plantas con el llanto de sus hijos. Libre el invasor chileno de sus preocupaciones por mar, desembarcaba en Pisagua sobre los cadáveres de los gloriosos hijos de La Paz que, metidos en el agua, quisieron constituirse en diques vivientes para impedir que la aleve planta pisara el suelo sagrado de la Alianza. Afrontados, en fin, los beligerantes en tierra firme, la dispersión de San Francisco, otro misterio de la guerra del Pacífico, en que el valor boliviano hizo su deber, al frente de inepcias á que fué estraño, y la vergonzosa retirada de Camarones, todavía otro misterio de esa malhadada guerra, inclinaron la balanza al lado del invasor, vacilante un momento con la victoria de Tarapacá donde los nuestros se trocaron en héroes, y en que Bolivia estuvo dignamente representada por el abnegado valor del glorioso batallón «Loa.» Esa victoria manifestó una vez más que la fuerza de la Alianza solo estaba en la bravura de la tropa, jefes de batallón y oficiales, siendo una cifra negativa la pericia de los jefes superiores que mandaban ese grupo de patriotas, sin tener ni las dotes morales del comandante de un cuerpo de ejército, ni la presencia de ánimo, y mucho ménos, la intrépida serenidad de un General en jefe.

El Sol de los Incas principió á velarse opacado por las negras sombras del infortunio. Dueño el ejército chileno del mar y de la costa de

Iquique, iba á tener en jaque al yá diminuto ejército de la Alianza. El escritor boliviano que cito, dice. «El indigno jefe de Bolivia, que sintió el eco repercutivo de la maldición de su país por el estéril sacrificio de San Francisco, meditaba un colosal delito de leso patriotismo y de indigna deslealtad, tratando nada ménos que de regresar á La Paz, con el fin de ahogar en sangre la actitud del país contra su inepcia y cobardía, El 27 de Diciembre del 79, un acuerdo expontáneo de jefes y oficiales del ejército boliviano, puso fin á esa incertidumbre. El sátrapa fué depuesto del mando militar, mientras que en Bolivia se le deponía tambien de su investidura presidencial, encomendando el mando al esplorador del Desierto, el General Campero.»

Tales acontecimientos fueron un golpe eléctrico en el interior de Bolivia, y los pueblos todos secundaron ese movimiento regenerador. En Sucre, la voluntad popular confirió el puesto de Prefecto al doctor Aniceto Arce, y el de Comandante General al ciudadano Gregorio Pacheco.

Grande era el significado de esta última investidura en quien la recibía, porque el país necesitaba más que de administración interna, de elementos de guerra que acopiar en el teatro de los sucesos, tarea árdua en medio de lo exhausto de los parques, de la incomunicación que impedía adquirir armas y municiones, y del desaliento que habían producido los últimos desastres. Ambas autoridades llenaron, empero, dig-

namente su cometido; el espíritu público se reanimó; los cuarteles se poblaron de voluntarios; y de todas partes acudieron nuevas fuerzas, que la indigna traición del 12 de Marzo hizo inútiles, quitando la mitad de las probabilidades á la batalla campal que se preparaba como decisiva.

Mientras que los ejércitos beligerantes se disponían á resolver el problema, en el incierto terreno de las armas, Bolivia atendía tambien á su reorganización política, desquiciada por el advenimiento y el fin del Gobierno de Daza.

Convocada una Convención en la ciudad de La Paz, el señor Pacheco fué electo Diputado por dos Distritos electorales, el de Nor Chichas y el de San Lorenzo de Tarija. Habiendo optado la representación de este último como más inmediato á su país natal, se disponía á tomar asiento en esa Asamblea, la mas notable que registran los anales parlamentarios de Bolivia.

Fué en esta ocasión que el vecindario de Sucre le dirijió un voto de confianza, suscrito por mas de 500 firmas de lo mas honorable de la Capital, y que por su importancia, como dirijido á un simple ciudadano, vamos á trascribir en seguida, tomándolo de un impreso contemporáneo. Dice así:

«Voto de confianza del pueblo de Sucre al señor Gregorio Pacheco.»

«Sin otro interés que la justicia y la conservación del órden público, seguro medio de salvar la honra nacional, ofrecemos al señor Pacheco este voto de confianza.»

«En momentos difíciles y premiosos, lo nombró el pueblo Comandante General de este Departamento, y el señor Pacheco con noble é hidalga lealtad aceptó nuestra confianza, sacrificando su tranquilidad é intereses privados.»

«Hoy que por justos temores, que plegue á Dios no se realizen, ha dejado el señor Arce la Prefectura que ese mismo pueblo le encargara, habiendo recaido con este motivo ambas autoridades en el señor Pacheco, ratificamos la confianza que este señor nos inspira; y le pedimos lleve su abnegado patriotismo al extremo de encargarse de esa doble tarea, en previsión de los conflictos que acaso de otro modo pudieran pesar sobre el país, pues que por sus no desmentidos actos merece las simpatías de todas las clases, está encarnado, por decirlo así, en el corazón del vecindario de Sucre, y es por ello, el hombre de la conciliación y la paz entre los círculos políticos, sin que pudiera calificársele comprometido con ninguno de ellos.»

«En las Repúblicas el voto del pueblo es la fuente legítima de la autoridad: de él emanó la Comandancia general del señor Pacheco, reconocida y autorizada despues por el Jefe Supremo del Estado, y le pedimos y esperamos que, obedeciendo al pueblo, se sirva conservarse á la cabeza del Departamento hasta que su alto deber de Representante lo llame á la Convención Nacional, en cuyo concepto supone el mismo Gobierno el caso de subrogarlo. Por nuestra parte concurriremos con entera decisión á

sostener el órden establecido y el imperio de la ley. Sucre, á 29 de Abril de 1880.—Basilio de Cuellar, Pantaleon Dalence, José Manuel del Carpio, Mariano Ramallo, Saturnino Sanjinés, Manuel Ignacio Salvatierra, Juan Fernandez de Córdova, Manuel Primo Oroza. Jorge Delgadillo, José María Calvo, Daniel Calvo, Manuel E. Reyes, Mariano Navarro, Tomás Villegas, Luis Pablo Rosquellas, Belisario Boeto, Benjamín Fernandez, Pedro José Zilveti. Siguen mas de quinientas firmas.»

Formada la Asamblea por medio de una elección libérrima, puesto que no se trataba de personas sino de la salvación de la autonomía Nacional; convocada en los momentos solemnes en que iban á jugarse los destinos del país en el movible terreno de los combates; colocada como la Convención Francesa entre el enemigo exterior y el desequilibrio interno; esa Convención, apenas instalada el 25 de Mayo de 1880, recibió el aviso de la derrota del Alto de la Alianza, ocurrida el 26. La sesión del 30, solemne como ninguna, con la severa magestad del duelo público, pero tambien con la clara percepción del peligro comun, manifestó que el Legislador boliviano sabe dominarse para restañar la sangre que vierte del corazón herido y enjugar la ardiente lágrima que brota de los ojos. Esa sesión del 30, en que los pro-hombres del país se mostraron á la altura de la situación, no solo dotó al pueblo con la Constitución política que actualmente rije, sino que or-

ganizó los poderes públicos, elijiendo como Presidente Constitucional al mismo General que acababa de ser derrotado. En esa sesión y en las siguientes, interrumpidas un momento con la muerte del Presidente de la Convención, Daniel Calvo, de quien puede decirse que falleció por exceso de dolor patrio, la Asamblea sistemó la Hacienda, atendió á la formación de un nuevo ejército, reorganizó el servicio administrativo interno, y puso, en fin, las bases de la marcha normal, que, pasado el conflicto de la guerra, debía seguir el país por el fecundo carril de las instituciones.

La Convención de 1880, no juzgada todavía con el severo criterio de la historia, fué tan importante para Bolivia, como la primera en que se declaró su independencia. Si en ésta se modeló la estructura de la República, declarándose viable al niño que, concebido el 25 de Mayo de 1809, nació al mundo con las salvas del cañón de Ayacucho, en aquella se electrizó el cuerpo de ese mismo niño exánime con el desastre del 26 de Mayo, volviendo á la vida institucional para continuar su desarrollo.

En esa Convención, cuyas sesiones duraron seis meses, el señor Gregorio Pacheco, Presidente de la Comisión de Hacienda, contribuyó poderosamente á las medidas de reorganización de este importante ramo, como que era el principal para reanimar la resistencia. Su autorizada opinión era siempre concluyente, formada como estaba en la escuela del trabajo, que es la

única que enseña lo que cuesta la adquisición de un capital, é impone la necesidad de gastarlo con discernimiento. «Tan larga y sostenida sesión legislativa fué para el señor Pacheco una provechosa enseñanza, que le hizo conocer mas todavía el país y sus recursos, distinguiendo á los hombres de la situación para clasificarlos segun sus aptitudes.»

Corría entre tanto el periodo Presidencial del General Campero con esa labor infecunda, por exajeradamente doctrinaria, que la caracterizaba. Entregado su jefe á la instrucción rutinaria del soldado; ocupados los poderes públicos, más de discusiones académicas, que de la tarea obligada de prevenir las contingencias de la guerra estacionada en el territorio de la Nación aliada; con la perspectiva de negociaciones diplomáticas, tan pronto concebidas como desbaratadas, se acercaba rápidamente el tiempo de la terminación del periodo Presidencial.

En el intervalo, un incidente deplorable puso todavía en relieve los sentimientos patrióticos y desinteresados del señor Pacheco. El Batallón «Colorados,» resto glorioso de esos valientes, que por un momento pusieron á raya el poder del número en el campo de la Alianza, había sido enviado á Sucre para su reorganización.

Olvidado casi por completo, con ajustes retrasados de algunos meses y con la perspectiva de mayor escaséz, se dejó dominar del vértigo sedicioso, y en la noche del 26 de Mayo, aniversario del desastre, estalló la insubordinación con

el designio de tomar las municiones del parque y lanzarse á desastrosas aventuras.

Dominado felizmente el movimiento, el señor Pacheco abrió su bolsa para gratificar á los sostenedores del órden, y prevenir nuevas emerjencias con el ajuste y pago de la tropa. Más tarde, esos valientes extraviados un instante por los consejos de la desesperación, caían en un patíbulo heridos por balas nacionales, ellos á quienes había perdonado el plomo del enemigo.

El país tenía que afrontar pues la venidera crísis eleccionaria, en medio de estas circunstancias poco favorables para el cambio de la situación política. Se aproximaba el momento difícil de prueba, para los hombres públicos que hasta entónces se habían hecho espectables. Tres figuras se destacaban en el cuadro de la situación. El valiente y caballeroso General Eleodoro Camacho, restituido al país de su larga prisión en Chile, rodeado del prestigio militar de sus servicios en la guerra y de la abnegación con que, habiendo depuesto á Daza, se sometió á la designación legal del que debiera sucederle. El doctor Aniceto Arce, que nombrado primer Vice-Presidente con Campero, y desterrado por éste calificandolo de partidario de Chile, volvió de su destierro á reasumir sus funciones, prestijiado así por su posición política y su inmensa fortuna. El señor Gregorio Pacheco, de popularidad establecida como filántropo, tambien de posición desahogada, y que acababa de renunciar el cargo de Senador por

Chuquisaca. No tardó en formarse atmósfera al rededor de estos tres nombres prestigiosos, dando orígen á los partidos políticos que se formaron bajo las denominaciones de *Liberal, Constitucional* y *Democrático*, tomadas de los puntos culminantes de las profesiones de fe que habían dejado traslucir sus directores. En momentos de estarse ajitando la enojosa y ya duradera cuestión de la guerra, natural era que los tres partidos ostentaran en su enseña algo que reflejara su pensamiento al respecto. Al General Camacho se le tuvo por partidario acérrimo de la guerra, y por lo mismo, con ardientes simpatías hacia el Perú. Al doctor Arce se le calificó por decidido pacista y no muy antipático para Chile. El señor Pacheco no participó de ninguna de estas calificaciones extremas, porque si anhelaba el triunfo de la dignidad nacional, lo quería sin nuevos estériles sacrificios ni más sangre derramada inútilmente. Fué sin duda á esto que se debió la inmensa popularidad que rodeó su nombre, desde el momento en que un grupo de ciudadanos de Cochabamba inició la lucha electoral, proponiendo desde luego la candidatura de este modesto ciudadano.

El señor Pacheco vaciló mucho para aceptarla, porque tenía la conciencia formada de los árduos deberes del puesto y conocía su insuficiencia; pero la rapidéz eléctrica con que se propagó la idea en todos los ángulos de la República, y las premiosas exijencias con que de todas partes se vió sitiado, le determinaron á prestar su

aceptación. Dictó en consecuencia su programa que, en síntesis, proclamaba: «Patria libre y feli para todos; fusión de los partidos para que concurriesen á continuar la guerra, en caso preciso, ó á firmar una paz honrosa; trabajo, órden y moralidad para buscar el progreso por todos los rumbos posibles; instrucción y educación para el pueblo, cuya suerte debía ser el constante objetivo de los esfuerzos de un sistema esencialmente democrático.»

Tal fué, leal y sintetizado, el programa del partido democrático que llevó, vitoreado y triunfante, el nombre de don Gregorio Pacheco de un extremo á otro de la República de Bolivia.

IX.

Empeñada en Bolivia la lucha eleccionaria, en el Perú se precipitaban los acontecimientos de la guerra del Pacífico, que, si impuso algunas privaciones físicas á Bolivia, en el órden moral le dejó el bautismo de su rehabilitación á los ojos del mundo; pues, el peligro de su autonomía le mandó sostener la paz interna, presentándose el pueblo primogénito de la Independencia, el mismo, sufrido y viril, de los tiempos en que la palabra libertad dulcificaba la agonía de los héroes.

La entrada á Arequipa del ejército chileno y la aproximación de las huestes enemigas á la frontera del Desaguadero, dieron nuevo toque de alarma á los pueblos bolivianos que pasma-

dos contemplaban en nuestro suelo el saqueo, el incendio, el pillaje y todo género de desmanes, cometidos por el vencedor, quien no respetaba ni los cadáveres del vencido.

La proximidad del peligro, redobló, como era natural, los preparativos de defensa en La Paz, poniendo paréntesis á la iniciada lucha eleccionaria y de partidos, para pensar solo en la guerra externa. Chile, en cuyos cálculos de conquista entraba la debilidad traida por el cisma interno á que, UNICAMENTE, debía sus fáciles victorias en el Perú, se sorprendió ante la unión compacta de los bolivianos, y comprendiendo por otra parte que sobraba para el lleno de su plan imposibilitar al generoso defensor, se detuvo en los linderos del Illimani.

Entónces funcionaba el Congreso, en La Paz, y en la ciudad estaban los candidatos á la Presidencia. El señor don Gregorio Pacheco, á quien rodeaban numerosos clubs electorales, los convirtió en otros tantos centros de defensa. Una noche memorable del mes de Octubre del año 83 recorrió personalmente mas de sesenta de esos Clubs, comunicando á sus concurrentes el ardoroso entusiasmo de que se hallaba poseido para repeler la invasión, si ella osaba profanar el suelo sagrado de la patria. Faltaban recursos pecuniarios para sostener y aumentar el ejército, armar la guardia nacional, y poner cualquier instrumento de defensa en manos de los ancianos, las mujeres y los niños. Pacheco puso á disposición de la autoridad toda su fortu-

na, entregando desde luego la suma de cincuenta mil bolivianos para los gastos mas urgentes de la guerra. Prometió ademas equipar y sostener una División de dos mil hombres, viéndose rodeado en un momento de más de novecientos voluntarios listos para formar esta falanje.

Tan remarcable conducta mereció la resolución de 30 de Octubre de aquel año, que dice así:

«El Senado Nacional, Declara: El filántropo y eminente patriota Gregorio Pacheco merece bien de la patria. Se le acuerda un voto de honor y gratitud, por su valioso donativo y abnegada actitud para la defensa nacional. Una comisión del Senado pondrá en sus manos esta resolución. Sala de sesiones del Senado Nacional, La Paz, Octubre 27 de 1883—Aniceto Arce, Juan Francisco Velarde, Secretario.—Casa de Gobierno, La Paz, á 30 de Octubre de 1883. Cúmplase con arreglo á la Constitución.—Narciso Campero, A. Quijarro.»

La Cámara de Diputados por su parte, le dirigió tambien el oficio siguiente:

«Secretaría de la Cámara de Diputados, La Paz, á 27 de Octubre de 1883.—Al señor Gregorio Pacheco.—Señor: Nos es grato poner en conocimiento de Ud. que la Honorable Cámara de Diputados, en su sesión del dia de hoy, ha aprobado la moción siguiente: «La Cámara de Diputados, aplaudiendo el generoso ofrecimiento verificado por el ciudadano Gregorio Pacheco, que consta del impreso titulado «Al Gobier-

no y á mis conciudadanos,» declara que aquel merece bien de la patria, y pasa á la órden del dia.» Aprovechamos de esta ocasión para ofrecer á Ud. el homenaje de nuestra particular deferencia. De Ud. atentos servidores.—Dámaso Sánchez, Manuel Aguirre.»

El retiro de las fuerzas chilenas allende la frontera, y las negociaciones diplomáticas que se entablaron para hacer cesar el estado bélico, permitieron continuar su tarea de propaganda á los partidos políticos contendientes. La lucha fué ardorosa y sostenida; y hoy, que podemos juzgarla á la distancia del tiempo trascurrido, se puede establecer, como un hecho, que la ventaja obtenida por el jefe del partido democrático, fué debida exclusivamente á su popularidad. La pasión opositora la quiso atribuir á los recursos pecuniarios de que podía disponer, sin advertir que los poseía tambien, y en mayor escala, su competidor el señor Arce.

Si en toda controversia de este género es un factor poderoso el favor oficial, será necesario rememorar igualmente que, lejos de contar Pacheco con las simpatías del Gobierno de Campero, llevaba en contra suya la animadversión de este personaje y su círculo, yá político, yá personal, por el pleito que tenían pendiente; yá por la notoria decisión gubernamental hácia el candidato militar, unido en afecciones, de cuerpo y de sistema, con el antiguo General en Jefe del ejército de la Alianza. Esa popularidad crecía sin embargo rápidamente, y se manifestó

con toda su evidencia en la entrada que el señor Pacheco hizo en Sucre de regreso de La Paz, el 4 de Julio de 1884, aniversario de su natalicio. Jamás particular alguno recibió mayores ovaciones que las que la Capital, intérprete del sentimiento nacional, hizo al candidato predilecto.

Restablecida la calma relativa, se verificaron las elecciones en Mayo; y no fué extraño que el escrutinio diese en la República el siguiente resultado á cada uno de los tres candidatos á la Presidencia de Bolivia:

Pacheco.	11,760	votos
Arce	10,268	»
Camacho.	8,202	»

Por lo visto, ninguno de los pretendientes obtuvo la mayoría absoluta, aún cuando la enorme diferencia á favor del señor Pacheco venía representando en las ánforas la genuina preponderancia del civilismo, que aspiraba llevar al poder á un ciudadano honrado, garantizado por su pureza administrativa, su carencia de odios y rencores en la arena política, la decisión por el principio democrático, inscrito en su bandera, su culto musulmán por la Ley y, en fin, la consagración virtual de la idea magna que irradiaba en la mente del futuro mandatario, en su anhelo por mejorar la suerte del pueblo menesteroso.

La elección quedó librada al Congreso, donde el partido Pacheco representaba la minoría. La crísis era inminente, porque si alguno de los

otros llegaba á prevalecer en la Asamblea, sería contra el voto popular que, en la elección primaria, había designado yá al preponderante; sería contra el torrente de la opinión pública, qne, en caso de ser burlada, hacía temer una revolución que nadie, y mucho menos el candidato favorecido, deseaba. «Entre tanto, en el Congreso, se hacían cruda guerra los partidos partidos beligerantes, aceptando ó eliminando diputados en la calificación. Hubo un momento en que el fundado temor, de la eliminación de un grupo de diputados constitucionales, por la acción coligada de los otros dos partidos, colocó al tercero en la alternativa de la derrota con el alejamiento completo de su influencia en el poder naciente, ó en la revolución, si, aunado con el partido liberal, le confería la palma del triunfo.» (1) En este estado surgieron conferencias y arreglos, entre los señores Pacheco y Arce, que generalmente están apreciados como un convenio amistoso, de donde nació la renuncia de sus votos que elevó ante el Congreso don Aniceto Arce, conjurando la temida crísis; y la ley de 2 de Setiembre de 1884 proclamó Presidente Constitucional de la República de Bolivia al ciudadano don Gregorio Pacheco. El 3 prestó éste el juramento, ciñendo la banda presidencial, y ese dia entró la República en el periodo de paz interna y de progresos, relativamente inesperados en el estado beligerante, pues

(1) Dice un autor boliviano en documentos aún no publicados.

aún no se alcanzó á ajustar ningun tratado de paz ni de tregua en la guerra externa.

X.

El primer decreto del señor Pacheco, basado en su ardiente deseo de ver floreciente la ventura nacional, fué abriendo comunicación libre y franca al comercio europeo por las aguas del Atlántico y los rios Paraguay y del Plata. No podía ser otra la administración práctica del nuevo Jefe del Estado, en cuya mente vivía palpitante la idea de que las facilidades de comercio con las naciones del mundo, la protección al emigrante, y la garantía ofrecida al industrial, son los verdaderos resortes de riqueza en un país libre y democrático.

Sin que entre en mi ánimo la pretensión de escribir un juicio político administrativo, vamos á seguir los pasos del señor Pacheco en su carrera pública.

La instrucción y la prensa, esos dos focos de luz que prestan calor y aliento á la vida intelectual, sin cuyo concurso el hombre en poco se diferencia del bruto, le debieron, desde el primer momento, atención preferente. Y cómo nó, si fué la escuela pobre y triste de un cantón donde él comenzó á nutrir su espíritu, y fué el libro, la lectura ordenada, lo que, robusteciendo sus aspiraciones, consiguió levantarlo á las serenas regiones de la instrucción bien ordenada, y luego al primer puesto de su Patria! Así

mismo, él que pasó la infancia mano á mano con la escaséz, faltándole la lumbre de leña en las oscuras y húmedas noches de invierno; y el pán de cebada en las amargas horas de vigilia; (1) conservaba en su corazón grabadas las escenas en la *trastienda* de los menesterosos, y guardando memoria afectuosa para ellos, se preocupaba tanto por mejorar las casas de Beneficencia.

Más que respetables són las cantidades de dinero que, durante la prosperidad de su fortuna, ha asignado al sostenimiento y creación de escuelas, colegios y casas de misericordia; pero, lo que aún enaltece más al ex-mandatario de Bolivia, es el haber cedido íntegro el sueldo de Presidente, al sostén y ensanche de las numerosas escuelas que llevan su nombre, y á los establecimientos de caridad. Complázcome en apuntar, que éste es el único caso de desprendimiento tan levantado como provechoso que registran los fastos de la historia contemporánea, en las Repúblicas de la América meridional. Y con esa misma satisfacción que inspiran las acciones nobles, entraré á enumerar algunas de las fundaciones realizadas por su brazo incansable.

Antes de salir de Livi-livi estableció un bonito plantel de instrucción primaria para los hijos de los mineros y pobladores de todos los dominios de su propiedad, donde todas las tardes al

(1) Los pobres fabrican en el interior del Perú y Bolivia, pan de cebada con harina sin cernir, y se llama molletillo.

declinar el sol, cuando la campana anuncia el *Angelus* se oye el *Padre Nuestro* que centenares de criaturas dirijen al cielo por el señor Pacheco cuyo nombre aprenden, sin duda, á amar y bendecir para siempre. Despues creó el «Liceo Pacheco» de Cotagaita, y toca á su periodo presidencial la creación de sin número de escuelas que él subvenciona en las capitales de departamento y de provincia.

Emprendió, en unión de varias personas, la formación del tercer claustro del Hospital y la adquisición de catres de fierro para los ocho salones de aquel asilo de la humanidad doliente que, segun referencias que tengo de persona autorizada, es la mejor de la vecina República, y despues vino el «*Manicomio Pacheco*» de Sucre, fundado por don Gregorio á sus solas expensas, bajo el plan de los mejores institutos médicos de su clase en Europa, y que, para Bolivia tiene la misma importancia que, para el Perú, el hospital Dos de Mayo fundado por el Presidente Balta, servido por las hermanas de caridad y asistido por los mas afamados facultativos de nuestra culta capital. El «*Manicomio Pacheco*» tiene para su fundador la significación del más virtuoso homenaje rendido á la humanidad paciente, en memoria de la noble dama doña Josefa Madriaga, abuela materna de don Gregorio, que, como llevamos mencionado, sufrió de enagenación mental, producida por las persecusiones que muchos de su familia sufrieron de parte del Gobierno colonial, antes de que la insur-

rección independiente de Potosí fuese sofocada por don Rafael Maroto, ese activo intendente de la provincia de la Plata y presidente de la Real Audiencia de Charcas que, sin la gloria de asistir á la acción de Quinua (Ayacucho) el 9 de Diciembre de 1824, regresó á España y se hizo caudillo infiel del partido de don Cárlos de Borbón. Su fundador entregó el MANICOMIO al Estado, en calidad de propiedad Fiscal, con un memorial de donación reversible á él ó á su familia, en el solo caso de dársele un destino extraño á su objeto, emergencia única para la cual debería tenerse presente su costo, registrado en cuenta documentada que asciende á la suma de B. 121,780.15 c.

El Congreso aceptó la donación por ley de 24 de Noviembre de 1885, cuyo tenor trascribo, siguiendo la hilación histórica y por lo que pueda tener de importante, en el porvenir, la presente biografía trazada con imparcialidad de ánimo y libertad de pluma. Dice así:

«Visto el memorial del ciudadano Gregorio Pacheco y los documentos adjuntos, el Congreso Nacional resuelve: Artículo 1.° Acéptase la donación que el ciudadano Gregorio Pacheco hace á la República del establecimiento que ha edificado en la Capital Sucre, para curación y asilo de enagenados. Artículo 2.° Declárase dicho establecimiento de carácter nacional; asignándose sobre el Tesoro de la República la subvención anual de B. 6,000 para su sostén y mantenimiento. Artículo 3.° El dicho estable-

cimiento se denominará «Manicomio Pacheco,» y su administración queda encargada á la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul. Artículo 4.° Ríndese un voto de gratitud nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, otorgándosele como manifestación de dicho sentimiento, una medalla de oro con las siguientes leyendas: en el anverso: «El Congreso Nacional al filántropo Gregorio Pacheco,» y en el reverso: «Manicomio Pacheco» Sucre, Octubre 2 de 1884.» Artículo 5º Este establecimiento no podrá en ningun tiempo, temporal ni perpétuamente, ser destinado á objeto distinto del de su instituto, segun voluntad expresa del donante, debiendo en caso contrario abonarse préviamente, á su familia ó á sus descendientes, el precio de su costo que segun la respectiva cuenta documentada, asciende á la suma de B. 121,780.15. Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y fines consiguientes. Sala de sesiones del Congreso Nacional, La Paz, Noviembre 23 1885.—Mariano Baptista, Isaac Tamayo, Tomás Valdivieso, Senador Secretario, Dámaso Sánchez, Diputado Secretario, Sabino Pinilla, Diputado Secretario.—Casa de Gobierno, La Paz, Noviembre 24 de 1885. Cúmplase con arreglo á la Constitución.—Gregorio Pacheco, Macedonio Doria Medina.

XI.

Volveremos al mandatario de Bolivia siguiendo en esta parte, á la letra, los datos inéditos

que me ha suministrado un distinguido escritor de aquella República, cuyo criterio recto se recomienda á la par de la frase concisa.

Iniciado el Gobierno del señor Pacheco bajo felices auspicios de sincera concordia, puesto que los partidos opuestos; *Liberal* y *Constitucional* residente en Sucre, felicitaron al nuevo Magistrado ofreciéndole su cooperación á favor de la comun labor de labrar la ventura patria cuidando de la cosa pública. Una sola nota discordante se dejó percibir en ese concierto, y fué esta la sombría y marcada repugnancia del General Campero, que en un documento clásico cual es el mensaje de despedida, llamado por él su testamento político, no tuvo embarazo en declarar que había estado á punto de dar un golpe de Estado que evitara la situación naciente. El ejército, fiel á la consigna de su respeto á la ley, batió marcha al jefe proclamado. Todos los corazones se abrieron á la esperanza, saludando el acontecimiento como al signo precursor del imperio de las instituciones y el golpe de gracia al reinado del hecho, que tantas y tan profundas heridas había inferido al organismo político, estenuando la Nación para entregarla exánime al azar del peligro exterior.

Y á fé que había razón; porque de las tres únicas trasmisiones legales del mando por votación general que rejistra la historia de Bolivia, hasta 1884, las dos anteriores, de Belzu á Córdova, y la de Frias á Ballivian, fueron muy pron-

to seguidas de revoluciones populares ó de tumultos de cuartel.

El pueblo iba á sostener su propia obra, y el militarismo tan temido no era yá más que una institución como cualquiera, sin otro objetivo que la conservación de la paz pública.

Iniciada bajo estos auspicios la nueva administración, su primer acto fué un homenaje á su programa fusionista, reconociendo los méritos del Presidente cesante y del competidor en la elección, el General Camacho, á quienes conservó sus clases militares, asignándoles el sueldo íntegro. A otro de los competidores, el señor Arce, se le confirió la misión diplomática de primera clase ante el Gobierno de Chile y ante varios Estados de Europa, confiriendo igual representación ante el gobierno peruano, al prestigioso General don Eleodoro Camacho, cuyo solo nombre abría una senda de simpatía en el pueblo mártir, heróicamente defendido por la espada, la pluma y la palabra del generoso amigo del Perú, del político franco, y leal en la contienda exterior que acababa de reducir á cenizas las mejores poblaciones cobijadas por el pabellón bicolor. El acierto de elección del señor Pacheco no solo estuvo concretado á su Ministro; sinó tambien á todo el personal de la Legación, por lo mismo que ésta llevaba la delicadísima misión de deslindar derechos perturbados por una guerra desastrosa y acercar relaciones alejadas por las sombras de la desconfianza y deslealtad que, en oscura silueta, dejó el compor-

tamiento de las fuerzas bolivianas en la retirada de Camarones. Por eso figuraba como secretario el sagáz diplomático doctor don Fernando E. Guachalla, á quien le cupo tambien la suerte de representar dos veces á su patria en calidad de Encargado de Negocios, y de obtener que se disipasen por completo los nubarrones que, frecuentemente, entoldan el cielo diplomático de las Naciones, creados por la ligereza de juicio y apasionamiento inconciente de la prensa diaria, defecto que se nota igualmente en la prensa de Bolivia y del Perú, en esos artículos mal meditados é impulsados por el calor de un excesivo celo patriótico.

La política fusionista iniciada por el Gobierno Pacheco halló práctica inmediata, revelándose en la conservación de los empleados en los puestos que les designó la administración fenecida, y el nombramiento de personas del partido liberal para otros que debían proveerse, comenzando, como hemos visto, por su jefe que fué recibido con regocijo en Lima, y cuidando el señor Pacheco de que fuese el mérito saneado la única carta de recomendación, sin esas distinciones de color político y bandería que, á mi juicio, son la gangrena repúblicana, que corroe en su seno mismo la Carta Fundamental, asi en el Perú como en Bolivia, como en las otras Repúblicas nacidas en este siglo á la vida de la Libertad; gangrena que, en hora más ó ménos precisa, viene á apartar á los gobernantes del

programa administrativo que imaginan al tomar asiento en el solio presidencial.

Don Gregorio Pacheco no se vió, desgraciadamente, libre de este mal contagioso, incitado por la intransigencia de un reducido círculo, y, como todos, tuvo que apartarse de su credo político, basado en la liberalidad y en la fusión; pero sin renegar de él, porque comprendía muy bien que el Presidente que se hace *Jefe de partido deja de ser Jefe constitucional de la Nación.* El modesto ciudadano de la víspera sabía que el caudillo de partido debe á éste su pensamiento, sus esfuerzos y su acción, precisamente contra sus adversarios, mientras que el Presidente de la República se debe al pueblo todo, sin distinción de colores, ni de opiniones, no pudiendo concebir como se pueda gobernar un pueblo libre luchando contra los unos y favoreciendo exclusivamente á los otros.

Aspiración legítima de Bolivia es la de buscarse salidas al mundo exterior, por puertos y caminos propios, colonizando y fomentando, á la vez, las inmensas zonas feraces de territorio contiguas á varias de sus fronteras. Uno de los primeros actos del Gobierno Pacheco fué confirmar y ampliar las bases del contrato existente con la Empresa nacional de Bolivia, á cargo del infatigable obrero del progreso Miguel Suarez Arana, quien se comprometió á abrir la ruta, al través del Chaco boreal, hácia un punto aparente en la ribera del Alto Paraguay correspondiente á Bolivia, en el que se fundaría un puer-

to que, en los designios del empresario, llevase el nombre de Pacheco. Este dorado ensueño se ha perseguido sin descanso durante la administración de don Gregorio, yá ofreciéndose él mismo ante el Congreso para conducir personalmente los trabajos con la cooperación del Ejército, entusiasta con la perspectiva de tarea tan beneficiosa, yá encomendándolos á empresarios extranjeros que, desgraciadamente, fracasaron ante lo árduo de la empresa. La Providencia quiso premiar tan laudables propósitos permitiendo que, al terminar el periodo Presidencial de Pacheco, se despejára la incógnita de la ansiada apertura de comunicación con el Alto Paraguay al través de las soledades del Chaco boliviano. Dos jóvenes esforzados, Cristian Suarez Arana y Zenón Calvimontes, vigorosos heraldos de la generación que asoma á tomar sobre sus hombros el peso de los destinos de sus mayores, enviado el primero por la junta de caminos de Santa Cruz, y el segundo por la Legación de Bolivia en el Paraguay, consiguieron empalmar la ruta de Puerto-Pacheco al interior con la que del último punto habitado del Chaco se encaminaba á Pacheco, abiertas ambas por la Empresa Nacional de Suarez Arana. Creo que no tardará en ensancharse, frecuentarla, y llevar al trayecto población colonial para que, en breve tiempo, sea una realidad la comunicación exterior por caminos y puertos propios, y Bolivia, respirando desahogadamente con las brisas de su región Oriental, sea mas dichosa y

rica, dejando de hallarse bloqueada entre las breñas de los Andes.

En Hacienda, el nuevo Gobierno tenía la perspectiva de la banca-rota, corolario obligado de la situación bélica de que el país salía con el pacto de trégua con Chile, aprobado por el Congreso. No obstante, su primera medida fué suspender el descuento de guerra que gravitaba sobre el sueldo de los empleados, procurando ahorros con la disolución de algunos cuerpos del ejército y disminución de gastos en el material de guerra. La tarea, en este importante ramo, debía ser de reorganización, y á ella se entregó decididamente, tratando de que la ley del presupuesto fuese clara, precisa y practicable. Pacheco se sujetó extricta y religiosamente á esa ley, que es la clave del movimiento administrativo; y si nó consiguió nivelar los gastos con los ingresos, por el quebranto de algunos ramos de entrada, ha logrado al ménos que los servicios públicos sean cubiertos con toda regularidad. Ha obtenido más, y es haber satisfecho, mediante transacciones equitativas, algunas de las onerosas deudas exteriores, que de tiempo atrás venían gravando la situación rentística del país, con la desconfianza de pago por parte de los acreedores y el aumento progresivo de crecidos intereses. *Una nación sin crédito es un cuerpo muerto*, ha dicho un pensador contemporáneo. Entregada á sus exíguos recursos tiene que llevar una vida mezquina, puramente vegetativa, sin poder dilatar su esfera de acción, sin medios

ni aliento para esplotar sus gérmenes de riqueza, sin la seguridad del órden de mañana que puede ser perturbado por el tesón con que se buscan puestos oficiales, para tomarlos por asalto, á falta de otras ocupaciones hijas del trabajo independiente. El crédito, fruto de la confianza que inspira la honradéz, fué uno de los mas grandes objetivos de Pacheco en el poder, y él puede decirse que puso sus bases esforzándose en pagar aquellas deudas, aún á ríesgo de desequilibrar la balanza financial del país. Sin embargo, y á pesar de la autorización que recibió del Congreso para negociar un empréstito extranjero, trepidó en usar de ella, ya porque consideró tal vez que el crédito nacional no se hallaba todavía suficientemente asegurado en el interior, yá porque, en el estado de las rentas ordinarias del Tesoro, el servicio extricto y legal del empréstito, había de agravar de pronto la no muy desahogada situación rentística. Indudablemente á estas consideraciones se debe el que, al bajar del poder, Pacheco no haya ligado su nombre á esa larga nomenclatura azarosa de gobiernos deudores que registran los mercados monetarios de la América latina. Pacheco procuró terminar, por arreglos honrosos y equitativos, las inveteradas cuestiones de límites con los Estados vecinos, que ocasionaban frecuentes reclamos y la inseguridad de las fronteras. A este noble propósito han correspondido los tratados de límites concluidos con el Paraguay y con la República Argentina y el Pe-

rú, asi como el de comercio y navegación con el Brasil. Al intento no menos noble de estrechar los vínculos de amistad con las secciones Americanas y los Estados europeos, han correspondido tambien otros tratados con el Perú, el Ecuador, Venezuela y Francia, celebrados por los diversos plenipotenciarios que acreditó su administración.

Yá hemos referido cuanto hizo Pacheco de particular por el incremento de la instrucción, base del engrandecimiento y fortaleza de los pueblos. De Presidente, redobló sus esfuerzos, de suerte que no hay casi centro de población que no tenga una escuela con la denominación de «Pacheco,» sostenidas todas no solo con los emolumentos del puesto, sinó tambien con los recursos particulares del individuo.

«Bajo la administración Pacheco se ha dotado á los Colegios oficiales de aparatos y laboratorios para la enseñanza; se han adquirido locales y refaccionado otros destinados á los mismos establecimientos; se ha fundado, y funcionó con provecho, la escuela telegráfica; se han enviado en fin jóvenes militares á Francia, España, el Brasil y Buenos Aires, para que yá teórica, yá prácticamente, ensanchen y perfeccionen sus conocimientos profesionales, á fin de que pueda plantearse con ellos el Colegio militar, núcleo feraz que pueda dotar al país de oficiales dignos de vestir con honra el uniforme del militar verdadero. Suma de labor es ésta que, por sí sola, bastaría para festonar gloriosamente la ho-

ja de servicios de cualquier republicano y patriota de corazón, que puede á su vez esperar que la Patria le alargue su carta de ciudadanía, enriquecida con el voto de gracias que nunca esquivaron las Naciones civilizadas á sus buenos servidores:» y como. no lo pongo en duda, sucederá al presente, en la vecina República, con el propagador de la instrucción que, despues de hacer el bien general, goza de la paz del hogar.

XII.

Réstame aún señalar y analizar algunos puntos de la vida política del sostenedor de la paz interna de su patria como el antídoto contra el estancamiento de los progresos universales, tan felizmente comprobado en distintos países, y sobre todos en Estados Unidos del Norte, donde la faena del taller aleja á los hombres de las luchas revolucionarias.

Para revelar la entereza de carácter que distingue á don Gregorio Pacheco, consiguiente á una voluntad propia, bastaría á su biógrafo consignar la severidad con que aseguró la independencia del poder judicial, quitando del camino ese escollo fatal del cohecho que, yá en forma de insinuación del Ejecutivo, yá en el de dádivas del litigante poderoso, prepara la zozobra de la Ley, y presenta á los pueblos el Dolo con los augustos ropages de la Justicia. Pero, todavia hay algo superior á esto. Me refiero á las preeminencias del culto para la Religión del Es-

tado, y al celo con que cuidó del Patronato Nacional cuidando que los ministros del altar respetasen éste, como él mismo respetaba el sincero ejercicio de la Religión jurada. Como comprobante de lo que llevo dicho, haremos memoria del incidente que hubo con el obispo de La Paz, á quien suspendió las temporalidades por desacato á la ley, acto de rectitud aprobado y sancionado por la Asamblea Nacional, despues de severas interpelaciones. Y vaya en paralelo este procedimiento con la órden general que, á insinuación del señor Baptista, expidió el Gobierno en Setiembre de 1885, relativa á las sociedades secretas mandando borrar del ESCALAFÓN á los militares inscritos en las Lógias Masónicas. Esto para el historiador, para el que diseña un carácter, pone de manifiesto el culto que don Gregorio Pacheco profesa á la Libertad. Yo pienso que el hombre debe *ser suyo propio;* sentirse rey y señor al decir *yó soy yó;* y practicar el bien por sí sin dependencias ridículas que sugetaron la caridad á la forma en épocas en que el misterio tenia sus razones de ser y que, al presente, las conceptúo inútiles, asi como se hace una exigencia el que la masonería borre de sus ritos lo ridículo y secreto.

El proceder levantado, valiente y rodeado de independencia, del señor Pacheco, no podía menos que promover acaloramiento en una sociedad donde todavía imperan los dos fanatismos, el de la Religión y el de la Masonería, cuyas Lógias se desmoronaban, no por la aludida ór-

den sino por haberse maleado sus sanas prescripciones con mal personal.

La generalidad de católicos ardientes que las vé con ojeriza, organizó una solemne manifestación popular al Jefe del Estado, cual suele hacerlo esa opulenta ciudad en los momentos álgidos de su entusiasmo. A los discursos que se le dirijieron contestó con una alocución, obra esclusiva de sus sentimientos en materia de conciencia religiosa, con la que quedó tranquilo el celo fanatizado de las multitudes y restituida la calma próxima á turbarse, á impulsos de ese elemento de combustión que enciende la peor de las guerras, la de las creencias religiosas. Como la prensa recogió las palabras del Presidente Pacheco, vamos á reproducir esa alocución, la que, con los antecedentes que la motivaron, entusiasmó el celo católico aun de las Naciones vecinas, habiendo las matronas de Santiago de Chile dirijídole una expresiva felicitación, suscrita por mas de trescientas firmas de lo más notable de esa Capital. La alocución dice así:

«Conciudadanos: He escuchado con detenida atención las benévolas espresiones con que acabais de honrarme, á nombre y en representación de todas las clases sociales del pueblo de La Paz, que, en sorprendente número, veo reunido. Acepto con profunda gratitud esta elocuente manifestación popular, sin mérito de mi parte, por solo haber cumplido mi deber de precautelar el órden público como Jefe de la Nación, procurando la moralidad y disciplina de

nuestro Ejército, como que es el fiel guardian de nuestras instituciones. Hasta aquí, nada nos deja que desear por su patriótico y honorable comportamiento. No desconozco que la confianza con que me honrais la debo más bien á los nobles y generosos sentimientos de este heróico pueblo, tan celoso siempre por su libertad, como por sus creencias religiosas. Católico como vosotros, aspiro con vosotros á vivir y morir en la religión de nuestros padres. ¿Qué poder humano puede oponerse á ello?

No obstante, señores, os recomiendo que la conserveis pura, tal como salió de los lábios del Hombre-Dios, del Redentor del Mundo. Tened bien presente, que muchas veces el exceso de celo suele conducir al fanatismo; y el fanatismo es estraño á la Religión Católica, es tan funesto como el Ateismo; porque el uno y el otro desbordan las pasiones humanas, levantan cadalzos! . . . . La Religión Católica es pura caridad, mansedumbre y humildad; sostiene, empero, grandes combates; sus armas son la persuación y el corazón su conquista, y en la lucha posée la virtud de volver bien por mal. Es con esta generosa guerra que ha destrozado en el mundo las cadenas de la esclavitud, dignificando é ilustrando á la humanidad. A ello ha contribuido poderosamente la tolerancia, tanto de opiniones políticas como religiosas, la tolerancia que es la virtud social mas grande, que es el medio mas eficaz para el conocimiento de la verdad, á cuya sombra se desarrolla la prospe-

ridad de los pueblos. Combatid las ideas erróneas, en religión y en política; pero respetad á los hombres; porque todos son hermanos nuestros. El sentimiento de benevolencia y caridad no debe faltar jamás en la conciencia leal y honrada de los católicos. Por su parte cuenta el Gobierno con este elemento poderoso para hacer efectivas las garantías individuales, ofreciendo al mismo tiempo toda la autoridad de que dispone para reprimir cuanto tienda á alterar el órden público.

«Retiraos, compatriotas, tranquilamente á vuestros hogares, llevando la palabra de paz á vuestras familias, y la confianza de que el Gobierno sabrá sostener las legítimas aspiraciones del pueblo. Os saludo con gratitud, dignos hijos del Illimani.»

Estas palabras, improvisadas por don Gregorio, nos revelan al ciudadano íntegro, como toda la vida del hombre nos ha mostrado al justiciero sin afectación, exento del ateismo que es la noche del espíritu; y fuerte como el creyente de buena fé, cuyo análisis ha hecho un distinguido escritor peruano al hablar del titán americano con estas profundas y sentenciosas palabras. «Siendo, pues, sinceramente religioso no conocía «la codicia, esa vitalidad de los hombres yertos, «ni la cólera violenta; ese momentáneo valor de «los cobardes, ni la soberbia, ese calor maldito «que solo engendra víboras en el alma.» (1)

(1) **Gonzalez Prada, Biografía de Miguel Grau.**

Las sinceras creencias religiosas nacidas en el seno de la desgracia, crecidas al calor de la opulencia, y refrendadas en el solio del poder; han nutrido, pues, en todas las épocas de su vida al bizarro espíritu del ciudadano que legará su nombre á la historia, recomendado por el número de sus buenas obras.

No mencionaré la perfección, porque ésta solo es relativa en el hombre, siendo imposible hallar personalidad humana sin la tilde que compruebe las intermitencias del espíritu, en su lucha con la materia y en su predominio de sensibilidad.

Parece que don Gregorio Pacheco ha sido fuertemente inclinado al amor, y aunque en esta materia pienso, como un notable publicista de nuestro siglo, que «la vida privada debe ser amurallada,» tampoco encuentro en la historia del señor Pacheco ni un lijero perfil que, ante mis lectores de Bolivia, pudiese recordar ninguno de los luctuosos cuadros que horripilaron el palacio de gobierno en los calenturientos dias de Melgarejo; ni los arañamientos ridículos en el santuario de la familia. En mi concepto, ese culto rendido al Amor, con la elevación de principio y dignidad de forma, lejos de empequeñecer al hombre lo levanta aún más en la esfera de los merecimientos personales.

Serán actos que recomienden no poco al señor Pacheco, ante el historiador, la sagacidad con que llevó la unión y la concordia á las filas del ejército, harto desmoralizado en razón de las

frecuentes revueltas que cuenta Bolivia en sus anales; el espíritu de protección que reveló en favor de toda industria americana, como prueba el haber trocado el haraposo vestuario de sus soldados con uniforme confortable de telas hechas en la fábrica peruana de Lucre (Cuzco), y el cómo, merced al salario bien pagado, y el rigor de la disciplina militar, obtuvo un ejército propiamente guardian del órden, y agente de la ley, que, á poseerlo las Naciones aliadas en el nefasto año 79, habríase decidido en diferente sentido la guerra externa.

Por fin, si para ello de estas páginas llevamos la vista á los fundos mineros de Esmoraca, Huanchaca, Guadalupe y Angeles, y allí encontramos cientos de operarios, cuyo salario va junto con la medicina para sus enfermos, la túnica para la desnudez, el libro para la ignorancia, el cariño y los consuelos para sus desgracias; tendremos que despojarnos de todo sentimiento de parcialidad y ver que, entre la suma de los méritos y defectos consiguientes al hombre, los primeros representan guarismo mayor, y será forzoso convenir, digo mal, será justiciero confesar que don Gregorio Pacheco posee virtudes superiores á la época presente, donde reina el egoismo individual dándose de mano con el escepticismo moral y religioso.

Lejos estoy, sí, de colocar á este personaje junto á los Génios que brillan contadas veces en los horizontes de las naciones, marcando una nueva era en los futuros destinos de la humani-

dad; pero, me coloco en el dintel de la gloria para escribir su nombre, y afirmo que él ha sido la nube bienhechora que preservó á la humanidad doliente, de las congojas del hambre, y á la República de los mortíferos ardores del sol de la guerra.

Pocos, pues, cuentan la felicidad de al terminar el periodo constitucional de su mando, dejar consolidadas las bases para el venturoso porvenir de su Patria; y al descender del solio del Jefe Supremo, presentarse ante la Asamblea Nacional y verter estas magníficas frases.

«Está terminada mi honrosa tarea de daros cuenta de mis actos.

«Residenciad mi conducta política y administrativa, mediante la acción del Ministerio público, que establece el artículo 121 de la ley fundamental del Estado.

«Hallaréis errores ú omisiones involuntarias en la gestión de los negocios é intereses públicos, como tributo comun á la insuficiencia humana; pero no encontrareis un solo caso de peculado ó de dilapidación de los dineros del Fisco, cuyo manejo, durante el cuatrienio, ha corrido áun á cargo de mis adversarios políticos, como una garantía de mi fiel administración de la hacienda nacional.

«Pronunciad vuestro solemne VEREDICTO, con espíritu imparcial, pero enérgico, cual cumple á la magestad de la Representación Nacional; y estad seguros de que, descendiendo de la altura del Poder Supremo, ocuparé el banco del

acusado, con la tranquilidad que inspira la conciencia del hombre honrado: titulo á que jamás he podido renunciar.»

Nada mas correcto que quien subió á la cumbre del poder, en 1884, levantado por la voluntad de los pueblos, al bajar dando extricta y honrada cuenta, en 1888, fuese recibido en los brazos de sus conciudadanos, y que su nombre, como el óleo republicano quede flotando siempre en la tranquila superficie del mar que baña las costas americanas.

Hombre de corazón, mandatario moderado, demócrata liberal, en la verdadera acepción de la palabra, patriota que manejó con pureza los fondos Fiscales, progresista de buen quilate, don Gregorio verá todavía desarrollarse y fructificar la semilla que ha depositado en el pueblo fomentando la paz, la instrucción y el trabajo. El progreso no es obra de un mes ni de un año; es el resultado paulatino, pero seguro, de la sensatéz de los pueblos y de la honrada consagración de sus conductores á la árdua tarea que les está encomendada.

Los que, como el ex-Presidente Pacheco, así favorecen su desarrollo, y descienden del poder con la conciencia tranquila y sin remordimientos, con las manos puras y llevando consigo el notable desfalco de su fortuna particular, honradamente ganada, y con voluntad sacrificada en aras del deber, merecen el respetuoso homenaje del historiador.

XIII.

Siguiendo el órden, en el plán que he dado á este trabajo, para perfilar la figura asi moral como física del señor don Gregorio Pacheco con el colorido real que posée alma tan excepcional, me resta algo que consignar, comprobándolo con documentos que he recojido, yá en recortes de diarios, yá en opúsculos y hojas escritas durante los años en que mi desgraciada Patria estuvo convertida en el panteón de la civilización, sirviendo de cuartel al ejercito invasor.

La deplorable situación en que quedaron en el Perú las familias, especialmente en Lima, durante los dias de la ocupación y en general por consecuencia de la guerra asoladora, conmovió profundamente el alma de don Gregorio Pacheco, y contristó su magnánimo corazón el relato de tanto infortunio, que, antes que nadie envió fondos para socorrerlas en lo posible, por conducto del Ministro Argentino aquí residente: y mientras los ricos del Perú huían al extrangero con sus caudales, dejando su patria desolada y sus hermanos envueltos en la miseria, un respetable prelado distribuía, por ausencia del Ministro Argentino, ingentes socorros que, en nombre de don Gregorio Pacheco, llevaron pán, salud y vida al seno del dolor.

Los peruanos de corazón no han olvidado esa generosa participación que el señor Pacheco tuvo en nuestras horas de angustia; como no habrán olvidado los hijos de los pueblos Argenti-

nos, Catamarca y la Rioja, que, sumidos en los estragos del hambre, en 1883 le debieron tambien oportunos socorros por medio del Cónsul de Bolivia en Salta.

Es del Ministro de la República Argentina, residente en La Paz, la siguiente carta dirijida con tal motivo, y cuyos conceptos honran tanto al signatario como á la persona á quien fué dirijida —«La Paz, Setiembre 19 de 1883.—Muy respetable señor. Hoy á las 8 P. M. hé leido en un diario de esta ciudad la carta de usted, fechada en Sucre el 21 de Julio del corriente año, dirijida al Cónsul de Bolivia, en Salta, para que entregue la suma de dos mil fuertes oro á las víctimas de la miseria en las Provincias Argentinas de Catamarca y la Rioja.

Vivamente impresiodado por un acto tan fraternal y humanitario, me complazco, como Representante Diplomático de la República Argentina, en espresarle los mas sinceros votos de agradecimiento. Veo en su persona á la encarnación de la unión de dos países, que, apartados por la distancia, se aproximan por el corazón. Abre usted, desde Bolivia, el camino de los recíprocos auxilios, que será la inconmovible base que sirva de asiento, en las evoluciones históricas, á las simpatías recíprocas. Gracias por su noble iniciativa.

«Hace usted otro importante recuerdo: «Existen en mi ánimo, dice, consideraciones muy especiales de inmensa simpatía, de amor al pueble Argentino, en cuyo seno se encuentra el

orígen de mi familia, la cuna de mis padres, y podré decir, el centro de mis más caras afecciones, con muy gratos recuerdos de mi infancia.»

«Me siento feliz, con sus palabras, que son la sonriente promesa con que lejanos y queridos recuerdos lo ligan á mi país. Ojalá que los descendientes de los Argentinos sean, para Bolivia, ciudadanos de su temple, de sus sentimientos y de sus ideas, porque así la concordia y la felicidad común marcarán el mismo derrotero para el destino de las dos Repúblicas. Soy de usted, atento y obsecuente servidor.—Silvano Bores. Al señor Gregorio Pacheco.»

Si del Perú no le fué en aquella época ni la simple expresión de gratitud, en cambio, mil bendiciones subieron al cielo para el desprendido y filantrópico caballero, siendo honor y mucho para una pluma peruana el haber emprendido el estudio de una personalidad americana, á quien hemos seguido en sus tres fases de relieve: acaudalado, mandatario, caritativo.

Pero, lo que mas enaltece al señor don Gregorio Pacheco, lo que le hará amar siempre con amor de admiración y de respeto por propios y extraños, es ese heroismo sin nombre que ha manifestado, en muchas ocasiones, revelando un desprendimiento de la vida, tanto más admirable por su posición llena de felicidad cuanto sin precedentes en la historia de los ricos vulgares.

Don Gregorio, no solo es diestro en la equitación, como nieto del llanero de las pampas Ar-

gentinas; tambien es admirable en la natación, pero ejercitada en la corriente de los rios.

En 1873 se bañaba en la bahía de Valparaiso: un niño inglés, que poco sabía nadar, iba á ser engullido por el mar, pues las olas lo envolvieron con esa rapidez que aterra; y Pacheco se lanzó á salvarlo, sufriendo en sus cálculos aquella dolorosa transición que experimenta el nadador fluvial en la espesa y salada corriente del mar. Hubo pues lucha hercúlea; pero, consiguió salvar al niño, con asombro de los bañantes; y aunque esto le costó una séria enfermedad al salvador, su corazón podía henchirse con la satisfacción más pura que sigue á la práctica del bien. Otro caso análogo ocurrió en 1877, en la hacienda de *Nucchu*, propiedad de don Gregorio, donde éste salvó al doctor don Ricardo Eguía quien, al bañarse en el rio «Cachimayo,» magestuoso á la sazón en su creciente, se dejó tomar en el *remolino* de una profunda posa. Salvar á un hombre envuelto en un remolino es cosa tan difícil como llena de peligros; pero don Gregorio no atendió más que al deber de humanidad, impulsado por su valor y serenidad, y echándose con temerario arrojo á la onda turbia, le arrancó su presa yá en los supremos momentos de angustia.

Un incidente ocurrido en Puerto–Perez (Chililaya) en una de las noches del año 1883, oscura, fria y tempestuosa, viene acá, como de molde, para completar el cuadro, dando á don Gregorio Pacheco todo el aire caballeresco de

los antiguos salvadores que llevaban en su broquel la consigna—«*por mi Dios y por mi dama.*»

Don Gregorio Pacheco acababa de despedirse, á bordo del vaporcito del lago *Titicaca*, de su esposa y familia, quienes dejaban Bolivia en viaje para Europa. Antes que la familia Pacheco, salió del puerto una lancha tripulada por don Poliandro Moscoso, el señor Benavides y un jóven dependiente de una casa comercial, resultando la pérdida absoluta de la lancha y tripulantes, entre quienes no había ningun práctico. La consternación por el suceso se hizo general en el puerto. Sin embargo, no hubo quien aventurase un viaje nocturno en medio de esa tempestad rugidora que tanto amedrenta, aún á los experimentados marinos que han surcado el Atlántico.

En verdad, que razón no falta. Las olas del lago parece que, apartándose de la ley del flujo y reflujo, establecieran una nueva teoría de corrientes, á borbotones, de olas encrespadas y en ebullición. Y en medio de la multitud apiñada, se presentó el que estaba en vísperas de ser elevado á la primera magistratura de Bolivia. Don Gregorio Pacheco tomó un bote, y sólo se lanzó en medio de ese pequeño abismo negro, en busca de los viajeros perdidos, á quienes no tardó en encontrar luchando en un *esquife* de *totora*, rotos los remos y en situación desesperada. Trasbordó á su lancha á dos de los pasajeros del bote perdido y, remolcando éste, regresó con los salvados, entrando al puerto en me-

dio de los vítores y las exclamaciones de admiración de una multitud apiñada en la playa.

Despues de los sucesos narrados, no es de estrañar que don Gregorio Pacheco haya atraido hácia su persona las simpatías y consideraciones de las sociedades humanitarias, y que la de «Salvadores de los Alpes marítimos» le haya remitido diploma, como á socio activo, acompañado de palabras de aliento á quien desde niño se adhirió á la gran causa de los favorecedores de la humanidad.

Pacheco es tambien socio fundador de la Sociedad «Socorros mútuos» de La Paz, y como tal proporcionó de su peculio propio todos los fondos necesarios para la traslación de las Hermanas de caridad que dirijen el «Hospicio de Huérfanos» y regentan las escuelas creadas por la enunciada sociedad, á la cual ha dotado con 10,000 B. en acciones de Banco, para formar un capital que garantize la duración y consistencia de tan importante sociedad.

Y con la misma encantadora sencillez con que alarga la mano á sus amigos, Pacheco deposita en el Templo el escondido óbolo, como sucedió en la construcción de la Iglesia de Tupiza, que le debe repetidas donaciones, siendo la última de diez mil Bolivianos que le han completado su merecido explendor.

Sírvame de lujo cronológico la cópia del incidente que proporcionó á don Gregorio la oportunidad de aumentar una obra pía más á la yá larga que ha escrito en su vida. Visitaba un dia

este señor la plaza del mercado de La Paz, cuando un repentino aguacero, de los muy frecuentes en esa ciudad, puso en confusión á las pobres vivanderas para resguardar sus vituallas. El trabajo de galerías se hacía, pues, indispensable; y Pacheco donó al Concejo Municipal tres mil bolivianos para la obra, con cuyo motivo el Concejo le dirijió el oficio siguiente:

«Concejo Departamental de La Paz, á 26 de Junio de 1884. N.° 203.—Al señor don Gregorio Pacheco.—Señor: Habiendo usted, ofrecido expontáneamente, la cantidad de dos mil cuatrocientos bolivianos para el trabajo de las galerías del mercado público de esta ciudad, en armadas de á doscientos bolivianos mensuales, y en término de un año, el Concejo recibió como anticipo de su generosa oferta, la suma de mil bolivianos, cantidad con la que se inició inmediatamente el trabajo referido.

«Posteriormente, y por las penurias en que se encontraba la Caja Municipal para la continuación de la obra, se ordenó la suspensión de ella. Sabedor usted de esta circunstancia, se ha servido remitir dos mil bolivianos más á esta Tesorería. A mérito de este nuevo auxilio, recibido á tiempo oportuno, se ha impulsado el trabajo, hallándose en estado de techar las arquerías con calamina.

«Conocedor el Concejo de esta última donación, de los sentimientos filantrópicos de usted que han hecho superar su ofrecimiento gratuito en la cantidad de seiscientos bolivianos, me en-

carga tributar á usted su mas profunda gratitud por el beneficio que acaba de recibir esta ciudad. Con este motivo, me repito de usted muy atento servidor.—Emilio Adrian.»

Creyente sincero y sin afectación, como lo hemos estudiado, hizo que en el jubileo sacerdotal de Leon XIII presentasen sus dos hijos, al Padre comun de los católicos, dos riquísimos estandartes con el escudo de armas y el busto de la Virgen del Cármen, patrona de Bolivia, como la expresión sencilla de un corazón nutrido en el bien, que tambien iba á reunir su ofrenda á las que enviaron todos los representantes del orbe, ofrenda que sin duda lleva la tranquilidad del hombre que se siente superior á sus semejantes, por el cumplimiento del deber y la propaganda del bien, sin temer la censura de éstos ni la envidia de aquellos.

XIV.

El 4 de Julio de 1889 ha entrado el señor Pacheco en los 66 años de su vida, que él ha procurado bordar de flores habiendo nacido en senda sembrada de abrojos.

Su personal es interesante, á primer exámen, con todo el tipo del hijo aristócrata de Salta. De estatura distinguida, presencia gallarda, bien formado, constitución vigorosa y robusta, desarrollada al impulso del trabajo; su cabeza erguida deja medir la frente espaciosa donde flota, visible al espíritu, esa gasa misteriosa reveladora

de la bondad y la enerjía, acentuada más claramente por sus ojos azules dotados de mirada escrutadora é inteligente. Su rostro moreno, tostado por la intemperie de los minerales, que quema la cútis tanto como el aire del mar, contrasta con el rubio de sus cabellos, donde yá brillan abundantes esos hilos de plata precursores de la calma del corazón, é indicio de la actividad del pensamiento. Su andar, ligero y firme, pinta al hombre de negocios; asi como sus lábios, guarnecidos de poblado bigote, revelan astucia de comerciante en una sonrisa fácil de donde brota, con frecuencia, el punzante epígrama que maneja con oportunidad y chiste; siendo la palabra, concisa por lo general, trasmitida con voz de timbre varonil y metal agradable al oído. Su conversación familiar es amena, espiritual, á las veces profunda en observaciones, y siempre lleva el sello de la bondad que es característica á don Gregorio: pues, parece que ese hombre nunca trabó conocimiento con el ódio ni el rencor, aún en el paroxismo de los partidos políticos, que es la más tupida venda puesta á la razón de la humanidad.

El escritor boliviano, á quien he citado con tanta frecuencia, dice, en sus apuntes inéditos, al juzgar al señor Pacheco. «La certera mirada con que de un golpe comprende conoce y juzga á los hombres y las cosas, es una de sus dotes morales. Las cuestiones mas abstrusas no resisten á su penetración, y una vez fijado el punto de la dificultad, se abstiene de decirlo con

el tono magistral y olímpico que despliegan á veces los hombres en el poder. El escucha con docilidad las observaciones agenas y las discute con calma, de manera que la decisión sea el fruto reflexivo de las opiniones más razonables. No tiene, pues, ni la terquedad que no admite contradicción, ni la volubilidad que hace flotar el ánimo entre decisiones contrapuestas. Pero una vez fijado el acuerdo, sabe llevarlo á su ejecución con la firmeza enérgica que presta el convencimiento. El señor Pacheco tiene un talento natural, un juicio claro y perspicaz, educado y fortalecido en el manejo de los negocios industriales que han constituido la ocupación de la vida. Ellos no le han permitido hacer estudios teóricos y profundos de ramo alguno; pero tiene la suficiente ilustración, nacida de la buena y metodizada lectura, para emitir opiniones concienzudas y rectas sobre todo lo que no es ajeno á su comprensión. No es literato; pero su estilo epistolar es un modelo de concisión, profundidad y sentimiento. Los numerosos tomos de su correspondencia, escritos con su letra metida, clara y correcta, estudiados que sean algun dia con detenido criterio, pueden muy bien arrojar abundante y nutrida luz sobre los sucesos contemporáneos y los hombres que actuaron en ellos.»

Punible sería para el historiador ó el biógrafo, silenciar en estos renglones la particularidad que sus subordinados observaron en don Gregorio, cuando estaba de Presidente y se some

tía á su decisión algún reclamo entablado por dos interesados. Se preguntaba con llaneza ¿cuál de éstos tendrá, pues, la justicia? reconcentrándose en seguida, iba al exámen y emitía su fallo.

Sobre el pecho del ínclito personage, cuyo retrato aparece al frente de este trabajo, lucen las cuatro insignias honoríficas que en seguida enumero, faltando la condecoración de Venezuela con el busto del Libertador que le fué acordada: 1ª la medalla de oro y cadena del mismo metal que los pueblos bolivianos obsequiaron á don Simón Bolívar, y que el fundador de las cinco Repúblicas americanas legó á los futuros presidentes de Bolivia para que la usasen, junto con la banda tricolor, como distintivo de mando. Esta medalla fué llevada por don Hilarión Daza al teatro de la guerra del Pacífico, y devuelta despues de enojosas gestiones: 2ª la Cruz de la «Sociedad de San Vicente de Paul» conductora de los hospitales, acordada á su benefactor constante: 3ª la medalla de los «Salvadores de los Alpes» que solo se otorga en dos casos: por filantropía notoria y por arrojo en salvamento de vidas, sea en naufragios ó incendios; y ambos casos le dieron el título á don Gregorio, como llevo narrado: la 4ª es la medalla de oro otorgada por el Congreso boliviano al fundador del «Manicomio Pacheco,» con el decreto que dejo trascrito en el curso de estos apuntes á cuyo término me acerco.

La fama no espera que ciertas personas bajen al silencio de la tumba para levantar su sonoro clarín y entonar: ¡GLORIA y JUSTICIA!

Ella flota en los espacios de la vida, siguiendo al hombre con mirada imparcial desde su cuna de niño hasta su ataúd de cadáver; y cuando el cúmulo de los merecimientos de aquel logran conmoverla, entona tambien ¡Gloria y Justicia!

Vine á biografiar una figura contemporánea de talla superior en la esfera moral, á quien hemos visto, desde su hogar huérfano y mísero, llegar paso á paso á la meta de la Felicidad, tejiendo la guirnalda de merecimientos que ornarían su frente en el poder, y desde la altura pensar y sentir por la humanidad que sufre y llora, como él mismo sufrió y lloró ayer; derramando con profusión el bálsamo de la caridad, que indudablemente perfumará más suave que el sándalo de Arabia, las horas del caballero don Gregorio Pacheco.

Dejo la pluma con la satisfacción de haber consagrado mi tarea nó á una nulidad encumbrada, sino al ciudadano digno de América, para quien, como la Fama, he escrito: ¡JUSTICIA y GLORIA!

FRANCISCA ZUBIAGA DE GAMARRA

FRANCISCA ZUBIAGA DE GAMARRA

A JUANA M. GORRITI.

I.

Cara redonda, de tez alabastrina; ojos pardos, de mirada penetrante y altiva; nariz un poco arremangada; boca muy pequeña, dibujada por lábios delgados y rojos; cabellera abundante, sedosa, y un tanto rubia que indicaba haber sido dorada en la niñéz; alta estatura; aire esbelto y modales varoniles; formando en conjunto una mujer interesante y bella, són los detalles de la señora Francisca Zubiaga, hija de don Antonio Zubiaga, natural de Quipuzcoa, empleado en tiempo del gobierno colonial en un destino de finanzas,

el que, llegando al Cuzco, contrajo matrimonio con la señorita Antonia Bernales, cuzqueña tan interesante como virtuosa, matrimonio que vivió durante algunos años en la ciudad del Cuzco, trasladándose despues á Lima por exigencias del empleo de Zubiaga.

Doña Francisca, primogénita de aquel enlace, nació en el caserío de *Huacarpay* ó *Anchibamba*, del distrito de San Salvador de Oropeza, que dista cinco leguas del Cuzco, á las márgenes de la laguna de Moina, y pertenece á la provincia de Quispicanchi de aquel vasto departamento.

Se encontraba de viaje el señor Zubiaga, en compañía de su esposa, cuando ésta fué sorprendida por el alumbramiento de su hija, en el caserío citado, donde la niña vió la luz primera y fué bautizada, en Oropeza, con el nombre de Francisca, el año 1803, sirviéndole de padrino don Juan Pascual Laza paisano y amigo íntimo de Zubiaga, por quien conservó doña Francisca veneración y cuidados filiales durante su vida.

Los primeros años de Francisca trascurrieron en la ciudad del Sol; pero, cuando su familia tuvo que trasladarse á la capital, por razones del destino de su padre, como llevo indicado, fué tambien llevada la señorita, quien recibió en Lima una esmeradísima educación, la mejor que en aquellos tiempos podía alcanzar la mujer, y desde los primeros albores de su vida manifestó una clara y expansiva inteligencia, asi como un carácter exesivamente valeroso, siendo de notarse que, en sus juegos infantiles, siempre

prefería los de un niño, y que su voz gruesa, de acento limeño muy marcado, y sus modales varoniles iban en armonía con sus gustos é inclinaciones.

Robusta y nervuda, montaba á caballo con elegancia y maestría, manejaba muy bien la pistola y era verdaderamente admirable en la natación.

Una de las cosas que menos le agradaba era el trato con las de su sexo, gustándole siempre la sociedad de varones; pero, anotada sea la circustancia de que, cuando contraía amistad con alguna mujer, era amiga muy cumplida, asi como era vehemente en sus pasiones y resuelta, hasta lo inverosímil, en la ejecución de sus propósitos.

Una de las diversiones favoritas de Francisca Zubiaga era la del juego de gallos; pues, cuando regresó al Cuzco asistía á la Cancha ó circo donde hacía grandes apuestas.

II.

El giro que llevaron los asuntos de la familia Zubiaga, obligó á ésta á regresar á la ciudad del Cuzco donde había dejado algunos bienes raíces, Francisca se opuso á ese viaje de vuelta, y consiguió que sus padres revocasen su resolución. La jóven Francisca ganaba en hermosura tanto como adelantaba en edad, y multitud de corazones palpitaban por poseer su mano y su afecto. No obstante, sus destinos eran supe-

riores á los de una *simple madre de familia*, por mucho que para mí sea esta la misión más sublime de la mujer.

Sus aspiraciones eran elevadas, grandes, insaciables; y estaba decretado que ellas se colmasen.

Habiendo enviudado el coronel don Agustín Gamarra de su primera esposa doña Juana Manuela Alvarado, natural de Jujui, conoció á doña Francisca Zubiaga, y quedó prendado de su hermosa figura, y más que todo de su carácter varonil y esclarecida inteligencia, y contrajo matrimonio con ella en la ciudad de Lima, poco antes de la batalla de Ayacucho.

Despues de esta famosa función de armas que rompió para siempre las opresoras cadenas que nos sujetaron al trono de España, el General Gamarra fué el primer jefe patriota que ocupó la capital del Cuzco, la cual le hizo una recepción muy suntuosa. Nombrado, en seguida, Prefecto de este departamento, llamó á su esposa, que seguia residiendo en Lima, y doña Francisca emprendió el viaje por tierra. Noticioso Gamarra de la proximidad de su esposa, salió en su alcance hasta el Apurímac; y en el pueblo de Suriti de la Provincia de Anta se velaron don Agustín y doña Francisca que solo estaban desposados.

El Cuzco todo bendijo la unión de estos ilustres cuzqueños, y todos los pueblos, en competencia, obsequiaron grandes fiestas para manifestar su júbilo por tal enlace.

La villa de *Urubamba*, hoy ciudad, convidó al señor Prefecto y esposa á pasar algunos dias de solaz en aquella deliciosa provincia, que bien puede llamársele el jardin del Cuzco, y entre otras fiestas, que el vecindario había preparado, se dieron unas corridas de toros en las que ostentaron grande lujo.

La falta de tropas de línea hizo que los nacionales de Urubamba participasen del general entusiasmo, proponiéndose presentar un despejo en el que, según tradición, emplearon en lugar de flores escudos de oro y plata, alcanzando vivas y aplausos por la lucidez con que se desempeñaron.

Terminada la corrida, hizo llamar la señora Zubiaga al Capitan que mandó el brillante despejo, pues encontró en él un jóven que debía destinarse en el Ejército, por su porte gallardo, inteligencia y aire de todo punto militar. El jóven se llamaba Mariano La-Torre que, no obstante las resistencias de su anciano padre, fué destinado en clase de teniente al regimiento del coronel Frias. Este ha sido mas tarde el famoso jefe de caballería valiente coronel Mariano La-Torre, víctima de los vencedores de Yanacocha y fusilado por Cerdeña en el pueblo de San Sebastian, á pesar de ser prisionero de guerra.

La elección prueba que la señora Zubiaga poseyó la perspicacia y penetración de conocer á los hombres de verdadero mérito, así como fué

dotada de grande claridad para esplicarse en un estilo lacónico.

Anunciada en el Cuzco la visita del Libertador don Simón Bolivar, se llenó de entusiasmo el vecindario, y muy especialmente el bello sexo, quien preparó una guirnalda de brillantes para obsequiar á tan valeroso soldado. Doña Francisca fué nombrada para presidir una comisión, compuesta de las más hermosas jóvenes del país, encargada de saludar á Bolívar y presentarle el valioso obsequio de las hijas del Sol.

A la entrada del Cuzco levantaron arcos triunfales y un tabladillo, donde debia recibir Bolívar las ovaciones casi fabulosas de un pueblo que sabía premiar las nobles hazañas y estimar el valor de los que tan dignamente pelearon por la santa causa de la libertad.

La señora Zubiaga saludó, pues, á Bolívar, con un patriótico discurso, y le puso la guirnalda que había salido de gran tamaño en razón de no ser conocido personalmente don Simón. Este afortunado guerrero, que arrancó del yugo español una gran parte de la América del Sur, aceptó el regalo con marcadas pruebas de estimación, y despues de agradecer á la patriota sociedad de la antigua metrópoli de los Incas, se sacó la guirnalda para obsequiarla á la mas hermosa cuzqueña, que sin disputa era doña Francisca, y la que, despues de lucirla durante el baile, la devolvió al Libertador con frases agradecidas. Esta corona regaló Bolívar á Córdova.

Como madre, la señora Zubiaga fué *mujer;*

pues siempre mostró cariño y desvelos por sus hijos, aunque ninguno le vivió mucho tiempo. Esposa, debió ser muy cumplida y amante, puesto que asistió con asiduidad esmerada y acompañó á su esposo en varias correrías militares, haciendo como cualquier otro soldado la vida de campaña, y compartiendo como el último todas las fatigas y penalidades de la vida militar.

Donde la señora Zubiaga dió á conocer por completo su carácter guerrero y las nobles y exepcionales dotes de su corazón femenino, fué en la campaña del Alto Perú (Bolivia) en 1828. Acompañó á su marido y recorrió toda aquella República con el Ejército del Perú, separándose de él solamente para ir á la Argentina, en busca de su hijastro Andrés, hijo del primer matrimonio de su esposo. Por este jóven, que despues fué el Coronel Gamarra, tuvo doña Francisca el cariño y la solicitud de una verdadera madre, lo cual prueba de una vez más la nobleza y magnanimidad de su corazón.

A la cabeza de un batallón y con su escolta de 25 lanceros, mandada por un capitan Navarrete de sobrenombre *el colorado* (1), tomó ella personalmente la plaza de Pária, y contribuyó en mucho, con sus consejos y hábil política, á la capitulación del Ejército boliviano con el nuestro en Piquiza, donde su esposo fué proclamado Gran Mariscal por el Ejército peruano.

De regreso al Perú, pasó á la capital, de don-

(1) No hay seguridad de que fuese Navarrete el Capitán, pero se cree generalmente.

de tomó en seguida el camino del Cuzco, deseosa de visitar el querido país que la vió nacer, y esta fué la última vez que sus plantas tocaron el suelo patrio.

Estando en el Cuzco se sublevó contra ella un batallón de infantería, y noticiosa de lo ocurrido tomó un disfraz de varón, pidió un caballo ensillado, y embosada en una capa militar penetró el cuartel revolucionario, dentro del que, descubriendo su rostro, dijo á los soldados: «cholos, ustedes contra mí?» (1) A lo cual contestaron los revoltosos con un entusiasta «viva nuestra patrona!» El motín quedó terminado y salió la Zubiaga, arrojando á los soldados unos cuantos puñados de plata.

Comprometido el Perú, en 1833, en una cuestión con Bolivia, el gran Mariscal Gamarra se vió obligado á dejar la capital de la República, y trasladarse á la frontera de aquella nación. Entre tanto, fué informada doña Francisca de que el General La-Fuente trataba de mostrarse hostíl á Gamarra, negando el refuerzo de tropas que necesitaba. La mujer, vigilante por los intereses del marido, y la insigne patriota, sacrificándose por el bien nacional; tomó el partido de amarrar á La-Fuente y quitarle toda la autoridad que investía; así lo hizo, y dió parte á su esposo cuya aprobación y agradecimiento recibió.

Poco tiempo despues, en 28 de Enero de 1834, estalló una revolución contra el General Ber-

(1) **Estas palabras, así como las de adelante, son rigurosamente verídicas é históricas.**

mudez, á quien Gamarra había pretendido hacer elegir Presidente. Doña Francisca se puso á la cabeza de las pocas tropas leales que quedaron, y salió de Lima á caballo, empuñando una pistola, y abriéndose paso por entre el pueblo amotinado y sublevado en favor de Orbegoso. Este había tomado ya los castillos del Callao, y reforzádose en ellos: la Zubiaga conoció que sus tropas no eran suficientes para recuperar á viva fuerza los castillos perdidos, y contramarchando tomó el camino de la sierra con dirección á Jauja, llevando una división compuesta de dos batallones y un escuadrón de caballería, los primeros comandados por los coroneles Zubiaga, hermano de doña Francisca, y Guillén, que años despues fué muerto en una revolución estallada en Ayacucho. Una de las compañias de infantería, mandaba el capitán don Manuel Ignacio Vivanco, despues General, y Navarrete la caballería de la escolta, siendo el General Antonio Elizalde quien acompañó á la señora en esta retirada que se emprendió á las doce de la noche.

Ocupada la señora Zubiaga en los preparativos de la defensa que debía hacer, recibió aviso de que Gamarra se encontraba de regreso de su expedición al Norte, y contramarchó, prévio arreglo sin duda, ocupando ambos nuevamente la capital que no opuso ya resistencia á Nino y Semiramis modernos, si se permite la comparación, dirigiéndose despues ambos á la ciudad del Cuzco.

En este mismo año de 1834 se encontraba la

señora Zubiaga en Arequipa, donde estalló un movimiento político acaudillado por Lobatón á favor de Orbegoso, despues de las acciones campales de la división de San Román del 2 y 5 de Abril en Miraflores y Cangallo, dando la derrota del General Nieto y cuando Gamarra partió hácia Tacna en persecución del caudillo vencido. El pueblo amotinado dispersó al batallón «Pultunchara» que servía de guarnición, y atacó la casa del señor Gamio donde estaba alojada la señora Zubiaga quien, no teniendo fuerzas á sus órdenes para repeler á sus enemigos, tuvo que apelar á la fuga. En tal ocasión dió un terrible salto de la azotea al segundo patio de la casa contigua, donde por favor de la Providencia encontró un sombrero y capa de clérigo, se los puso y salió á la calle, contra los consejos y aun súplicas de los dueños. Tomó asilo en la casa fronteriza, desde donde presenciaba con la mayor sangre fria el ataque que hacían á la suya, y las investigaciones de la gente para encontrarla y darle muerte. Por la noche pasó á otra casa de amigas, y poco tiempo despues, con un disfraz de varón, fué hácia la costa para tomar un puerto: en efecto, se embarcó en Islay con dirección á Valparaiso.

La narración lijera que dejo hecha por la misma índole de este escrito, prueba muy de sobra el génio guerrero, la grande alma é inteligencia con que la naturaleza dotó á la señora Francisca Zubiaga de Gamarra.

Lo que mas enaltece á esta mujer extraordi-

naria es el interés vivo que tomaba por el Ejército, cuidando de proporcionarle la mejor alimentación posible, y los desvelos que se imponía en favor de los enfermos, asistiéndolos con verdadera caridad evangélica, áun sobre los mismos campos de batalla, donde siempre se la vió dar, la primera, el ejemplo de valor y desempeñar los oficios de las hijas de San Vicente de Paul.

III.

El matrimonio de don Agustín Gamarra y doña Francisca Zubiaga que tan festejado había sido, y algunos años feliz, llegó en **1834** á un completo rompimiento, por causas que no entra en mi ánimo publicar; pues, no me creo con suficiente derecho para penetrar en el sagrado recinto de la vida privada y porque, al hablar de personas juzgadas ya por Dios, no debemos tocar la funeraria losa que las cubre. Tales investigaciones quizá correspondan á su biógrafo.

Los fatales resultados del salto que dió la señora Zubiaga en Arequipa, y del que hemos hablado yá, dieron fin á su preciosa existencia á la temprana edad de 32 años.

Quillota, ciudad distante doce leguas de Valparaiso, lugar pintoresco por su vegetación y apetecido por los convalecientes á causa de la benignidad de su clima, fué el lugar que señalaron los facultativos para restablecer la salud de

la ilustre enferma; pero, desgraciadamente, no surtió el efecto anhelado, y tuvo que regresar á Valparaiso.

El Gran Mariscal La-Fuente—dice el Coronel don Andrés Gamarra—le proporcionó un médico de una fragata de guerra que acababa de fondear en el puerto. Este examinó á la señora detenidamente, y opinó que muy pronto terminaría su existencia. Así fué, en efecto, y murió en la madrugada del 5 de Mayo de 1835 la admirable cuzqueña, cuyas últimas disposiciones son notables como su vida.

IV.

Llamó á su médico y le dijo; «Doctor, yo creo que mi mal no tiene ya remedio y que camino á prisa hácia la muerte. Ud., como todos los demas médicos, me engaña, creyendo sin duda afligirme con el aviso de mi próximo fin. Pero, tal suposición es mal entendida: he visto muchas veces la muerte muy de cerca, en mi tránsito sobre este mundo, sé que he nacido mortal y que me toca, como á toda criatura, el turno de pagar este tributo á la naturaleza. Con que Doctor, ¿cuántos dias más puedo vivir? dígalo con franqueza.»

El médico dió aún algunas escusas; pero, obligado, tuvo que decir la verdad, asegurándole muy contados dias de existencia.

La noticia no alarmó en manera alguna á doña Francisca, y antes bien, dió las gracias al

Doctor. Llamó ese mismo dia dos facultativos más, y despues de oir, serena, esta valiente mujer, la opinión unánime de ellos, les suplicó no dijesen nada á su servidumbre é hizo sus arreglos espirituales.

Se confesó y dijo á su confesor: «Hágame Ud. traer el viático sin lujo ni ostentación ninguna, porque ahora soy una pobre penitente y nó la Presidenta del Perú.»

Despues de recibir el Santísimo con ejemplar devoción, manifestó ante su servidumbre la mayor tranquilidad y aun alegría, á fin de evitar aquellos tristes momentos que preceden á la eterna separación. Y la noche antes de su último dia ordenó que nadie entrase en su dormitorio, porque necesitaba descansar sola hasta el siguiente dia por su tarde, sin que nadie la perturbase.

Los que la asistían cumplieron con inquietud esta caprichosa disposición, y mientras tanto se ocupó la señora Zubiaga en cambiarse completamente la ropa, púsose un vestido del todo blanco, peinó su hermosa cabellera, perfumó su habitación y dejó sobre su mesa un lacónico testamento, en el que declaraba que jamás, en la elevación en que como pocas mujeres se viera, ni en los trabajos, que como ninguna había pasado, renegó de la Santa Religión en que sus cristianos padres la habían criado; y, entre otras cosas, ordenaba que su corazón fuese extraido y remitido al Perú donde su esposo, si aún vivía; que en caso de no existir, pues que la vida

de un militar era mas precaria que la de otros, se entregase á su tio materno el doctor don Pedro P. Bernales, Dean de la Catedral del Cuzco. Que sus pocas alhajas estaban destinadas á los sirvientes que la asistían, etc.

Arreglado todo lo que ella creyó preciso, se reclinó graciosamente sobre un diván, y durmió el sueño eterno la ilustre cuzqueña doña Francisca Zubiaga de Gamarra, legando á su país un recuerdo honroso, y á la posteridad episodios dignos de encomio.

V.

Las últimas disposiciones de la señora Zubiaga fueron cumplidas con exactitud religiosa. Su corazón, de un tamaño sorprendente, fué conservado en alcohol, llevado al Cuzco por el Mayor don Luis de La-Puerta, hoy General, y exhibido, en 1841, en el catafalco levantado en los funerales del Generalísimo de mar y tierra don Agustín Gamarra.

Despues de la muerte del señor Dean doctor Bernales, quedó el corazón de la señora Zubiaga depositado en el monasterio de Santa Teresa, donde por desgracia no existe ya tan valiosa prenda pues; las monjas no la supieron apreciar ni conservar para recuerdo de mujer tan especial y digna de admiración.

MANUEL SUAREZ


EL PERU ILUSTRADO
E. San Cristoval

MANUEL SUAREZ

I.

Manuel Suarez fué el nombre que llevó el modesto Coronel del batallón «2 de Mayo.»

Habríalo escrito yo con lágrimas si la gloria con la que ha bajado al sepulcro, no fuése un motivo de consuelo para su familia, y de orgullo patrio para la tierra que meció su cuna.

Nacido en el Cuzco el 18 de Octubre de 1839, del matrimonio del General don Manuel Suarez y la señora Paula del Mar, exhaló el alma en aras de la patria, dejando su cadáver envuelto en el sudario de los mártires de la autonomía nacional, en las escarpadas rocas de Tarapacá, el 27 de Noviembre de 1879.

Recorramos su foja de servicios, tal como hé podido adquirirla.

La carrera de su padre había sido para Manuel Suarez, hijo, el sueño dorado de su niñez, y la aspiración vehemente de sus primeros albores juveniles; hasta que en 1859 sentó plaza como Alferez de caballería en el 4º Regimiento provisional, mandado por el Coronel don Aniceto Robles, con el cual hizo la campaña al Ecuador.

Ascendido á Teniente en 1860. pasó al escuadrón de artillería volante que entónces mandaba don Francisco Bolognesi, el gigante de la defensa de Arica que murió quemando *el último cartucho.*

Separado del servicio, en la época del General Pezet, se dió de alta en las filas del ejército restaurador, en la ciudad de Huancavelica, entrando á Lima el recordado 5 de Noviembre, bajo las órdenes del 2º Vice-Presidente don Pedro Diez Canseco.

Nombrado Jefe de la batería de *Santa Rosa*, en el Callao, fué vencedor en el glorioso «2 de Mayo» del 66, valiéndole su serenidad y pericia militar en aquella jornada, el ascenso á la clase de Sargento Mayor.

Hizo la campaña del 67 con el General don Mariano Ignacio Prado, en el sitio de Arequipa que terminó con el triunfo del General Canseco; época en la que se retiró á la vida privada volviendo al Cuzco, donde permaneció durante el Gobierno Balta.

Llamado en 1872 por el ilustre Manuel Pardo, fué destinado como tercer Jefe del batallón «2 de Mayo» con el que hizo las dos campañas á Moquegua, á órdenes de los Generales Buendía primero, y La-Cotera despues, siendo ascendido á Teniente Coronel, pasado el combate de Yacango.

Elevado á primer Jefe del mismo batallón, «2 de Mayo,» marchó á la ciudad de Ayacucho, donde permaneció acantonado durante un año, hasta que el grito de guerra lanzado por Chile hizo que fuese de los primeros en presentarse al litoral amenazado, tomando cuartel en Iquique, hasta el 22 de Noviembre, siendo él uno de los que soportaron el desastre de San Francisco con la amarga resignación del soldado subalterno que lamenta la imprevisión de sus Generales y viendo morir á sus mejores amigos. Esto bien lo probó en la inmediata jornada de Tarapacá, donde se le vió como al Cid, montado en su veloz *Babieca*, dando ejemplo de valor, introduciendo el aliento en sus filas, desafiando el plomo destructor que cruzaba por el campo produciendo aterrador chirrido en los aires, y levantando el polvo de los caminos. En las carpas mismas de la ambulancia á la que fué llevado, se oyó que el hijo de la Patria mezclaba la voz de «*¡adelante! no hay que rendirse!*» con los ayes del herido, y el desfallecimiento del moribundo!!

II.

Trabóse el combate del 27.

Siempre desventajoso por parte del Perú, atendida la superioridad del número y de las armas enemigas.

Tres veces rechazaron los nuestros el pelotón de *mapochanos*, sin reparar en la lluvia de metralla y fusilería. Tres veces comenzó una lucha cada vez reforzada por el amor patrio.

Por cada peruano que caía sin vida, diez redoblaban su ardor bélico para luchar contra veinte!

Faltaban ya los proyectiles para nuestras armas; pero este grave incidente lo salvaron los nuestros, pidiendo á los muertos la munición necesaria á los vivos, y los cadáveres chilenos surtían nuestro ejército cuyo valor se había trocado en heroismo!

Una vez más!

Era preciso echarse sobre los krupps y tomarlos *á la bayoneta*. Indispensable era aumentar las víctimas; pero en cambio, sonreía la victoria.

Los enemigos no lo creían.

Asaltados en sus propias trincheras, trocaron su desesperación por el pavor, y el campo fué del peruano.

El ángel de la victoria había tomado en sus brazos nuestro pabellón para entonarle el himno de gloria. Pero, al desplegar sus alas para volver al cielo, había arrebatado consigo el espíritu de muchos valientes, entre los que iba tambien el de un jóven cuyo gallardo cuerpo yacía herido de muerte al pié de un animal salpi-

cado con sangre. Era el de Manuel Suarez que, cruzando el espacio de lo visible, penetraba en la mansión de los Grau, Velarde, Heros, Zubiaga, Rueda y tantos otros mártires del deber.

Al entrar en el reino de la inmortalidad, contaba Suarez 40 años, veinte de los cuales había pasado en el cuartel sobrellevando las fatigas del soldado, y asegurándose un porvenir envidiable; pues, sin la traidora cooperación de la Muerte, él habría regido alguna vez los destinos del Perú con suficientes títulos para tan elevado puesto.

III.

Recordémoslo algo más.

Manuel Suarez no tenía talla elevada. Su color, tostado por el ardiente sol de los collados, era mas moreno que blanco. Simpático para cuantos le conocían, se distinguía por su fina educación, la dulzura de su voz, y la modestia que se revelaba en todas sus acciones: era buen mozo sin afectación.

Cuando se le hablaba de su valor, sonreía disculpándose con la fortuna: y alguna vez que no podía negar sus disposiciones militares, exaltaba las buenas dotes de sus subalternos, como pretendiendo rebajar las propias. Una de sus aficiones mas ardientes era la cria de caballos, como que la equitación formaba el mejor recrèo de su vida.

Modelo como hijo, no sabría qué calificati-

vo darle como á hermano, yo que, en familia, seguía de cerca sus pasos.

Fué tan bueno como cumplido.

Sin duda que por eso vivió poco en el valle de la prueba!

Su existencia ha pasado con la rapidéz con que desaparecen los dorados celajes de verano, dejándonos el vivo recuerdo de su esplendente luz.

DOCTOR DON ANTONIO DE LA RAYA

DOCTOR DON ANTONIO DE LA RAYA

I.

VAMOS á bosquejar, aunque con pálida luz, una de las figuras mas notables entre los Prelados que gobernaron la diócesis cuzqueña, durante el coloniage.

Ella se yergue magestuosa, á la vez que humilde, en medio de los defensores de la justicia y los propagadores de la caridad. De la caridad, grandioso sentimiento en alas del cual sube la criatura casi al nivel de su Creador. Aliento de vida que logra matar el egoismo, y deja en la humanidad eternas lumbreras de virtud personificadas, ya en mujeres como Sor Angela en Brescia, ó Luisa de Marillac, fundadora de

las Hermanas de caridad en 1625, ó Florencia Nghtingale, el ángel de la verdadera caridad, ó en varones esclarecidos como Vicente de Paul y tantos otros, á cuyo lado podrá ocupar su puesto el Iltmo. don Antonio de la Raya, cuyos trabajos descollaron con mas ardor al pisar el suelo americano.

Alma grande, no podía dejar de sentirse animada á la práctica del bien al cruzar las poéticas playas americanas, donde la tiranía más cruel de los conquistadores pesaba sobre los indios, aniquilando una parte numerosa de nuestros hermanos. Dotado del mismo espíritu que inmortalizó al Iltmo. Bartolomé de las Casas, el contendor de Sepúlveda, ambicionó la gloria de libertar la desventurada raza indígena, no solo del despotismo de sus opresores, sino tambien de todas aquellas imposiciones de los Vireyes y señores, que nos recuerdan los célebres *derechos* del feudalismo.

Tal fué el programa que se trazó este hombre del Evangelio, y con él en el corazón, se lanzó á las encrespadas olas del oceano.

II.

Nacido en Baeza, del matrimonio de don Francisco de la Raya é Inés María de Navarrete, fué oleado y bautizado en la parroquia de San Salvador.

Asi como un cielo sereno y sol radiante, en la mañana, nos anuncia la belleza del dia, los pri-

meros años de la Raya fueron el preludio de su grandeza posterior. Compasivo por naturaleza, nunca pudo convenir con aquellas travesuras infantiles que dañan á los animales. Un dia encontrólo doña Inés asido de dos pequeñas golondrinas á las que bañaba con tiernas lágrimas. Preguntado por qué lloraba, contestó—«pienso en el dolor de los padres de estos pequeñuelos cuando al volver hallen el nido vacío.»

Ah! era una travesura cruel de la que había reconvenido yá á uno de sus compañeros de escuela.

Así sus juegos, sus tendencias, su porte mismo, revelaron desde temprano al que, cruzando los mares llevaría el consuelo á los proscritos hijos de los Emperadores peruanos; y su voz, de protesta y castigo, á los que, fundados en mezquinos derechos terrestres, alzaban el látigo contra hermanos tal vez mil veces mas dignos que sus opresores.

Cuántas veces preguntaría La Raya, con la misma emoción que el autor de *La destrucción de la India* ¿es un crímen el color? Podrá serlo cuando la dignidad, el honor y la virtud están escritos en el corazón del hombre por la mano de Dios?

Nunca!!

III.

La Universidad de Bolonia contó á La Raya entre sus canonistas y lejistas. Allí obtuvo en

1561 la borla del Doctor, pasando á ser Maestre Escuela de la Iglesia de Jaen y muy luego Inquisidor de Cerdeña, Llerena, Granada y Valladolid.

Aquellos cargos que desempeñó La Raya, no fueron más que otras tantas pruebas del espíritu esencialmente cristiano que lo inflamaba. Por eso se mostró reformador de las abusivas leyes inquisitoriales, en las que descubría mucho de antievangélico, y con las que no podía convenir él que veía en cada hombre un hermano, y en cada error la marca de la raza de Adán.

Sin duda que las referidas protestas suyas en este sentido, y la silenciosa respuesta de la curia, le obligaron á presentarse á Su Santidad pidiendo su separación de los cargos inquisitoriales para volver á Baeza, donde fundó un Colegio consagrado á nuestra Señora.

Penetrado en aquella época de la verdad que proclama nuestro siglo, probando que la instrucción es la fuente de todo progreso, quiso ser uno de los antiguos colaboradores de esta grande obra de regeneración social, que, según Victor Hugo, será la enseña gloriosa puesta sobre las sienes del Siglo XIX.

Sevilla debe á La Raya, el magnífico Colegio llamado de «Los ingleses» en cuyos salones se dejó oir la voz del fundador, que trabajaba como profesor. Pero los reducidos claustros de un colegio eran estrechos para contener el alma de un hombre como La Raya. Necesitaba un horizonte mas dilatado: sus pupilas debian abarcar

todo el Nuevo Continente, y estenderse su corazón por la poética America, en cuyas risueñas colonias brillaba el acero español deslumbrante y destructor como el rayo.

En esas anchurosas selvas había hombres que oprimían, y hermanos oprimidos; y allí debía presentarse La Raya, como el ángel de los consuelos, pidiendo libertad para la raza de Huáscar y de Sumac-Ttica.

Cumplióse la voz del destino.

Propuesto para Obispo del Cuzco, fué elegido por Clemente VIII y consagróle el Arzobispo de Granada don Pedro de Castro y Quiñones.

Dispuesto á partir en compañía de un hermano suyo, fué sorprendido en Cádiz por la invasión inglesa de 1594, y solo debido al favor de un amigo, pudo emprender su viaje armando velas hácia el Nuevo Mundo en un bagel equipado por un hombre inteligente, que llevaba en el corazón ese código admirable dictado por el Nazareno, y en las manos la luminosa bajilla de la caridad.

En Julio de 1598 entró en su Iglesia, y sus primeros pasos fueron hácia la instrucción y el alivio del indio, como que eran los dos pensamientos que daban calor á su cerebro.

Fundó el Colegio del Seminario en el Cuzco con ochenta alumnos, y el de Guamanga llamado de la «Compañía,» donde instituyó becas para niños indígenas á quienes se les colmaba de preferencias, lo que contribuyó á dar al Cuzco

hombres de la ciencia del doctor *Lunarejo* y del doctor *Chulla*.

Al primero he consagrado labor meditada recopilando sus datos biográficos; las anecdotillas picarescas del segundo, son del conocimiento general, y han sido el alma de esas disputas palaciegas.

El palacio de La Raya, estaba constantemente visitado por indígenas llorosos que salían con las lágrimas enjugadas y el semblante empapado en aquella sonrisa de consuelo que hace nacer la voz dulce de un amigo.

Esa pobre raza indígena sometida al esquileo, por la misma razón que los ganados que pastaba en el fundo de su señor; esa raza altiva que veía su frente humillada ante el látigo y el torniquete de los blancos, había encontrado un amigo en La Raya, y principió á amar la religión que éste predicaba, la misma religión odiosa en boca de sus opresores.

El uno le gritaba amenazándole con el suplicio:—todos somos hermanos—y sin embargo lo dejaba junto con los perros guardianes del zaguan. El otro le decía—todos somos hijos de un solo Padre—y lo sentaba á su mesa, y restañaba sus heridas.

Ante el uno temblaba el catecúmeno, y ante el otro lloraba de satisfacción elevando al cielo sus manos empalmadas.

Razonar y practicar, es, á mi humilde juicio, todo el secreto para obtener los respetos y el convencimiento del ignorante.

IV.

El obispo que me ocupa, autorizó la fundación del monasterio de Santa Catalina de Arequipa, asi como su traslación á la ciudad del Cuzco; y segun lo afirma el Maestro Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro Eclesiástico*, fué quien instó á Su Magestad la concesión del pedido de Solano para dividir el obispado en dos ó tres.

No debe extrañarnos si en su palacio episcopal encontramos la modestia, casi la pobreza, pues segun una curiosa relación hecha por su secretario, las limosnas que aquel Prelado distribuyó con conocimiento del mayordomo, ascienden á 300,000 pesos fuertes.

Indudablemente que el Obispo La Raya habría cosechado en grande los frutos de la instrucción y la caridad que iba sembrando con admirable constancia; pero su salud declinó como declina el sol despues de agostar la mala yerba que arranca el florista.

En 1604 tuvo que pedir un obispo auxiliar, designando á Fray Luis de Oré, y murió el 28 de Junio de 1606.

V.

Hemos visto, con mis lectores, al Ilustre Prelado, en Europa ocupado en fundar institutos de enseñanza, en América propagando los tem-

plos del saber y levantando la voz del derecho y la igualdad en defensa del indio.

Sin embargo, en medio de la luz que proyecta esta simpática figura que dejo delineada, hay una sombra que viene á darnos un claro oscuro cuando contemplamos su retrato. No habría querido encontrar su nombre en la lista de los inquisidores, por más que me diga á mí misma: él protestó contra algunas de sus tendencias,— porque tengo aversión innata á esa doctrina de *el fin justifica los medios*, y quisiera que los inquisidores hubieran pensado con San Agustín, afirmando que «*Dios no quiere que se pierda el pecador, sino que se convierta y viva.*»

No obstante, sin el egoismo de doctrina, acatando el mérito donde quiera que brille, rindamos tributo de admiración y el merecido homenaje á la memoria del doctor don Antonio de la Raya, propagador de la instrucción, colocando una corona sobre la frente de uno de los ardientes defensores que tuvo el indio, en la persona del Venerable Obispo del Cuzco.

General Andres Avelino Caceres



GENERAL ANDRES AVELINO CACERES

MUCHOS son los bocetos, perfiles y rasgos biográficos, y aún las biografías, más ó menos completas, del General Cáceres, que se han escrito después del 2 de Diciembre, fecha en que ese distinguido ciudadano llegó á ser la entidad política designada para la magistratura suprema de la Nación, puesto á que asciende por la espontánea y unánime voluntad de los pueblos.

Pero en todas ellas, más ó menos exactas, más ó menos apasionadas, sobra ó falta algo para el historiador severo que, con paso mesurado y firme, va en busca de datos basados en hechos comprobados para narrar la verdadera vida de la figura política que nos ocupa.

Este documento no se ha escrito todavía: acaso, y tenemos razones para suponerlo, lo será dentro de poco, por pluma bien competente, con detallado conocimiento de los hechos y en las proporciones que reclama la talla del personaje y la rectitud de la historia contemporánea.

Mientras tanto, para llenar nuestro objeto en este dia, de todo lo que al respecto hemos revisado, nada nos ha parecido más aparente que el perfil biográfico á que damos preferencia, el cual, aparte de sus varios méritos de verdad y corrección, tiene dos muy especiales que lo ponen en relieve sobre los demás, y que son: el ser escrito en 1884, época la más llena de azares para el General Cáceres, cuando la desgracia parecía obstinarse en opacar sus glorias, y el olvido en envolverlo entre sus brumas; y el ser debido á la delicada pluma de una mujer.

Lo reproducimos, muy complacidos de encontrar en él la imparcialidad, la justicia y la precisión, al lado de la decorosa dignidad del escritor y del patriotismo más relevante.

("El Perú" editorial del 3 de Junio de 1886.)

I.

Entre las brumas de mi patria, asolada por la guerra de cinco años, se alzan sombras benditas á las que, escribiendo en Granada, llamaríamos los manes de los héroes que han subido al cielo, dejando, en el enlutecido horizonte, ráfagas

de luz que han de brillar perdurablemente á la contemplación de las generaciones que vienen.

Y en el suelo poblado por los muertos, caídos en holocausto del deber, como José Gálvez, Manuel Pardo, Miguel Grau; los ínclitos Bolognesi, Espinar, Suarez, Rueda, Palacios, Heros, y ¡ah! tantos otros; se alzan unos pocos vivos recogiendo los cendales de la patria para reunirlos y formar nación.

Nuestros apuntes, que forman un lijero perfil biográfico, nada tienen que ver con la actualidad: hablamos de uno de los héroes peruanos, de un soldado infatigable que, cual Pelayo el simpático ó Gonzalo el conquistador de Granada, vive en el corazón de su patria.

II.

El 10 de Noviembre de 1836 se inscribió en el libro de partidas bautismales del Sagrario de Ayacucho el nombre de ANDRÉS AVELINO CÁCERES.

Recibió las dotes del valor é inteligencia honrada de su padre, el señor don Domingo Cáceres, cuyos méritos reconocidos le alcanzaron una posición distinguida en Ayacucho, donde fué rico propietario. Creció modesto en el regazo maternal de la respetable señora Justa Dorregaray, frecuentando sólo las aulas de una escuela, primero, y de un colegio de Ayacucho, después, hasta la edad de 18 años, que fué cuando ingresó en el batallón «Ayacucho,» á la escue-

la militar del severo don Ramón Castilla, ese noble viejo en cuyo cerebro alcanzó vigor el nervio de la guerra. Para hacer la apología de las dotes militares y la pundonorosidad del joven subteniente Cáceres, bastaría decir que el GRAN MARISCAL CASTILLA lo hizo su predilecto y le consagró el cariño de un padre, tanto por sus propios méritos, como por reconocimiento á Cáceres padre, que se arruinó por sostener á Castilla.

Si Napoleón I adquirió la convicción de que no se había fundido la bala destinada á cortar su existencia, en el joven Cáceres, tal vez, nació alguna idea parecida; y, por eso, sea en las clases más subalternas, de las que ascendió grado por grado, sea en la flor de los años, cuando más ha podido halagarle la existencia, y en la alta graduación de General, que con justicia ha alcanzado, siempre se le vió impasible en la pelea y firme en el puesto que le señalaban sus deberes.

Cuando la memorable jornada del General Castilla, el año de 1858, que, después del sitio de Arequipa, terminó por la toma de la ciudad, el joven Cáceres hizo lujo de valor, en la columna de preferencia formada por San Román, forzando una de las barricadas de San Pedro, hasta llegar á los altos de la torre de Santa Rosa, donde, el 7 de Junio, recibió un balazo en el carrillo, que lo arrojó al suelo, de donde fué recojido en calidad de muerto. Pero la Providen-

cia reservó la vida de ese subteniente, acaso para hacerlo ejecutor de altos designios.

Triunfante la causa patrocinada por Castilla, éste mandó á Europa á Cáceres, para medicinarse; y, en efecto, consiguió la salud, quedándole sólo una lijera señal, puesta sobre su rostro por el dios de la guerra como distintivo del valor.

Marca gloriosa es ésa que Cáceres ostentará orgulloso, por cuanto no está sujeta al contrabando de las medallas que lucen muchos sobre el pecho que mil veces se agita sólo con el miedo.

Destinado en diferentes batallones, jamás rehusó Cáceres el puesto del honor y de la lealtad, porque ése era el suyo, lo cual le valió merecer los respetos de sus mismos jefes, ascendiendo progresivamente hasta que llegó á mandar un batallón; pues siendo segundo jefe sofocó solo, á puerta cerrada, un motín del «Zepita.» Don Manuel Pardo lo hizo primer jefe, y fué al frente del «Zepita» cuando Cáceres comenzó á atraer hácia sí las miradas de sus compatriotas, por la firmeza de sus convicciones y su lealtad, siendo el sostén de los dos gobiernos de Pardo y Prado. Ese cuerpo ha sido el modelo de la moralidad y disciplina militares, al decir de personas competentes, y al tenor de varios documentos que tengo á la vista, procedentes de fuentes autorizadas. Cáceres llegó á ser el verdadero padre de esa familia organizada, en forma de batallón, para buscar la muerte en hora dada; siendo, á su vez, querido por la

tropa, á la cual cuidaba con solícito esmero, compartiendo sus tareas con el 2º jefe, Juan B. Zubiaga, muerto en la gloriosa jornada de Tarapacá.

Mi país ha sido el teatro donde más ejercitara su sagacidad el Coronel Cáceres, porque ha rejido los destinos del Cuzco en época turbulenta y aciaga, consiguiendo sembrar la confianza recíproca que se necesita entre el mandatario y el pueblo para asegurar el reinado de la paz. Nunca gozó la prensa de mayor libertad en aquel vasto departamento, donde Cáceres es mirado como hijo predilecto, y donde no hay plegaria patriótica que se levante al cielo sin mezclar el nombre del guerrero tenaz.

En 1879 se temía una ruptura de relaciones con la República de Bolivia. Cáceres fué llamado del Cuzco para ocupar la plaza de Puno con el «Zepita.» Pero, si felices anduvimos en los arreglos con la aliada y hermana, no fué así con la República de Chile; y el 5 de Abril, rotas las hostilidades, partió «Zepita» á Iquique y de allí pasó á Tacna, donde fué la base de aquel brillante ejército que la mano del infortunio dejó perecer, aún antes de medir sus fuerzas con el enemigo.

Aquí es donde comienza la gloriosa campaña del modesto ayacuchano, cuyo valor no ha sido estéril para arrancar los laureles de la victoria y ceñir con ellos la frente de la patria.

Para quien haya estudiado la serie de reveses que ha sufrido el Perú,—dice un notable es-

critor contemporáneo,—desde Pisagua hasta Huamachuco, no puede menos que presentarse con aureola gloriosa ese militar cuyo valor sólo es comparable con su constancia; al cual encontramos siempre el mismo en Tarapacá, en el Alto de la Alianza, en San Juan, en Miraflores, en Pucará, en Marcavalle, en Acuchimay y, por fin, en Huamachuco. Tan prominente personalidad—continúa el escritor citado—no merece los denuestos de los tímidos ni la persecución de los culpables. Ante ella deben inclinarse agradecidos los que aman á la patria, admiran el valor, y aplauden la constancia.

III.

Despues del desastre de San Francisco, donde el infortunio y otras causas que no me permitiré calificar, se dieron cita para sombrear los horizontes de la patria, vino una ráfaga de luz en la acción de Tarapacá, donde Cáceres luchó como león enfurecido; pues, á decir de un viejo soldado cuzqueño que le acompañaba como corneta de órdenes, ese hombre era el rayo mismo sembrando el pavor y la muerte con los valientes del «Zepita» y «2 de Mayo,» que formaban la división de que era Comandante General.

Tarapacá, una de nuestras pocas glorias campales, que, por fatalidad, quedó sin un resultado prácticamente provechoso, dió, sin embargo, á conocer el temple de los peruanos y reveló en Cáceres al caballero y al hombre de la caridad.

Cáceres morigeró la soldadesca encruelecida con la idea de la represalia contra el enemigo vencido y desconcertado, ejemplo que no fué imitado por el adversario, quien, poco tiempo después, asesinaba á ilustres heridos como el Coronel y el Comandante del batallón «Huáscar.»

Después del Campo de la Alianza, arena siniestra también para nuestro pabellón, el ínclito Cáceres tocó el suelo cuzqueño, donde llegó fugitivo, pobre y errante; pero llevando en la mente la esperanza de hallar la hora de las victorias. Allí fué recibido con los altos honores que se merecía, y halagado por el pueblo con manifestaciones públicas, como las que recibió el dia 28 de Julio de 1880 en el general del colegio de Ciencias y Artes; y de estas manifestaciones recibió, igualmente y con entusiasmo unánime, en todos los pueblos que tocaba en su tránsito.

Poco tiempo después emprendió su viaje por tierra para Lima, donde llegó á hacerse cargo del tercer cuerpo del ejército, compuesto de tres divisiones; y allí peleó, disputando palmo á palmo la entrada á la capital en las infaustas jornadas de San Juan y Miraflores, en que hizo prodigios de valor, buscando la muerte y regando con su sangre aquellos campos estériles donde se le vió, como á la bruja de la fábula, duplicarse para recorrer la línea y encender el ardor bélico de los que sembraron con sus cadáveres el camino victorioso de Chile.

En Miraflores perdió sus once ayudantes,

muertos ó heridos, de modo que, al finalizar la batalla, estaba herido y solo, luchando, aún así, con sin igual denuedo.

La herida que recibiera el Coronel Cáceres en Miraflores, como la que recibió también en Tarapacá, le obligó á permanecer en Lima algunos dias para atender á su curación; pero, muy luego, desoyendo las súplicas de la esposa, y burlando la vigilancia de la policía chilena, como él mismo lo dice, salió para el departamento de Ayacucho, donde recibió el despacho, fechado el **25** de Abril de **1881**, que le confería el cargo de Jefe Superior, Político y Militar del Centro.

Desde entónces, el Centro ha sido el campo de sus operaciones prodigiosas para el sostenimiento, casi providencial, de un ejército privado de todo recurso y falto de elementos de guerra que el egoismo personal le negaba.

Veamos cómo se expresa el General Cáceres en su Memoria administrativa presentada al Congreso de Arequipa, refiriéndose á la fecha en que fué investido con el carácter de Jefe Superior del Centro.

«Desde entonces, dice, consagré incesante afán á la laboriosa tarea de organizar elementos de resistencia, para continuar la guerra hasta donde lo permitieran las fuerzas del país; porque me asistía la triste persuasión de que las condiciones de paz propuestas por el vencedor, después de la ocupación de Lima, jamás serían razonables y decorosas, como no lo fueron las

que formuló, con el carácter de inalterables, en ocasiones menos propicias para Chile, al celebrarse las conferencias en Arica.

«La carencia absoluta de recursos; el decaimiento natural de los ánimos, por los inesperados desastres de San Juan y Miraflores; las espectativas poco lisonjeras de la guerra contra un adversario poderoso, árbitro exclusivo del mar, dueño de elementos incomparablemente superiores, y lo que es peor, de las principales fuentes de riqueza fiscal, eran dificultades bastantes para triunfar de una voluntad menos inquebrantable que la mia.»

Firme en sus convicciones, como lo admiramos; guiado por su amor á esta patria tan infortunada, Cáceres luchó contra toda clase de elementos encontrados para reorganizar el ejército defensor de nuestra integridad, y obtuvo, para el suelo donde nació, dias de gloria, como el 5 de Febrero en Pucará, del cual dió cuenta en los siguientes términos: «Las fuerzas enemigas compuestas de más de 2,000 plazas, que en cinco horas de recio combate no pudieron apagar los fuegos de las guerrillas que les salieron al encuentro, se desconcertaron con tan inesperada resistencia, prefiriendo replegarse á Pucará antes que aventurar una acción erizada de peligros, aunque para ello hubieran de renunciar, mal de su grado, á su propósito de cortar la retirada del ejército y aniquilarlo bajo el peso de sus poderosas armas.

«Las glorias de esa memorable jornada son

glorias nacionales, que merecen figurar en los fastos de la guerra del Pacífico, al lado de las que se conquistaron en los campos de Tarapacá. Chile no podrá disputarlas sin estrellarse contra el testimonio irrecusable de los hechos consumados.

«La adversidad, que parecía no haber satisfecho aún su rencorosa saña contra los valerosos soldados que me seguían, nos deparó en la travesía de nueve leguas, de Acobamba á Julcamarca, una sorpresa harto desgraciada, desatando sobre nosotros tan furiosa tempestad de viento y agua, que el desfiladero por donde caminábamos, ya entrada la noche, rodeado de profundos barrancos, se convirtió en una cadena de precipicios, á causa de la lobreguez que sobrevino y de las grietas que una lluvia torrentosa abría en el suelo deleznable, habiéndose perdido en esa noche funesta, aparte de bestias de silla y carga y de numeroso armamento, 412 individuos de tropa que rodaron al abismo; de manera que, despues de tan imprevista catástrofe, el ejército del Centro quedó reducido á la escasa cifra de, poco más ó menos, cuatrocientos hombres.» . . . .

. . . .

. . . .

Huamachuco fué, tambien, Calvario de los redentores peruanos. Sus escarpadas breñas están regadas con sangre ardiente y patriota; pero esa campaña, abierta en Marcavalle y coronada en Tarma, ofrece momentos de consola-

ción para el espíritu, decaído por los desastres que siguieron, unos tras otros, el camino de la fatalidad.

El General Silva, el Coronel Leoncio Prado, el marino Germán Astete, el popular Manuel Tafur, el joven cuzqueño Belisario Cáceres, mil otros nombres que aquí podríamos escribir, son los que, caídos en la brecha, arma al brazo, pregonan la constancia del General Andrés Avelino Cáceres, á quien los chilenos bautizaron con el nombre de *Brujo de los Andes*, por su facilidad para rehacerse y volver á la lucha.

Un notable escritor boliviano ha dicho: «*El General Cáceres no es un batallador automático, sino un militar patriota y reflexivo. Lo dió á conocer, con su abstención, en los primeros meses del gobierno inaugurado en la Magdalena, cuando temió que éste se sometiese incondicionalmente á la voluntad del vencedor; pero luego que adquirió el convencimiento de que aquel buscaba la paz en condiciones decorosas, le prestó su importante y honroso concurso.*»

Tampoco es el General Cáceres el hombre ambicioso, en quien el deseo de figurar mata los mejores sentimientos de dignidad y de patriotismo; todo lo contrario: es modesto hasta la exageración, como el hombre de méritos bien adquiridos; y modesto permanece, á pesar de que su figura se yergue respetada, como la del atleta americano, luchando con perseverancia contra el principio de conquista, con el cual se ha profanado lo santo de la fraternidad del Conti-

nente. Por eso atrae sobre sí la cariñosa atención de los suyos y el aplauso de los extraños.

IV.

Nosotras, que ocupamos un modesto lugar entre los escritores nacionales, nos hemos permitido trazar este incorrecto perfil biográfico del General peruano, en quien se proyecta la escasa luz que resta en los antros de la patria abatida.

Es el tributo de nuestra gratitud como peruana.

Queremos terminar con la palabra, tanto más autorizada cuanto extraña, del escritor boliviano que hemos citado antes.

«Desgarrador es el cuadro á que queda reducido el Perú; y á medida que se hagan tangibles los inconvenientes, crecerá el prestigio de los hombres que lucharon por evitarlos. Entre estos figurará en primer término el General Cáceres, sin que nada ni nadie pueda eclipsar su brillo ni contener el torrente de la opinión.

«Lo vemos grande entre los escombros de su patria: todos lo admiran; y si Sucre, Lamar, Gamarra y tantos próceres de la campaña magna, volvieran á la vida, al contemplarlo, en los mismos campos de Ayacucho, sosteniendo con denuedo y con robusto brazo el bicolor peruano:—Soldado, le dirían, eres digno descendiente de nosotros.»

Guarden, pues, estas páginas el nombre del General Andrés Avelino Cáceres, que es el Miguel Grau de los Andes.

V.

Han pasado yá cinco años desde el 13 de Abril de 1884, fecha en que fueron trazados los párrafos anteriores. La historia del General Cáceres se ha aumentado con las páginas que le dan más explendoroso brillo, y el reloj de los acontecimientos ha fijado, con precisión matemática, la realización de los pronósticos que ellas contienen.

El General Cáceres ha luchado, sin descansar un segundo, para reconquistar la unidad y la autonomía de la nación.

Llevado de fatalidad en fatalidad, no por ello retrocedió en su demanda, acatando los designios providenciales que sometían á rudas pruebas su constancia y su rectitud, hasta haber conseguido cansar á la adversidad.

Derrotado el 27 de Agosto de 1884 en las calles de la ciudad de Pizarro, llegó á Arequipa, donde, con reacción de mágica presteza, volvió á organizar elementos con que sostener al país en su empresa de rechazar la oligarquía.

Su última y decidida campaña del Centro, es una sucesión no interrumpida de sacrificios y de actos heróicos, notándose en todos los procedimientos del General Cáceres, la influencia positiva del más puro y envidiable patriotismo.

Buscó la concordia, quiso evitar al pais la efusión de mayores torrentes de sangre hermana, y ahorrarle mayor número de horas estériles en

la marcha de su regeneración y progreso, despachando ya desde Arequipa. ya desde el Cuartel General del Centro comisiones y parlamentos, que, rechazados siempre con dañoso cálculo, fueron sólo, al fin, aceptados el 2 de Diciembre de 1885, despues del sacrificio irreparable de preciosas existencias, dinero y tiempo.

La página de la historia que registre la relación de los acontecimientos del mes de Diciembre, y los posteriores en que ha sido el protagonista de la abnegación catoniana, será, sin duda, para el General Andrés Avelino Cáceres, la más llena de grandeza y de gloria.

Cuando pudo imponerse y ser el único, entregó en manos de la Junta de Gobierno las fuerzas y la espada con que defendía la libertad peruana, y descendió, en brazos del pueblo, de la Presidencia provisoria, elevándose á la mayor altura posible en la conciencia de sus conciudadanos, y haciendo que surgiera la concordia en la familia peruana, bajo la sombra de la Constitución, mediante la sagacidad del hombre en quien nada minó el orgullo del vencedor, porque antes estaba el patriotismo verdadero.

Solucionada la situación con la Junta de Gobierno presidida por el doctor don Antonio Arenas, el país es convocado á elecciones populares, y de las ánforas de la Nación sale espontáneamente el nombre del ínclito soldado defensor de las libertades patrias.

El sufragio libre ha venido á poner los cimientos para la reconstrucción del edificio de la ad-

ministración interna, eligiéndolo su primer magistrado; é investido con las insignias del mando supremo, comenzó, á los cincuenta años de vida, la labor magna de dar paz, órden, bienestar y progreso á su patria.

El 3 de Junio de 1886 fué investido el General don Andrés A. Cáceres con la banda presidencial, y al llegar al primer puesto de la República, su labor tenía que ser la del panteonero del asolado cementerio. Tocábale reunir las osamentas esparcidas por do quiera, darles sepultura, igualar el terreno y comenzar la siembra de los pocos elementos de vida salvados en la vorágine de la guerra. Y aún así, le estaba reservado luchar con elementos encontrados, que se levantan del campo-santo político como los fuegos fátuos de los panteones, infundiendo timidez á éstos, desconfianza á los otros, delirios á unos cuantos.

Contemplando al obrero reconstructor casi solo en el campo, porque en la hora del festín se han hecho á un lado sus modestos consejeros de la hora triste para dar paso á la turba oportunista, logrera de las situaciones, el espíritu escudriñador de los sucesos históricos habría vacilado y temido; pero, ahí estaba la integridad moral del hombre y la honradez del ciudadano. Los mismos encarnizados enemigos del General Cáceres convienen en que, difícilmente habrá un peruano mejor intencionado ni que ostente una honradez á toda prueba como el luchador de Marcavalle, Concepción y todos los cam-

pos donde asomó el estandarte de la invasión.

No entra en mi ánimo escribir el JUICIO POLÍTICO de la administración del General Cáceres, que tocará yá á su término cuando estas líneas vean la luz pública; pero, con el propósito de afianzar la idea de la rectitud de miras y lo levantado de aspiraciones que nace del estudio moral seguido en el personaje que me ocupa, y de entre multitud de actos idénticos, señalaré su actitud en los dias luctuosos del desmoronamiento del Congreso del 88, donde la minoría, en la que es preciso reconocer ante todo entereza y patriotismo, no supo iniciar su labor ni unificar su plan de defensa parlamentaria, conformándose con seguir la rutina retrógrada de los que prohiben la lectura de un libro por conceptuarlo malo, olvidando que el siglo es de discusión, de refutación y de luz; pues, como ha dicho el ilustre Leon XIII, ya es la época de oponer escritos á escritos, razón á razón. Entiendo que en el orden moral sucede todo lo contrario que en el órden fisico, pues, si en éste, luz agregada á luz produce oscuridad; en aquel razón opuesta á razón, trae luz.

El General Cáceres, en el conflicto de las Cámaras parlamentarias, creado por la minoría del 88, ha dado una nueva prueba de su amor al país, de su buen sentido y de su ninguna aspiración bastarda. La dictadura era un hecho, y la dictadura la evitó el soldado de la ley inclinando la cabeza ante la vocinglera censura que,

mas tarde, será trocada en la palabra justiciera.

Vendrá el tiempo á serenar la frente calenturienta en los mirages políticos, y el General Cáceres será juzgado con seriedad y enaltecido con razón.

La propaganda de la instrucción y el cimiento del trabajo honrado popularizado en el pueblo por medio de la Escuela Taller en distintos departamentos, constituyen un nuevo título glorioso para el General peruano, y su palabra franca expresada ante el Congreso de **1889** en su sencillo y elocuente Mensaje, es la acentuación práctica de su amor al país, y de su honorabilidad nunca desmentida.

En el claro cielo de verano siempre cruzan nubes que lo entoldan opacando el sol. Así. en la vida de triunfos del General Cáceres, no han faltado los nubarrones del dolor que han enlutado su corazón de hijo ejemplar primero, con la muerte de su adorada madre: su cariño de padre después, con la prematura desaparición de una idolatrada hija. Y aún en esas horas de supremo duelo, el hombre ha sabido sobreponerse al pesar, y con el corage del soldado volver al afán diario del servicio de esta patria que le cuenta como buen elemento de renacimiento, y como el más mimado de sus hijos.

MARIA ANA CENTENO DE ROMAINVILLE



María Ana Centeno de Romainville

MARIA ANA CENTENO DE ROMAINVILLE

I.

¡CUÁN puros son los goces del escritor que consagra su pluma á todo aquello que se relaciona con el país querido que le vió nacer! Y yo que tuve la fortuna de despertar en el Perú el recuerdo del ilustre nombre de la señora Francisca Zubiaga de Gamarra, la mujer guerrera; omitiría la realización de mis más caros propósitos, si no recogiese en una página, algo de la vida de la señora María Ana Centeno viuda de Romainville, para que mañana se encuentre en los libros de la historia cuzqueña el nombre de la matrona que supo enriquecer su país no solo con el

ejemplo de las virtudes que practicó, sino también con un hermosísimo museo de antigüedades peruanas, el mejor, sin disputa, que ha poseído el Perú.

Mas, si esto es suficiente para darle el derecho de vivir para la historia, no lo es menos la popularidad que su nombre adquirió no solo en su patria, sino también en el viejo mundo, por su amor extremado á ejercer la hospitalidad. Sin temor de aparecer como exagerada, podría comparar á la señora Centeno, del Cuzco, con Madama Geoffrin, en Francia, y Miss María Carpenter en Inglaterra.

Como la primera, supo crearse el mejor salón que tuvo la sociedad cuzqueña, siendo su casa el centro de la ilustración. Como la segunda, dotada de ese magnánimo corazón que nutre la caridad, se hizo la providencia del desgraciado y del huérfano; y consiguió que su finca fuese á la vez el refugio del viajero que llegaba al Cuzco, ávido de conocer la Capital del Imperio incáceo ó buscando trabajo ó la adquisición de conocimientos topográficos para traernos hoy una nueva industria, y mañana una expléndida mejora.

¡Qué belleza de sentimientos encontré en el corazón de la ilustre señora que me ocupa!

Cuántas veces tuve la suerte de admirar su sagacidad extremada para el pobre; la dulzura y amenidad de su lenguaje, la exactitud y agudeza de sus comparaciones, la franqueza y expansión de ese corazón tan generoso! . . . .

Cuántas veces la escuché, niña aún, consolar al afligido con palabras llenas de la santa unción caritativa, y la ví derramar lágrimas á la contemplación del infortunio ajeno!!! Ella, que poseía una esmerada educación nutrida por la frecuente lectura que la aleccionaba en las ciencias; ella que fué *mujer*, no podía dejar de poseer esa exquisita sensibilidad que tan alto habla en favor del sexo débil.

Hé aquí algunos datos que he adquirido, mediante la colaboración de uno de los hijos de aquella señora á quien consagré tanto cariño como amistad.

II.

La sociedad del Cuzco tenía en su seno un distinguido matrimonio, el del señor don Anselmo Centeno con la señora Manuela Sotomayor, y de éste nació María Ana el 26 de Julio de 1816.

Centeno que tuvo la gloria de ser uno de los fundadores de la Independencia junto con los Becerras, los Angulos y otros, mereció que el Libertador Bolívar lo llamase en el Cuzco como Consejero, y luego fué empleado de la nueva administración republicana, alcanzando la medalla de «la legión de honor» que don Simón Bolívar concedió á los iniciadores de la Independencia. Durante el gobierno de Gamarra y Santa Cruz, fué sucesivamente Prefecto y Comandante General del departamento, pasando des-

pués á desempeñar el cargo de Director y fundador de la primera casa de moneda que tuvo el Perú, la misma que se instaló en el Cuzco.

María Ana descendía de este caballero: ella podía ser llamada la híja modelo, porque durante su vida dió muestras de conservar ese ternísimo cariño y profunda veneración que el buen hijo debe á los autores de su existencia.

Para María Ana no había sacrificio posible cuando se trataba de sus queridos padres, lo cual viene á comprobar la conducta que ella observó durante la enfermedad de la señora Sotomayor que, postrada en el lecho del dolor por una parálisis general durante diez años, no fué abandonada ni un instante por la querida hija que junto á su lecho ambicionaba devolver la salud á la idolatrada madre, sin omitir ningun desvelo. Pero, todo fué vano, y María Ana vió descender al sepulcro la madre que tanto amó, habiendo recibido de ella una última pero elocuentisima manifestación de cariño lleno de gratitud.

Dia antes de su muerte, la señora Sotomayor tomó entre sus manos los vestidos de su inseparable hija, y los llevó á los labios.

Cuán elocuente agradecimiento!! . . . .

Cuántas bendiciones pediría al cielo en aquellos momentos esa madre moribunda para la hija incansable, solícita y amorosa!! . . . .

La suerte proporcionó á María Ana una ocasión más para manifestar el cariño filial que su corazón atesoraba. Cuando el General Torrico

entró al Cuzco en 1839 y cometió las tropelías que deshonraron su nombre, tropelías que eran la arma favorita de los revolucionarios de aquel tiempo; el señor Centeno fué condenado á un *cupo* de 50.000 pesos por considerársele el más rico del país; pero, como este caballero no tuviese la cantidad exacta en metálico, se vió á su generosa hija despojarse de sus predilectas joyas y cuánto tenía de valor para empeñar ó venderlo, á fin de salvar al padre. Una vez satisfecha la suma, Centeno fué obligado á salir del país y llevó su destierro á Yanahuara de Arequipa, y María Ana lo siguió porque comprendía que entónces mas que nunca necesitaba su desventurado padre de los consuelos y la compañía de una hija. Todo lo arrostró; de todos los sinsabores del padre, compartió ella con noble abnegación, y prodigándole los mas esquisitos cuidados hasta 1841 en que la joven regresó al Cuzco, siguiendo Centeno para Lima, donde vivió el resto de sus dias.

Sola María Ana, sin otra ocupación que la de llenar su noble ambición de juntar un museo de antigüedades, tarea á la que se consagró desde los 15 años, encontró su hogar sombrío y triste sin la compañía y los encantos que le proporcionaban sus queridos padres: pero luego pasó á ser la madre de una distinguida familia.

Solicitada en matrimonio por don Pedro Romainville, comerciante honrado y uno de los primeros franceses que visitaron el Cuzco, se casó con él en Mayo de 1842. Este enlace dis-

gustó á su padre y chocó en exceso no solo á la sociedad cuzqueña, sino tambien á todos los parientes de la señora sabedores como eran de que la mano de María Ana había sido solicitada por muchos hijos del Perú de distinguida posición y que mas tarde han ocupado elevados puestos en la política del país.

Pero María Ana, agena á las preocupaciones de la sociedad de entónces que miraba los extranjeros como seres distintos y desnudos de *religión*, y persuadida como toda mujer inteligente, de que no es la posición social ni el dinero lo que forma la dulcísima felicidad conyugal, sino la comunicación íntima de dos corazones que se aman y se identifican en el amor, dió su mano al escojido de su corazón, y con él fué feliz, á despecho de la opinión social tan propensa á opinar en lo que no puede hacerlo con juicio recto.

Por desventura este enlace tuvo la corta duración del placer en el mundo.

En Octubre de 1847 María Ana quedó viuda: su corazón fué sujetado á la terrible prueba y experimentó el supremo de los dolores viendo sepultadas, junto con el querido de su alma, todas sus ilusiones de mujer y de buena esposa.

Por fortuna había sido madre, y dos niños, recuerdo del hombre que amó, fueron en adelante los objetos de sus asiduos cuidados: el amor maternal fué el llamado á consolar su viudedad, la misma que conservó hasta su muerte.

Tan excelente hija como había sido María

Ana, era natural que fuese también la mejor de las madres: en efecto, poquísimas en nuestro país, se han sujetado á los sacrificios de la señora Centeno para educar y atender al crecimiento de sus hijos. Sufrió privaciones sin nombre, resolviéndose á una penosa separación, enviando á Francia á sus dos hijos para que completasen su educación. Pero ella tuvo la dulce re compensa de ver, antes de su muerte, que dejaba dos descendientes dignos del nombre de María Ana Centeno. Ambos han desempeñado algunos puestos en la provincia donde residen, y los dos, simultáneamente han ocupado un asiento en los salones del Congreso como Diputados por Quispicanchi.

III.

Desde cuando la señora Centeno quedó viuda, es que la observación del historiador debe seguirla paso á paso. Ahí la vemos sola, en una situación difícil para la vulgaridad de las mujeres, pero en ninguna manera para la inteligente señora que comprende que tiene todavía una misión que llenar. La vemos independiente cual convenía á su carácter, pues debía manifestarse con todos sus rasgos de heroismo en medio de la libertad de acción.

Romainville había dejado á su esposa una pequeña fortuna en metálico á la que juntó María Ana algunos ahorros que había hecho como mujer previsora, y en 1854 compró la finca *Pucuto*,

preciosa posesión que el talento de la señora Centeno supo embellecer con todos los encantos deseables en una finca de recreo, convirtiéndola en un pequeño palacio semejante á la morada de los antiguos feudales. Pucuto forma un panorama encantador; con su entrada por una vistosa alameda formada de sauces y árboles corpulentos y adornada de fragantes jazmines y madre-selvas; su patio espacioso donde se ven diversas crias de animales domesticados, su espléndido caserío en cuyas paredes encuentra el observador hermosos cuadros al óleo representando personajes de la edad media, ó caballeros de las órdenes de honor.

Pucuto es un lugar edeniano, donde la naturaleza atesoró todos sus encantos. Y ese sitio, contínua residencia de la señora Centeno, fué el teatro en que aquesta alma noble ejercitó los bienes en favor de la humanidad, muy particularmente de la raza indígena, esa raza desgraciada que parece proscrita por sus hermanos y arrojada al seno del olvido.

Cuando en 1855 infestó el departamento del Cuzco la terrible peste que hasta hoy es recordada con dolor, los pobres indios eran los que formaban la mayor suma de víctimas, pues se veían, al decir de los que cuentan, chozas llenas de cadáveres: familias enteras perecían sin auxilio de ningun género, y es entonces cuando la señora Centeno, como otra hija de San Vicente de Paul, iba de rancho en rancho medicinando á los enfermos, consolando á los moribundos y

recogiendo á los pobres huérfanos que quedaban sin más providencia que «la señora de Pucuto.»

Enternece el oir la relación que me hizo un respetable sacerdote que acompañó á la señora en esta humanitaria cruzada.

El resto de su vida, la señora María Ana fué la mas entusiasta protectora de esa raza descendiente de emperadores; y desheredada, aniquilada y pobre al presente, que solo pagaba los beneficios de la señora con el mas leal cariño. Pruébalo el dolor acerbo de los indígenas de Quispicanchi, cuando se supo la infausta nueva de que la señora habia dejado de existir: pruébalo la suscrición que levantaron éstos para mandar hacer exequias en la provincia; y no se olvide, para juzgar los hechos, que el indio es un sér indiferente por lo general para todo lo que acontece con los blancos.

Ahora, cuatro palabras acerca del carácter esencialmente hospitalario que poseía la señora. Su finca era una especie de hotel gratuito para todo el que quisiese ocuparlo, no importaba que fuese desconocido, y para esa alma caritativa talvez esta circunstancia era una noble recomendación, porque la colocaba lejos de la recompensa.

Otro de los motivos que ponía á la señora Centeno en contacto con los viajeros que visitaban el Cuzco, era como ya lo he indicado, la propiedad de su valiosa colección de antigüedades peruanas y dijes de un valor inestimable.

Diferentes viajeros científicos se han ocupado de esta colección, y entre ellos el Conde de Castelneau y Mr. Paul Marcoy, enviado por el gobierno francés para hacer estudios arqueológicos; autores que hablan en sus obras del museo de la señora Centeno, considerándolo como el mejor del Perú.

El gobierno de Manuel Pardo, comprendió el valor de este monumento de pasadas tradiciones, que habla del estado de civilización de los primeros habitantes del suelo peruano. Sin embargo, nada se ha hecho para conseguirlo, y los señores Romainville, lo han vendido á un coleccionador alemán.

La señora Centeno llegó á adquirir por su museo una de aquellas pasiones histéricas, caprichosas, que casi rayan en locura. Ambicionaba enriquecerlo más y más, y cuando tocó en los últimos dias de su vida, manifestó su deseo de que su cadáver fuese depositado en el salón de sus antigüedades, mientras lo trasladaban al Cementerio.

Ese dia triste llegó desgraciadamente.

Desde 1873 se sintió gravemente enferma del corazón y el 22 de Setiembre de 1874, durmió el sueño de los justos la virtuosa matrona cuzqueña. La madre modelo tuvo que abandonar á los queridos hijos ante la fuerza irresistible del brazo de la muerte!

Llegó el momento en que la caritativa señora fuese á recibir el galardón de manos del Creador, y, sonriendo talvez desde la mansión de los

que practicaron el bien, presenció el dolor que su partida había causado á todas las clases sociales. Y vió desde lo infinito aquellos restos, poco há animados por un espíritu recto y nutridos por un corazón generoso, recibiendo la última ovación del mundo, conducidos á su eterna morada en hombros de los mas distinguidos miembros de la sociedad cuzqueña, y regados con las lágrimas que vierte la gratitud, la amistad y la admiración!!

LADISLAO ESPINAR



Ladislao Espinar

LADISLAO ESPINAR

A PEDRO CARBO.

> **Siendo, pues, sinceramente religioso, no conocía la codicia, esa vitalidad de los hombres yertos, ni la cólera violenta, ese momentáneo valor de los cobardes, ni la soberbia, ese calor maldito que solo engendra víboras en el alma.**
>
> **Manuel Gonzalez Prada**
>
> **BIOGRAFIA DE GRAU.**

I.

CON la doble vista que otorga la meditación á las almas soñadoras, he visto á lo lejos, entre celajes de púrpura y grana, al ángel de las victorias llevando en la mano izquierda una guirnalda de laurel y, en la diestra, el clarín de la Fama; batir sus alas en dirección al cerro de *San Francisco,*

y allí inclinarse reverente, coronar las sienes de un guerrero que blandía la refulgente espada y ambos subir después á las regiones diáfanas de la inmortalidad.

El ángel, tocando el sonoro clarín, parecía llamar la atención del Perú todo para que, admirando al valiente, entonase agradecido himnos de alabanza.

Fijando detenidamente la mirada en el guerrero coronado con la guirnalda, y casi envuelto yá en las vaporosas nubes del infinito, he reconcentrado mis recuerdos desde la infancia, y he reconocido las facciones del que se iba así lleno de gloria, cumpliendo en la tierra con su deber como peruano, á recibir en el cielo su galardón como creyente.

Y empalmando las manos á Dios héme repètido:

Él es! él es!

Bendito sea!

Vive allá inmortal.

Acá vivirá tambien en el corazón de la República.

II.

Yo era una niña.

Tendría ocho años, á lo sumo; y, aún vestía la negra túnica del duelo por la muerte de mi madre.

Mi familia, siguiendo la costumbre establecida, dejaba la ciudad para pasar el verano en los en-

cantadores baños de *Huancaro*, situados á dos millas del Cuzco, en la campiña sur, sembrada de maíz, perfumada por las flores del mastuerzo y sombreada por los saucos y alisos, donde están diseminadas las casa-quintas, ocupando el oriente un magnífico corredor cuyo fondo lo forma la hilera de pozas numeradas y provistas de puerta y cerradura, de modo que cada familia arrendataria lleva la exclusiva del baño, excepto las dos de los extremos que son sumamente grandes y están destinadas al tráfico general de los bañantes masculinos.

Ese año nuestra vecindad se componía de la familia Carrera, con la que principió la temporada invitándose á rezar el rosario, entablando plática expansiva hasta la hora del chocolate, y acabando por formar vida común, juntando las mesas y entrando á la cocina las señoras de la casa á preparar las *humitas*, los *chimbos*, el *mazapán* y todas aquellas golosinas *extra* en que son tan entendidas mis paisanas.

En la familia vecina había un jóven sumamente simpático y religioso: lo notaba á pesar de mis ocho años, y tal vez no por la precocidad de malicia sino porque él empleaba amabilidad esquisita fomentando mis travesuras de niña; llegamos á ser los mejores amigos y siempre estábamos juntos en el paseo, en la mesa y en el rosario, que él rezaba arrodillado y con sincera devoción.

Ladislao contaría en aquella época 20 años, pues corría el 63, se festejaba el 16 de Mayo, y

á su mamá le oí decir: mi hijo nació en nuestra casa de la calle de Matará, en la madrugada del dia en que precisamente salía su padre en el destacamento que, en 1843, fué á contener los desórdenes de un pueblo insurreccionado por los abusos del Subprefecto.

Ese pueblo fué Livitaca de la provincia de Chumbivilcas.

El padre de Ladislao fué el Coronel don Fernando Espinar, ecuatoriano, venido de Colombia en las huestes libertadoras enganchadas por don Antonio José de Sucre, y aprisionado en matrimonio por la interesante señora Josefa Carrera, amiga íntima de mi abuela materna doña Manuela Gárate de Usandivaras, y antagonista bien declarada de doña Francisca Zubiaga de Gamarra. Digo esto porque un dia, paseando en la posa Nº 1 de caballeros de los baños de Huancaro ya citados, dijo la señora Gárate:

—Aquí se bañaba doña Francisca en traje de Eva, y más de una vez la sacaron del agua con perlesía.

—Cosas de la Pancha *mi sea* Manuelita, ni tal pataleta que le daba; su gusto era que los de la comitiva la sacasen en brazos, para admirar su blancura mate y las formas de que tan pagada vivía ella;—contestó doña Josefa con cierto desdén.

Investigando más tarde el motivo de aquel antagonismo entre personas de la talla de la Zubiaga y la Carrera, alguien me aseguró que doña Francisca dijo alguna vez hablando de La-

dislao: ese niño es hijo de Felipe Santiago Salaverry.

Comparando fechas, entre la de la muerte de la Zubiaga y el nacimiento de Ladislao, encuentro la sinrazón del dicho que, atribuido á la señora de Gamarra, subsiste sin embargo como creencia entre las gentes del Cuzco, muchas de ellas serias é ilustradas.

Y bien:

El Coronel Espinar se casó con doña Josefa poco tiempo después que la batalla de Ayacucho sellára la emancipación política, y parece que en rato de entusiasmo varonil recibió el sacramento sin el requisito de la licencia que exige la ordenanza militar, cosa que amostazó á Sucre; pero como quiera que tampoco para éste eran indiferentes las faldas, ni la edad del Mariscal de Ayacucho lo llamaba á indefinido en materia de amor, conoció á Josefita Carrera y nó tardó en disculpar la valentonada que hizo el Capitán Espinar, casándose antes de tener grado capaz de soportar aquella tonadilla cuotidiana de «para la plaza.»

Largos años vivió el matrimonio sin indicios de fruto de bendición, y á fé que no con el beneplácito de la señora, quien realizó dos viajes á los baños termales de *Lares* ponderados por sus propiedades fecundizadoras.

Efectivamente, á los pocos meses doña Josefa dió señales de maternidad, y como si la naturaleza se complaciera en sus obras tardías y me-

ditadas, ese hijo fué Ladislao Espinar, nacido en signo de virtud doméstica y gloria nacional.

Es su boceto biográfico el que voy á trazar, pidiendo á mi memoria los mejores recuerdos que de él conservo, desde que le conocí niña, y á la historia de la guerra del Pacífico sus mas limpias hojas, para esculpir en ellas el nombre de un cuzqueño modesto, callado y valiente, como son los hijos de aquel noble pueblo.

III.

El colegio de la «Convención» fundado por el doctor don Pio B. Meza contó, entre sus alumnos, al jóven Ladislao, quien hizo sus estudios preparatorios con resolución de abrazar la carrera de las armas que, por aquella época, estaba tan distante de llegar al desprestigio que ha alcanzado en nuestros tiempos.

Las glorias obtenidas en la campaña de la Independencia por el Coronel Espinar, cuyo relato era la veta que él explotaba para las veladas de familia, enardecían la imaginación de Ladislao, á quien el cariño materno queria inclinar á la profesión de abogado, oponiéndose tenazmente á que su hijo tomase la carrera de las armas. Pero la vocación de Ladislao lo llamaba al cuartel, y una tarde se presentó al batallón 4.° de línea donde sentó plaza como sargento 2.°, acción que hizo derramar abundantes lágrimas á doña Josefa; pero el Coronel, su padre, torciendo el negro mostacho y frunciendo el en-

trecejo, aprobó la resolución del joven, consolando á su esposa con la acostumbrada frasecita que usaba en familia:

—Pepita, no amostazarse, que la corneta tocará generala.

Trascurrido poco tiempo, Ladislao dejó la ciudad para recorrer con su batallón muchos pueblos del litoral, y cuando regresó, á los tres años, ya lucía los codiciados galones de oficial, conquistados en dos acciones de armas en las revueltas internas que tanto abundan en el Perú.

Ladislao Espinar era Subteniente.

En 1865 volvía á salir el batallón, y Ladislao obtuvo de su madre la promesa de dejar el Cuzco para trasladarse á Lima, donde fijaría su residencia.

En efecto, la familia Espinar llegó á la capital en 1865, cuando el hijo acababa de ser ascendido, en 15 de Marzo, á Teniente graduado, valiéndole su comportamiento y moral ejemplarizadora la efectividad del grado, que se le confirió el 29 de Octubre del mismo año.

Una séria enfermedad de su padre, que creo fué la que lo llevó al sepulcro, obligó al joven Espinar á separarse temporalmente del servicio hasta que, empeñada la patria en el hidalgo reto español, fué á tomar nuevamente la guardada toledana, que esgrimió con valor y denuedo el 2 de Mayo del 66, despues de cuya jornada era capitán efectivo.

Los acontecimientos políticos, en el Perú, tie-

nen la rápida duración y desenlace de las tramoyas de la «Gran Opera.»

En el Perú, la comedia mas divertida es la de la política, donde actúan personajes y sucesos, inverosímiles en la creación de un autor dramático, pero reales en las tablas sin telón corredizo.

La dictadura es, con todo, la petipieza silbable en este país, esencialmente democrático-republicano.

Espinar amaba la constitucionalidad de su patria con la convicción del hombre que sabe respetar los derechos de otro hombre.

Por eso no debe extrañarse que, audáz y arrojado, triunfara en Arequipa el 23 de Octubre del 67 contra la «Columna de Honor» que sostenía la dictadura, y entónces fué hecho mayor graduado; ni que pelease en la célebre jornada de «Catarindo» donde el arrojado Segura clavó los memorables cañones que quedaron en el desierto arenal.

Después de la acción, Espinar recibió la clase de Sargento Mayor de Ejército.

Desde el año 67 se retiró del servicio militar, sirviendo á su patria en diferentes puestos políticos. Como Subprefecto que fué de Azángaro, le tocó sofocar una revolución que se iniciaba con funestas miras, nada menos que envolviendo la siniestra idea de guerra de razas. Entonces desplegó valor sin ejemplo, presentándose á sus enemigos y dando muerte con su propio revólver á un individuo que le apuntaba con un rifle. Poco tiempo después, en 3 de Mayo de

1872, recibió el grado de Teniente Coronel, aunque permaneció retirado del servicio activo del cuartel.

En 1879 estalló la indignación del Perú por la declaratoria de guerra que le hizo Chile; sus hijos van en busca de la arma defensora, jamás creyendo en la carencia de un hombre para dirijir sus brazos: y Espinar, casado yá con la señorita Manuela Taforó, sobrina legítima (1) del ilustrísimo Obispo chileno de ese apellido, es el primero en presentarse pidiendo un puesto, y marchar al sur, que debía ser el teatro de las operaciones, como agregado al E. M. G. del Ejército peruano.

En Iquique lo nombraron contralor del Hospital Militar; pero su carácter audáz no podía conformarse con este lugar de acción pasiva, si se permite la frase, para el que luchaba dia á dia con sus ímpetus de pelea.

El peligro tocaba á su desenlace, y una mañana el Coronel Suarez Jefe de E. M. vió llegársele á Espinar envuelto en su ancho capotón gris, ceñido á la cintura por faja azul, saludar con aire militar y decirle—Mi Coronel, espero otro puesto donde yo pueda pelear como hombre por el honor de mi patria: en mi lugar debe estar un viejo.

El Coronel Suarez le estrechó la mano con calor al oir tan patriótica resolución, y le dió el comando del batallón «Zepita.»

(1) Hago esta distinción porque en el país se acostumbra llamar sobrinos á los hijos de los sacerdotes.

IV.

Despues de las desventuradas peripecias de las jornadas que prepararon el desastre del 19 de Noviembre, que no es de lugar comentarlos; trabado el combate para tomar las posesiones chilenas del histórico cerro de San Francisco, cuando ascendían los batallones «Puno» y «Lima» en columna cerrada; barridos por la metralla y fusilados por la espalda (1) á virtud de la indescriptible confusión en que entraron los cuerpos de retaguardia, marcharon á San Francisco cuya oficina ocuparon, Espinar comandando el «*Zepita*» y parte del «*Illimani*» destacados en guerrilla y al paso de trote rivalizando en valor, impávido sobre su caballo, iba señalando á sus soldados, con su espada, los sitios y hasta las personas que debían apuntar. (2) Cayó en este momento el caballo del atrevido peruano atravesado por una bala de carabina; pero enjugándose el sudor del rostro continuó la repechada, gritando, á los que le seguían! á los cañones! á los cañones! voces que, en el fragor de la batalla, oíanse distintamente.

Aquella batería chilena estaba comandada por el Mayor Salvo, quien había perdido la mitad de sus artilleros y veía, con asombro pasmoso, avanzar al bravo Espinar, pidiendo á gritos que los

(1) Los batallones bolivianos hacían fuego contra los peruanos excepto dos compañías del "Illimani."
(2) Vicuña Mackena escritor chileno.

suyos viniesen á sostener sus cañones con la infantería, y haciendo fuego con su revólver.

Percibíanse en ese solemne instante,—continúa el escritor que he citado—de la lucha con perfecta claridad, las voces y los *hurras* de los guerrilleros que avanzaban sobre los cañones silenciosos, que fueron tomados, perdidos y vueltos á tomar otras dos veces, cuando una bala de revólver atravesó la ancha frente del bravo Espinar que los guiaba, y quedó allí instantáneamente cadáver.

Muerto éste, la batalla estaba ganada por Chile.

El Mayor Salvo recogió la espada de Espinar; y ésta fué pedida por el Obispo Taforó al yá Comandante Salvo, para mandarla á su familia; pero el Comandante Salvo se negó á la entrega diciendo:

—Este es un trofeo de guerra demasiado valioso que quiero conserve mi patria. Lo guardará el Museo de Chile.

Y los restos de aquel valeroso soldado?

Oigamos lo que sobre el particular dice «La Libertad Electoral,» diario chileno, al ocuparse de los restos del Almirante Grau y de los del Coronel Espinar.

«En la mañana del combate de Angamos, un oficial chileno vió que un tripulante del «Huáscar,» lloraba delante de los restos de un cadáver mutilado, que piadosamente había recojido.

«Era el tripulante un sirviente de Grau; y los restos, todo cuanto quedaba del almirante.

«Entre ambos guardaron esas reliquias en una caja de plomo forrada en cedro, pensando que algun dia los reclamaría su patria; y á bordo del «Blanco» las trajeron á Valparaiso, donde el intendente de la provincia comisionó al Comandante don Oscar Viel, entónces capitán de fragata, para que les diera la debida sepultura.

«El señor Viel les dió lo que tenía de mas santo y querido—dióles la sepultura de sus padres.

«Un hermano político del Contra-almirante Viel, el distinguido caballero francés, don Cárlos de Moneri y su hijo don Domingo, condujeron la caja á Santiago; y una mañana, en el carruaje que al efecto ofreció don Ramón Valdivieso, la llevaron al cementerio general, donde quedó en el mausoleo de la familia Viel entre los nichos que guardan los restos del General de la Independencia, don Benjamín Viel, los de su esposa señora doña Luisa Toro.

«El señor Moneri hizo poner en la caja una placa de bronce, que recuerda los títulos del ilustre finado, y actualmente trabajan una urna de mármol para mejor conservarla.

«Hé aquí ahora la copia de la partida original de defunción, tomada del libro diario de la tesorería de los establecimientos de Beneficencia de Santiago, página 183.

«Santiago, Octubre 20 de 1879.—Cargo: 20 pesos pagados por don Cárlos de Moneri por depositar en el mausoleo del señor General Viel

los restos del señor Contra-almirante del Perú don Miguel Grau, fallecido el 8 del actual á bordo del monitor «Huáscar,» en Angamos, cuyos restos han sido conducidos desde Valparaiso, segun decreto del señor intendente de esa provincia, fecha 22 del presente, número 236, por el cual se autoriza al capitán de fragata de la armada de la República, don Oscar Viel, para que los conduzca á ésta y cuyo decreto queda archivado en esta oficina. Los restos los contiene un cajón de doce pulgadas de alto, once de ancho y diez y siete de largo, madera de cedro y han sido depositados ayer Domingo 26.—(Firmado) —*Cárlos Moneri.*

«Despues del combate de San Francisco, el ejército chileno se descubrió con respeto en presencia del cadáver del heróico Comandante Espinar—otro olvidado—que sacrificó su vida al honor de su bandera, muriendo á veinte pasos de los cañones del Comandante Salvo, hasta donde llegó sin miedo sobre su caballo blanco.

«Con un sentimiento igual de admiración y respeto al infortunio y á la gloria, un convoy de las naves que combatió el Almirante Grau, como grande y como bravo, se haría, sin duda, el honor de llevar al Perú sus restos para que duerman en el suelo de la patria--recompensa que sueñan así los héroes como los mas humildes soldados.

«Y las banderas de las naves, llevarían el luto que un dia entristeció á todos los chilenos.»

V.

Exalar la vida al pié de los cañones del enemigo, en sus propias baterías, despues de trepar una montaña que lanzaba fuego en todas direcciones; es algo que recuerda la epopeya gloriosa de la toma de Granada.

Quien asi supo escalar las posiciones chilenas; bien merece el culto agradecido de los buenos, y la oración de arrepentimiento de todos aquellos que huyeron en la hora necesaria, y á quienes sería preciso recordarles que, cuando un valiente muere por la Patria, nace un astro en el cielo de su pueblo.

Condensando en corto periodo toda la historia del mártir puedo decir: Ladislao Espinar cayó en el morro de *San Francisco*, el Comandante Salvo recogió su espada, y el Cuzco vió en su cielo una estrella más de resplandor propio.

Alúmbrele perdurablemente!

Y en la hora de las recompensas y de las reparaciones del error, acuérdese la Nación de los gloriosos restos de Espinar y de los huérfanos hijos de aquel ilustre prócer de la defensa patria.

IGNACIO DE CASTRO

IGNACIO DE CASTRO

A Emilio Gutierrez de Quíntanilla.

I.

LLEVADA por mi afición al estudio de los autores que podemos llamar clásicos en la Literatura peruana, despues de gustar las bellezas del estilo de Garcilaso y la sublimidad de pensamiento de Espinosa Medrano, consagrábame á la investigación de nuevas vetas literarias, cuando mi padre puso en mis manos un ejemplar de la «Relación de la Fundación de la Real Audiencia del Cuzco, en 1788, y de las fiestas etc.» obra escrita por el doctor don Ignacio de Castro, y cuyo con-

tenido despertó en mí no solo una profunda admiración sino un interés vehemente por conocer algo de la vida y antecedentes de tan galano escritor; y desde aquella época le consagré muchas horas de mi trabajosa existencia, sin esperar para ésta momentos bonancibles que me permitiesen, como al presente, la publicación de los apuntes, en un tomo especial. Tal vez le plugo cansarse al destino adverso; tal vez la constancia y la resignación han ganado la batalla fiera, y allá ván las noticias relativas al ilustre escritor del siglo pasado cuya erudición, método de trabajo y seriedad de labor, atraen la simpatía con fuerza irresistible.

II.

Las investigaciones históricas con relación á las notabilidades que han descollado en el Perú, nos muestran éstas, á cada paso, levántándose entre hogares humildes, como si la Providencia quisiera asegurar la idea de que Ella reparte sus dones con la medida y la previsión propias sólo de quien gobierna la creación con leyes sapientísimas. Así, hallar reunidos en una sola persona los atributos del talento, la fortuna y la aristocracia pasagera que otorga el dinero, no es cosa corriente entre las gentes de letras.

Con el distintivo del hogar honrado y pobre, vino al mundo, en la ciudad de Tacna, en el año 1732, un niño que estaba predestinado á esca-

lar el templo del saber y ocupar un puesto distinguido en su patria.

La infancia de ese niño corrió en medio de las alucinaciones que hacen soñar con grandes destinos y sentir la secreta impulsión á una senda desconocida.

Así pasó la de Ignacio Castro, hasta los nueve años en que, avivados sus deseos de instruirse, se trasladó á Moquegua, donde existía un colegio, al que ingresó, y devoró con avidéz las ciencias, cultivando latinidad y letras, hallándose en poco tiempo superior á sus maestros, lo que le hizo pensar en un centro de mayor ilustración, y se dirigió al Cuzco cuya Universidad floreciente brindaba la ciencia en copa de flores, atrayendo á la juventud inteligente con la deslumbradora luz de una enseñanza superior, profunda y ordenada.

Castro encaminó su planta hácia aquel verdadero templo del saber humano, donde brillaban á la sazón el talento y las virtudes del Padre Juan Sanchez con resplandores vivísimos, alcanzando á reflejarse mas allá de los confines patrios. Llegado al Cuzco el estudiante de Moquegua, fué recibido por el Padre Sanchez con distinciones especiales, constituyéndose en maestro y protector del joven peregrino para cultivar su privilegiado talento, dictándole filosofía y teología en el Colegio de San Bernardo, cuyos claustros ostentaron bien pronto una notabilidad intelectual que ganó las preeminencias de la pasantía, adquiriendo á la vez el conoci-

miento de los idiomas griego, latino, inglés, francés, italiano, portugués y quechua, idiomas generalizados en aquel tiempo entre las gentes ilustradas del Cuzco, como he tenido ocasión de ver en la biblioteca particular del doctor Manuel Torres y Matto Vocal de la Corte de Justicia, que estaba formada de obras escritas en los idiomas apuntados, incluso el castellano. (1)

No trascurrió mucho tiempo cuando Castro, como dice un autor contemporáneo suyo, «gusta de lo fino, esquisito y delicioso del idioma, le son familiares los Padres de la latinidad, y como conquistador de la razón recoge con placer los preciosos despojos de la corte de Augusto.»

Una vez en posesión de la gran clave del saber, aún en edad temprana, le son tambien familiares los poetas extrangeros, y no ignora ninguno de los textos de los oradores célebres, despertando los personages por estos narrados todos los resortes de una memoria verdaderamente privilegiada, emporio de toda la celebridad que alcanzó el hombre. Su frente ostenta luego la borla doctoral, ganada en rigurosa oposición, y el público aplaude no á un joven estudiante, como revela su edad, sino á un portento de ciencia y de modestia.

III.

La nombradía del doctor Castro importaba ya una reputación literaria, cuando otro hom-

(1) Este doctor Matto fué abuelo paterno de la autora.
N. DE LOS EE.

bre superior, como él tambien, el doctor don Juan de Castañeda, obispo de la diócesis cuzqueña, lo solicita para maestro de Moral de sus familiares, y en la magnífica biblioteca que posee le abre nuevos horizontes de luz. Aquí comienza la carrera gloriosa del joven, quien con su comportamiento gana el cariño del Prelado que, con la suave palabra del Pastor, predispone aquella alma sublime para las augustas funciones sacerdotales, explendentes en aquella época, y lo ordena con título de cura de la doctrina de Checca.

Fuertemente estimulada su sed por beber la ciencia en las purísimas fuentes de los clásicos, las letras halagan por completo sus aficiones reconcentradas en el estudio profundo y la meditación. A la lectura diaria de las fuentes dogmáticas, reune la de buenos libros, cultivo de las lenguas, estudio de bellas artes, alternando con su grey los deberes de la mas ajustada disciplina.

Catequiza, ama, consuela y auxilia al feligrés promoviendo su felicidad, como pastor, y no devorando las ovejas como lobo hambriento.

El fruto de los estudios del doctor Castro no tarda en exhibirse sazonado y rico; y la Catedral del Cuzco presenta en los fastos de su historia las oposiciones lucidas del doctor Ignacio de Castro á las sillas vacantes. La «*oración jaculatoria*» que pronunció en el recibimiento del obispo doctor don Agustín de Gorrichátegui, llamado el Mecenas de los literatos, acabó

de presentarlo como á la antorcha del púlpito peruano, dirigiéndose hácia él todas las miradas de admiración, siendo para él las alabanzas de los doctos y los respetos de propios y extraños.

El obispo Gorrichátegui le encomendó en seguida la visita del partido de Tinta, donde la ilustrada rectitud de Castro restauró las glorias evangélicas, ofuscadas por la ignorancia y la carencia absoluta de todo celo doctrinario. Esta comisión tan elevadamente cumplida, le preparó la senda para nuevos triunfos en el teatro á que estaba destinado; pues, se vió colocado en el Rectorado del Colegio de San Bernardo con el privilegio del curato de San Gerónimo.

El campo de la enseñanza era, indudablemente, el más á propósito para que la inteligencia de este personage diese todo el fruto deseado por el obispo Gorrichátegui y por la sociedad en general; y en efecto, su talento se presentó con el brillo de una erudición sorprendente. «Contraido al progreso de las ciencias, mejoró mucho los estudios y encaminó á la juventud á los adelantamientos que se dejaron ver como resultado de sus doctrinas, de su erudición y fina crítica» (1) Cedió al Colegio todas las rentas del curato de San Gerónimo; y en esa etapa de progresos intelectuales, admiró como orador, como teólogo y canonista, y á esta época gloriosa corresponde la ordenación que hizo de multitud de manuscritos que dejó aún inéditos, á su muer-

(1) **Mendiburu "Diccionario" T. 2.° pág. 328 y 329.**

te, en los que se hallan compilados cumplidísimas disertaciones, y excelentes sermones, sobresaliendo el «Apóstrofe fúnebre» del monarca don Cárlos, que poseía en su biblioteca particular el Dean de la Catedral del Cuzco doctor Carazas.

Según la concienzuda opinión de un autor de su época, «su lectura era inmensa, su tino y crítica exactos. Frutos y testimonios de uno y de otros son las censuras que se leen al reverso de todos los libros que componían su copiosa biblioteca, formadas de su puño y letra y en el idioma en que se hallaba escrito el libro.» Este dato no solo revela laboriosidad, sinó lectura metódica y ordenada, como cumple á quien dedica su vida al comercio literario.

Ya que hablamos de los trabajos salidos de la pluma del doctor Castro, consignaré aquí ocho volúmenes en folio, en que están compiladas las noticias mas preciosas de bellas letras, historia y ciencias eclesiásticas; y presentaré en primera línea la curiosa obra que remitió á Madrid sobre la relación de sellos ó «Fundación de la audiencia del Cuzco en 1788» que se publicó en la real villa, en la imprenta de la viuda de Ibarra, 287 páginas en cuarto.

Esta obra, yá rara en nuestros tiempos, que he mencionado al comenzar este trabajo, es un modelo de estilo narrativo, y ciertamente que hoy puede constituir un tesoro bibliográfico para cualquiera biblioteca americana.

No quiero pasar á otra materia, sin hacer gus-

tar á los lectores las bellezas descriptivas y la riqueza de imágenes que abunda en este libro, y por eso copiaré, para muestra del estilo, el siguiente párrafo de exordio á la narración de una corrida de toros. Dice:

"Así procedían todos á conducir la numerosa tropa de fieras que de propósito se tenían paciendo en algun otero vecino á la ciudad para que en esta especie de batida tuviese mas lugar el gusto que el exercicio. Así se corrían las principales calles, y se llevaba la brava, y cornuda tropa como en reseña, para que el pueblo ya conmovido reconociese á un solo golpe de ojo la grandeza del espectáculo que se le ofrecía. Así eran introducidos los toros en el bello circo de la plaza que les daba un desahogado coso, para que antes de confinarse en el toril, advirtiese la curiosidad aficionada, ya la vistosa piel matizada de manchas en el uno, ya la robusta, y pungente armadura en el otro, la distribución exacta de miembros, el enojoso aspecto, los ojos vibrando fuego, la dura pezuña con que se bate el suelo; y las demas horrorosas dotes que hacen respetable la fiereza, para pedir despues á elección los brutos que mas notables se hicieron en este primer alarde de las corridas. En estas lides matutinas tenían mas lugar, y desempeño los toreadores de á caballo. Desprendida una de estas fieras del toril, en que la acompañaban sus semejantes, por una estrecha crugía en que se le maltrata con clamores desordenados, con golpes, contusiones y heridas, sale escoltada de sola su horrura á dominar el espacioso circo. La copia de objetos insólitos que le van de tropel á la imaginativa, la diversidad de colores que le invaden la vista, la sonora confusión de instrumentos, voces, sonidos destemplados y roncos, zumbido del aire que sacudido por todas partes le pulsa el oído, el hallarse sin acogida de individuo de su especie que

le pueda ofrecer, ó seguridad de asilo, ó igualdad de destino; conmueve su indignación, llama su fuerza, entumece su rabia, aguza sus puntas, erige su cerviz, engrie su brio, inflama sus ojos, cubre de espuma su boca, y trae auxiliar á toda su sevicia.

"En este estado la provoca á combate caballero, y armado el campeón de esta contienda, le opone los acalorados espíritus que encienden al caballo que monta, que rige, que conmueve, que impele: vibra una fuerte lanza con que le amenaza; se le acerca, le dá voces, la rodea en tono de mofarla: la hace percibir que desprecia su vigor, que no lo acobarda su cornigera frente: que va á obtener una plausible victoria de su ferocidad. La fiera con su abrasado, y denso aliento tupe la atmósfera, vomita fuego, encrespa el cerviguillo, se estrecha, se dilata, se avanza, se detiene, y en esta como peristáltica conmoción hiere la tierra, levanta nubes de polvo que oscurecen el circuito, reune toda su irresistible fuerza, atropella temores, rompe dudas, y ya sin mas consulta que la de su furor, acomete al que la irrita, y redobla su irritación al ver la impotencia de su esfuerzo. Se halla sin el que la insultaba que le huyó diestramente el caballo y el cuerpo: ve que se desvanecen en el aire sus iras: ve que se le repiten iguales insultos, y que en ninguno logra éxito feliz su enojo. Empeña entónces mas, y mas sus fuegos hasta que hecha víctima de la destreza del competidor, sale herida, sangrienta, debilitada, postrada, y muerta.

"Se repitieron en otros toros estas admirables escenas mientras venía el término perentorio de ese rato. Entónces todos se retiraban á preparar nuevas ansias de ver lo que había de dar el circo en la tarde, que ya no distaba. Nadie se acuerda que ésta es la hora de la mesa, y todos la dejarían desierta, si la lid propagára su duración, pero es

preciso ceder al intervalo que media. Se come sin hallar gusto en los manjares: parecen interminables las pocas horas que se dan al descanso, y aun antes que inste el tiempo del espectáculo, ya se llenan ventanas, balcones, tablados, y cuantos reductos se dispusieron para catorce, ó quince mil espectadores que congrega este embeleso.

"Estas dos primeras tardes competían á excederse, y porfiaban en sus esmeros de grandeza. Será difícil declarar la palma por alguna de ellas. La segunda tuvo la ventaja de aprender magnificencia de la primera, para imitar lo que vió, y segun se dijo, superar lo que imitaba.

"Las tres de la tarde eran como el toque de convocación al espectáculo. Situáronse entónces los señores Ministros de la Real Audiencia en su eminente puesto, y recibidas por un Ayudante de órdenes las que daba el señor Regente, juntamente con una rica llave de oro (que cedía despues en servicio de este ilustre Ministro, y la regalaba á una de las señoras de mas clase) corría, ó volaba en un caballo, que entónces necesitaba calzar alas para sustraerse al ímpetu primero de la fiera que iba á abrir la espectabilidad de la escena. Abierta la puerta en ceremonia, devolvía el mensagero la llave, y se colocaba en su sitio. Ya el toro tenía entónces en espectación á la plaza. Millares de ojos le medían la estatura, millares de bocas se soltaban en elogio de su ceño, de su robustez, de su velocidad, de sus retorcidas, agudas, y elevadas astas, le celebraban el color, le aplaudían la postura; millares de anuncios le aseguraban los estragos que haría, y casi se los deseaban.

"Ninguno de los toros que lidiaron estas tardes salió desnudo á la Plaza, como si se avergonzazen de comparecer en el circo sin mas ornato que el que les costearon la naturaleza, y las selvas. Los que antiguamente sacrificaba la Idolatría en las aras de sus mentidos Dioses, iban llenos de la

grandeza que los vestía para la mayor solemnidad de aquel culto. Los que se corrieron estas tardes, quizá los excedían. No solo se les doraban los cuernos, y se les formaban lazos de cintas, cordeles de oro, y vendas de ricos tejidos como á aquellos; sino que todos se presentaban con albardas de tisues, brocados, lamas, y cuantas telas de oro, plata y seda trabajan aquellas naciones, que porque sostienen con estas fábricas el esplendor de sus soberanías, decía un discreto que colocaban en sus oficinas sus doceles. Todas iban orladas de galones anchos de oro y plata, de fluecos y borlas de lo mismo (sabe el público que nada pondero); cubríanles las frentes de láminas, ó tarjetas de plata bellamente labradas. Traían collares, pretales, y caidas de gruesos cordones de pesos fuertes. ¡Qué cebo para la temeridad! ¡qué incitatorio para la inconsideración! ¡qué nuevo impulso para la osadía de los toreros."

Los trabajos mencionados, no constituyen el total de los que salieron de aquella inteligencia superior. La defensa que hizo del doctor don Manuel de Moscoso y Peralta, obispo que fué del Cuzco y posteriormente arzobispo de Granada, acometido por la envidia y la emulación mezquina que siempre se cobija bajo plumas pequeñas, es una obra notable en su género y en paralelo con otra sobre el «Misterio de la Concepción.»

El doctor Ignacio de Castro fué nombrado socio de la «Amantes del país,» sociedad que, en Lima, publicaba el «Mercurio Peruano» donde colaboró con el anagrama de Asignio Sartoc, siendo notables sus correspondencias sobre «el

señorismo de las mugeres,» y su disertación sobre «la ceguedad ilustrada.»

Don Pedro de Ureta y Peralta, en su galana «Descripción de la ciudad de Arica» y su vasta jurisdicción correspondiente á la intendencia de Arequipa en el Perú, se ocupa con preeminencias de las dos notabilidades peruanas, contemporáneas del autor, que son el doctor don Isidro Herrera cura de San Pedro de Buenavista en el arzobispado de Charcas, y del doctor Castro, ambos naturales de Tacna y dice de este último: «No debía yo detener mi imaginación en preparar colores para su retrato; pero aquella natural propensión que tiene el hombre á elogiar lo raro cuando es bello, me impele con dulce violencia á recordar sus merecimientos. Este fué aquel presbítero, que debiendo su natalicio á Tacna y su educación á un ilustre preceptor, empezó á formar, con su inspiración y buen ejemplo, aquel fondo de luces que después tanto brillaron en este hemisferio, y que el tiempo, devorador de los mas robustos edificios, léjos de destruir sus fundamentos, le hará ocupar en la posteridad aquel lugar que merece este sabio privilegiado.»

Los que recogemos noticias biográficas, al través del tiempo y delineamos personages ocultos ya por la sombría nube del pasado, tenemos que apoyarnos, con frecuencia, en el testimonio de autores de las épocas en que vivieron aquellos, buscando la opinión más caracterizada. De otro modo, correríamos el riesgo de

levantar el edificio de la leyenda con decorados fantásticos; y por esto, no ha de extrañar al lector encontrarse á menudo con referencias copiadas de tal ó cual trabajo.

IV.

El doctor Castro fué atacado de una hidropesía, única enfermedad que le aquejó la salud; y desde 1790 fué avanzando el mal á grandes pasos.

Cuando vió acercarse el fin de la jornada terrestre, el justo, con la serenidad de ánimo que brindan las creencias arraigadas, hizo sus disposiciones, dejando á los pobres el importe de su rica librería, y á la iglesia del curato que sirvió sus ornamentos sagrados.

Recibió los sacramentos con la santidad y la presencia de espíritu del alma verdaderamente cristiana; luego que sintió que se le declaraba la agonía de la muerte, pidió que le leyesen el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, y á la voz del sublime himno que Jesús dirijió á su Eterno Padre, partió tambien al cielo el que, bajo la vestidura mortal del doctor don Ignacio de Castro, dió lustre á las letras nacionales y gloria al nombre peruano.

Corría entónces el año 1792, y Castro contaba 59 años de edad.

«La conformidad admirable en sus últimas horas, las lecciones de su sano corazón con las que enjugaba las lágrimas de los que en rededor la-

mentaban su partida, se deben mirar como el premio de sus buenas obras y el recto uso de sus luces» ha dicho el esclarecido autor del elogio fúnebre del doctor Castro, y agrega citando á La Rochefoucauld: *Con incredulidad y corrupción es extravagancia pisar la muerte.*

Si la muerte del justo es pintada con la dulzura y la paz de quien se liberta del cautiverio para entrar en posesión del reino paterno, era natural que de ella disfrutase quien, como el doctor Ignacio de Castro, vivió consagrado á la enseñanza y al augusto ministerio cuyos prestigios van en dolorosa decadencia. El doctor Castro repetía con frecuencia las palabras del Conde de San Albán: *la filosofía en la muerte es la religión;* pues, de este profundo pensamiento se desprende la clase de vida y la utilidad que el hombre reporta de las horas concedidas para habitar el mundo de la prueba.

Castro durmió el sueño del hombre de bien, mereciendo su sepulcro ser regado con las lágrimas sinceras de sus discípulos de San Bernardo, quienes acordaron un epitafio latino digno de perpetuar la memoria del sabio y de inspirar veneración para el justo.

José A. Morales Alpaca



José A. Morales Alpaca

José A. Morales Alpaca

> No cruzó estérilmente el valle del dolor, y en la losa que cubre sus despojos, pueden grabarse caracteres que señalen á la juventud virtudes dignas de imitar.
>
> C. Matto.

I.

Patriota esclarecido, apóstol de la ciencia, amigo leal: esa es la trinidad que halló hospedaje, durante 48 años, en la vestidura humana que volvió al seno de la tierra el 9 de Julio de 1889, después de haber sembrado el bien, y practicado acciones altamente patrióticas, bajo el nombre de José A. Morales Alpaca.

Como todos los espíritus superiores tuvo para su encarnación el albergue de un hogar virtuoso formado por el matrimonio de don Antonio Morales y la señora María Alpaca, viendo la luz de la existencia el 17 de Setiembre del año 1841, en la ciudad de Arequipa.

El niño que descollaba sumiso y obediente entre sus hermanos, pronto sacudió el rocío del vergel paterno, yendo á buscar el vivificante sol de la instrucción en el Colegio de San Francisco de le metrópoli morisca, como llama la ilustre Gorriti á la ciudad de la piedra blanca.

Ese Colegio por los años de 849 y 50 del siglo que corre, recibía calor y aliento del cerebro cultivado de un secerdote, docto en ciencias y rico en virtudes, llamado el Padre Juan Calienes, á cuyos cuidados fué confiado el nuevo alumno.

Reconcentrando mis observaciones, en la vida práctica siempre encuentro confirmada la idea que tengo de que, la educación religiosa de la niñez, ha dado al Perú sus mejores hijos y, entre otros, enumero á Manuel Pardo, Miguel Grau, Ladislao Espinar, Francisco Bolognesi, con su infancia nutrida por la doctrina cristiana, y cuya muerte, si bien cubrió de luto el corazón de la República, también proyectó sobre la Patria la eterna luz de la gloria en los espacios de la inmortalidad. Y de entre ellos, aunque en esfera distinta, veo desfilar también á José A. Morales Alpaca, cuya vida intelectual nació á la sombra de aquellas doctrinas que le

dieron la conciencia del deber cumplido, ante todo, y sobre todo, la veneración del honor, el respeto de la palabra empeñada y la dignidad del ciudadano.

Tuve la satisfacción de haber conocido y tratado al doctor Morales Alpaca; y la energía de su carácter me hace pensar que no sería aventurado ni llevaría la tilde de la exageración el asegurar que, llegada la oportunidad, él habría hecho lo que hizo el ínclito Ugarte: asirse del pabellón bicolor, soltar la brida, aplicar las espuelas al corcel y lanzarse al abismo, lleno de fe en el porvenir de su patria.

Pero, no adelantemos los juicios que deben seguir la ilación de este trabajo.

Terminados los estudios preparatorios, debía elegir carrera, y, con la vaporosa intuición, hija del cielo, recorrió el campo de todas las profesiones, fijando su mirada en aquella que, pidiendo mayor caudal de sacrificios, también ofrece mayores ventajas para ejercitar el bien. El lecho del dolor de la humanidad, y el anfiteatro, atrajeron su voluntad para cursar Medicina; y fué ésta la que despertó las aficiones del niño y obtuvo los desvelos del joven, hasta **1861**, en que la Universidad del G. P. San Agustín le confirió el grado de Bachiller en Medicina y Ciencias, á los 20 años de su edad.

No he de detenerme en valorizar el cúmulo de sacrificios, austeridad y abnegación que el estudio de la ciencia de Galeno impone á los que, con verdadera vocación, se consagran á su

aprendizaje, puesto que el respeto universalmente tributado á los médicos, abona la justicia de todo honor que pudiese recopilar aquí para esos abnegados soldados de la ciencia que luchando, dia á dia, en la escuela con los libros, en el hospital con las dolencias y en el anfiteatro con los despojos de la humanidad, llegan á la meta doctoral sólo para arreciar el combate peleando, brazo á brazo, con la muerte para arrebatarle sus presas. El médico caminando tras el dolor y la miseria material para curarlos, como el sacerdote del alma que enjuga las lágrimas, va también con la sien rodeada por esa aureola blanquecina que es el ideal del espíritu, aunque, no ofreciendo como éste, en el altar, el incienso de la purificación, sino la columna del fósforo y la savia de la propia existencia desprendidos del cerebro y mantenidos por una voluntad inquebrantable.

Morales Alpaca abrazó la profesión, con verdadero amor, y por esto, en su sed de saber, abandona las playas de la patria y se traslada á Europa, donde el adelanto de la ciencia, merced á los elementos de que allá se dispone y la consiguiente organización de los hospitales, ofrece anchuroso campo de aprendizaje práctico.

Hoy mismo, que la Facultad de Medicina de Lima poco tiene que envidiar á las del viejo continente y nada á las de América del Sur, por la buena enseñanza que da á sus matriculados, la fuente cristalina de la ciencia y la verdad se señala en Europa, y allá se lanzan con avidez to-

dos los que quieren beber de sus caudales y pueden subvenir los crecidos gastos que el viaje impone.

II.

Llegado á Francia, Morales Alpaca, en 1862, las Universidades de Paris y Bruselas le abrieron sus puertas y, una vez que tomó asiento, fué el primero por su contracción al estudio y la austeridad de sus costumbres. Encerrado en ese círculo que para el estudiante comprende las salas de los hospitales, las clínicas y los laboratorios de análisis, ajeno al bullicio tentador de las grandes capitales, no tuvo el joven otra compañía que la de sus enfermos, sus profesores y sus libros; así que la borla doctoral no tardó en ceñir su frente.

Se recibió de Médico y Cirujano en 1866, después de brillantísimas pruebas. Este resultado, empero, no dejó colmadas sus ambiciones de gloria.

El amor patrio agitaba su corazón de peruano; quiso buscar renombre y volver al Perú con algun distintivo especial. Con ese propósito se dedicó á la mecánica aplicada á la cirujía, modificando en seguida varios instrumentos de física, lo que le valió distinciones honoríficas de la Academia de Bruselas, el diploma de doctor en ciencias naturales de la célebre «Universidad Católica» de Lowaina (Bélgica) y el título de médico interino de los hospitales de Bruse-

las, de cuya Universidad era miembro condecorado, así como de la «Sociedad Latino-Americana.»

En aquella época, presentó á la Real Academia de Medicina y Cirujía de Bruselas un Memorial modificando el *forceps*, que llevó á su mayor perfeccionamiento, obra que los entendidos en la materia conceptúan la más importante en su género, y que hoy figura con el nombre de «*Forceps de Morales Alpaca*» en los tratados de Cirujia y Ginecología publicados en Europa.

Poco tiempo después, dió cuenta de la invención de un nuevo *porta-nudo* para las operaciones de parto, presentando, respectivamente, dos memoriales sobre la *teoría de la supuración* y sobre la modificación del aparato de *oclusión neumática* de Mr. Jules Guerin.

Con tales precedentes, la «Real Sociedad de ciencias médicas» de Amberes, lo hizo su miembro activo, y la de Bruselas, que he citado, ordenó la publicación de todos los estudios practicados por el doctor Morales Alpaca, celebrando con tal motivo un acuerdo donde las frases honrosas y justicieras enaltecían el nombre del médico peruano que me ocupa.

La actividad de su cerebro, en aquel tiempo, es envidiable, pues, lejos de circunscribirse á su sola profesión facultativa, aspira al mayor realce del nombre americano, y funda la «Sociedad Americana» con el objeto de estudiar y publicar en el viejo hemisferio los progresos de este

mundo de Colón mal conocido, y peor juzgado, al otro lado del Atlántico.

Difundía estos conocimientos el doctor Morales Alpaca en importante colaboración ofrecida á varios notables periódicos europeos, sin descansar un solo día en la proficua labor que se impuso, cuando la infausta nueva del terremoto ocurrido en el Perú, el 13 de Agosto de 1868, conmovió hondamente su corazón filial, obligándole á volver á Arequipa, ciudad que encontró convertida en escombros.

Por una grata coincidencia, llega al hogar materno el 17 de Setiembre de 1869, aniversario de su natalicio y, al cruzar los dinteles paternos el hombre que volvía cargado de ciencia y de glorias, tornó á ser el tierno niño que, bañado en lágrimas, estrechaba en sus brazos á la adorada madre y á las tres hermanas, á cuyo amor ha rendido el culto de su corazón, hasta el supremo instante de la muerte.

III.

Una vez en el Perú, el doctor Morales Alpaca, precedido por los honrosos títulos que abonaron su permanencia en el extrangero, el porvenir era suyo. Pero, acatando como el que más las leyes y ordenanzas de su patria, su primer cuidado fué el de trasladarse á Lima, presentándose á la Facultad de Medicina, ante la cual rindió las pruebas exigidas por el reglamento para obtener la refrendación de sus diplomas;

verificado esto, regresó á Arequipa lugar en el que ejerció su profesión y donde el acierto en sus curaciones muy pronto confirmó la fama de que venía acompañado el estudiante de Paris y de Bruselas.

IV.

Como llevo dicho, la actividad intelectual del doctor Morales Alpaca, era superior á las aptitudes comunes de un hombre; y por esto, sin abandonar el ejercicio de su noble profesión, consagró también á su país sus servicios civiles.

Elegido Director de la Beneficencia de Arequipa, tomó el cargo con la vehemencia de labor propia de su carácter, manifestando especial interés y verdadera preocupación por la suerte de ese pueblo indigente, siempre explotado por los merodeadores políticos, y se declaró su personero y defensor.

Arequipa á su vez, no desatendió la actitud del joven facultativo y, apreciando sus dotes independientes y progresistas, le otorgó sus poderes para representarlo como Diputado en el Congreso de 1876.

Ingresado al seno de la Representación Nacional, abordó con entereza de carácter la defensa de los derechos del pueblo, sin limitarse á patrocinar los intereses de una localidad dada, sino los de la República en general; y esta actitud le granjeó aún mayores simpatías, ya no sólo en el departamento de Arequipa, sino en

todo el territorio nacional, siendo elegido Senador, en 1877; y entonces su palabra defendió con ardor y buen éxito al departamento de la Libertad, con motivo de las gestiones del ferrocarril de Trujillo, defensa que le valió una medalla de oro, que el pueblo agradecido de Trujillo le envió por mano del Magistrado doctor don Pedro José Villaverde.

Más tarde, andando el año de 1886, abrazó con igual calor y sostuvo con brillante resultado la recuperación de los ferro-carriles del Sur —Mollendo, Puno y Cuzco— por el Gobierno nacional. Morales Alpaca ocupaba la curul parlamentaria del Senado, pues que desde el año 76 concurrió como diputado primero, y como senador posteriormente, á todos los congresos peruanos. Clasifico la nacionalidad, porque en el lapso de tiempo corrido desde aquel año, ha habido algunos Congresos cuyo origen dudoso tiene que depurar la historia con mejor derecho que una página de apuntaciones biográficas.

V.

Corría el año 1879.

Los destinos del Perú señalaron su hora de expiación tremenda. El clarín de la guerra resonó por los ámbitos de la Patria, y ésta, amenazada de muerte, llamaba á sus hijos.

Defenderla era un deber sagrado. El eco de la voz del patriotismo repercutió en el cora-

zón de los peruanos y ¿quién ¡vive Dios! rehuyó el puesto?

Acaso la lobreguez de la noche angustiosa podría señalar sombras en el cielo de la defensa nacional; pero, no escribo la historia de la guerra del Pacífico sino perfiles de la vida del doctor Morales Alpaca, que deja su asiento de Senador y va á buscar un puesto, sea en las ambulancias, sea en las filas del ejército, trasladándose con tal propósito al Sur, donde inicia sus servicios.

Elegido Alcalde Municipal de Arequipa, cargo concejil que acepta con entusiasmo, su labor se multiplica á medida de sus deseos.

Contribuye á la organización de las *carpas de sanidad*, para asistir á sus hermanos, heridos por la destructora bala y la mortífera metralla del enemigo, piensa en la defensa del hogar y acumula elementos. Y cuando Lima, la sultana del Pacífico, cautiva con las playas sembradas de los cadáveres de sus buenos hijos, gemía bajo el yugo vencedor, la paloma apacible tórnase el león sanguinario y aguerrido.

Calló el corazón magnánimo y habló el corage del patriota; el brazo del cirujano dejó el bisturí y el escalpelo para tomar el compás del mecánico, y encerrado en las factorías de Arequipa y Mollendo fundió un cañón de bronce, á su costa, y otros de sistema Krup, que combatieron en Huamachuco, contra las fuerzas de Gorostiaga; y Morales Alpaca es el primero en depositar su óbolo de 500 soles para adquirir

un blindado, óbolo que fué á la caja donde, en nombre del Almirante Grau, cae la ofrenda de la virgen y el ahorro del jornalero.

Poco tiempo trascurrido, perdidas las esperanzas de la defensa armada, ocupada militarmente la plaza de Arequipa, después de la poco honrosa capitulación de Octubre del 83, el doctor Morales Alpaca cuyo corazón sufrió grandemente con la falta de pericia en los directores, emigra á la vecina República de Bolivia, donde su probada competencia facultativa salva á varias personas notables de La Paz.

Allí su entusiasmo no desmaya, pues su ocupación constante se reduce á mejorar la triste condición de su querido pais y, aunado con el General don César Canevaro, conserva en la proscripción el fuego del patriotismo, hasta el momento en que el desarrollo de los acontecimientos le ofrece la coyuntura para volver, con el brazo armado en defensa de la causa legítima que servía.

El nombre del doctor Alpaca representa fuerza moral ante el pueblo arequipeño, y contribuyó en mucho al inesperado resultado de la resistencia sostenida por la autoridad, obteniéndose las franquicias de la entrada victoriosa del 20 de Agosto del 84, restauradora de la ley, siendo Morales Alpaca investido por el Jefe Superior del Sur con el carácter de Prefecto del departamento de Arequipa. En ese puesto, más que nunca delicado por los momentos de prueba en que se hallaba la causa constitucional,

después del rechazo sufrido el 27 de Agosto en las calles de Lima, se desempeñó con una pericia y tacto diplomáticos dignos de encomio; y á la verdad que también se entregó de lleno á la vida del vivac y la campaña, fabricando 14 cañones de á 6 y 12, para atacar á la resistencia encastillada en la capital. Estos cañones formaron el único cuerpo de artillería que, victorioso, ocupó Lima con el General don Andrés A. Cáceres el 2 de Diciembre de 1885, fecha en que se restablecieron los fueros de la Carta Constitucional con la Junta de Gobierno presidida por el doctor don Antonio Arenas. siendo el país inmediatamente convocado á eleciones populares.

Morales Alpaca vuelve á ser elegido Senador por el departamento de Arequipa; y, como siempre, despliega su bandera leal á toda legítima causa, rechazando con entereza los proyectos que no llevaban el sello de su profunda convicción en pró del bien nacional.

Con esa lealtad de pensamiento, rechazó y atacó el contrato Grace, no por espíritu de oposición sino porque como peruano, lo conceptuaba oneroso al país.

La instrucción del pueblo y el fomento de las industrias ha sido el ideal de los últimos años del doctor Morales Alpaca, y por eso no debe extrañarnos encontrarlo en las clases nocturnas de la Escuela de Artesanos de Arequipa, dando lecciones; ni la solicitud con que se propuso elaborar Vino de Champagne de la uva de Vítor,

pidiendo á Europa envases y útiles que llegaron en los dias de su gravedad y muerte; menos el ardiente empeño que manifestó para la creación de un jardín botánico en su ciudad natal, ni la solicitud, sin segundo, que desplegó en favor de la clase pobre, cuando hubo allí amagos del *cólera morbus*. Entonces redactó y publicó una cartilla higienista que fué distribuida gratuitamente á la gente menesterosa; y presentó ante la Corporación Municipal acuerdos para proveerse de medicinas que llevasen el alivio en las horas de angustia que esperaba á la porción indigente, caso de llegar al Perú el fatídico *viajero del Ganges*.

Las luchas del periodismo diario tampoco fueron extrañas al doctor Morales Alpaca; pues las columnas de "La Bolsa" registraron extensas colaboraciones patrióticas, momentos antes y después de la clausura impuesta á aquel periódico, por el Jefe de la ocupación chilena.

Perseverante, en cuanto propósito abrigaba, el doctor Morales Alpaca, guiado siempre por miras levantadas del nivel de la vulgaridad, sin ese orgullo de los que mandan ni la vanidad de los que pueden, preparaba asuntos de alta importancia como la nueva ley de Municipalidades para llevarlos con su iniciativa al Senado, cuando la grave dolencia que de tiempo atrás minaba su salud, le obligó á dejar el banco parlamentario para regresar á Arequipa; pues él diagnosticó fatalmente su enfermedad, y quiso morir entre los suyos.

VI.

Una vez postrado en el lecho del dolor, la resignación y la fortaleza acompañan al que supo ser fuerte y resignado en la hora de la prueba magna.

Soporta con evangélica mansedumbre todas las penalidades de la dolencia que, como llevo dicho, él mismo la conceptuaba mortal desde sus primeros síntomas.

Creyente sincero, al pensar en el término de la jornada, dirige su mirada al cielo y llama al sacerdote del catolicismo en la tierra.

Cuando ve, junto á su lecho, desparramada la alfombra de flores por donde va á cruzar la Majestad de Aquel que es la vida de los muertos, (1) y oye la campanilla que anuncia que es llegado el momento de doblar respetuosamente la rodilla, el cristiano se reconcentra en perdurable beatitud, el siervo adora y recibe á su Señor! . . . . . .

VII.

Ha rayado la aurora del 9 de Julio, melancólica y triste para los que quedamos proscritos aún en este valle de lágrimas, y sonrosada y diáfana para quien se va en alas de la eterna esperanza.

(1) Hablo de la costumbre de cubrir con flores el suelo en las sacramentaciones solemnes.

El ángel de la muerte señala una fecha, allá en los incomensurables espacios del infinito; aquí el reloj del tiempo marca las nueve y treinta minutos de la mañana.

El hombre debe pagar su tributo á la Naturaleza.

Los bronces sagrados del campanario de San Francisco vibran elevando una plegaria por el cristiano que agoniza. Por el rostro del moribundo ha resbalado ya la última blanquecina lágrima, y José A. Morales Alpaca se aduerme en la tierra con el sueño del justo, para despertar en el cielo.

Y cuando el doble de muerto anuncia que aquí todo ha concluido; allá comienza todo! . .

. . . .

El doctor Morales Alpaca, entrado en los 48 años de su peregrinación mortal, era de estatura regular, de constitución robusta, vivo, franco y atrayente por su trato, como consecuencia de una educación esmerada.

Fué liberal de buena escuela, de la escuela cristiana que respeta los derechos y las creencias ajenas y no doblega la cerviz ante la indignidad plateada con el falso brillo de la hipocresía.

Sus creencias religiosas, cimentadas por propio razonamiento, no sufrieron jamás ese vaivén de los espíritus pobres, que establecen el flujo y reflujo según la mar en que navegan.

En familia, después que sufrió la pérdida de su madre, á quien sea dicho de paso, adoraba,

su aspiración principal era la felicidad de sus tres hermanas y una joven sobrina, con quienes formó su nido donde se respira la atmósfera de las satisfacciones que engendra la virtud en consorcio del trabajo.

Juzgando por la pureza de los afectos que allí han vivido, pienso que ese hogar no tendrá consuelo porque sé lo mucho que vale el cariño nacido de la comunidad de sentimientos.

Tal vez servirá de lenitivo al dolor del alma el recuerdo de que la existencia del doctor José A. Morales Alpaca ha sido útil á la humanidad, tanto como fecunda en virtudes y glorias estimadas y reconocidas por el país.

VIII.

Flores nacidas en el vergel de la justicia y ajenas al espíritu de adulación, ornan la Corona Fúnebre del doctor Morales Alpaca; siendo todas ellas *siemprevivas* que no se marchitan con el tiempo y que vivirán diciendo al porvenir: *somos la expresión del eterno reconocimiento que la sociedad debe á la memoria de un honorable ciudadano, que no cruzo estérilmente, el valle del dolor.*

José Domingo Choqquehuanca

José Domingo Choquehuanca

A Abelardo M. Gamarra.

La Patria! En ella cabe
cuanto de grande el pensamiento alcanza!
En ella el sol de redención se enciende;
ella al recuerdo del futuro avanza;
y su mano de plata desbordante
la inmensa copa á las Naciones brinda....

Olegario V. Andrade.

Al recuerdo sagrado de la Patria, surge la imágen de todos aquellos que amaron la grandeza de su gloria y libertad.

Por eso, al evocarla con las sentidas estrofas del cantor argentino que, en su Atlántida, ha vertido el ardor de su alma americana, hemos llevado la mente hácia una personalidad

que, si en vida trabajó anheloso por el Perú, al través de los tiempos le honrará tambien por la pureza de sus principios y la perfección de su forma moral—si es permitido decir esto último.

No hace una centena de años que la frase *un Perú* era sinónimo de *un tesoro*. Y esto, no limitado tan sólo á la riqueza encerrada en su vasto y hermoso territorio, sino extensible á los tesoros intelectuales, de ciencia y de virtudes, en el corazón de sus hijos.

Hoy mismo, extended la mirada sobre aquellos dilatados campos. ¿Hay algo tan variado y sorprendente como los panoramas que ofrecen las serranías del Perú?

Junto á sus bosques de verde matizado se alzan sus cerros gigantes, coronados de nieves eternas que, derretidas al calor del sol, descienden, en abrillantadas corrientes, para bañar la alegre pradera.

A pocas horas de camino está la fria y helada cordillera con sus pajonales, invernadero de ganados, y los ricos minerales que despertarían la codicia si los hábitos de quietismo no hubiesen sembrado la pobreza industrial.

Aquella alegre región comprende el departamento del Cuzco: esta otra delinea el de Puno. Y esa variedad de terrenos y de climas también se retrata en el carácter de sus poblaciones y sus pobladores, como hemos de verlo en el curso de los bocetos biográficos que hemos emprendido.

Para los que hubiesen puesto en duda la in-

teligencia y las sobresalientes dotes de los Incas. fundándose en la actual postración de la raza de los aborígenes del Perú, cada personaje de los que vamos delineando será siempre un reto que les haga comprender que la esclavitud degenera las razas, pero que el germen primitivo existe, y se manifiesta con potencia sorprendente allí donde se conservó pura la sangre peruana.

Si el Cuzco, en armonía con la poesía de su suelo, produjo al inimitable cantor de la lengua peruviana, doctor Espinosa Medrano, Puno fué la cuna del primer estadista que tuvo el Perú, con un cerebro frio y calculador, en cuyo corazón ardía el escondido fuego de los volcanes para arrebatarlo con las sublimes llamas de un patriotismo puritano. Este fué el doctor don José Domingo Choqquehuanca.

No es un nombre desconocido el que acabamos de trazar.

Los que han fojeado la historia patria, desde la época en que se anunciaron los albores de la hermosa mañana de su emancipación, habrán deletreado con simpatía el nombre de Choqquehuanca, colocado entre celajes de rosa tras de la colosal figura de Simón Bolívar.

Pero, ¿saben todos quién fué aquel ciudadano de corazón ardiente, de palabra fácil, y en cuyo cerebro lució el dón profético de tiempos más felices que el nuestro porque los alimentaba la fé?

No.

Su persona y su nombre existen entre confusiones que es preciso depurar con tanto mayor empeño al presente, como que la postración de la patria exije, para ante sus hijos, el recuerdo de ejemplos dignos de imitar, legados por aquellos ilustres peruanos cuya memoria hemos de amar con amor agradecido.

I.

En la solitaria ciudad de Azángaro, del departamento de Puno, vivió, practicando los más austeros y á la vez dulces deberes del hogar, un matrimonio indígena compuesto de Roque Choqquehuanca, la cabeza, y Melchora Béjar, el corazón.

Roque era último vástago de uno de los Incas peruanos: sus méritos, su fortuna, librada del esquileo, y su nobleza de sangre le hicieron, á más de Cacique de Azángaro, caballero cruzado y pensionado en la órden de Santiago. Su esposa, depositaria de los tiernos sentimientos religiosos que son la garantía tutelar de nuestros hogares, inclinó la voluntad de Roque, y ambos fundaron á su costa el suntuoso templo de Azángaro y muchos edificios de la población, contribuyendo á esto el entusiasmo de un hermano de Roque, don Gregorio Choqquehuanca, que llegó á ser canónigo de Dignidad Maestre Escuela en la ciudad de la Plata—Sucre—en la República de Bolivia. (1)

(1) Roque Choqquehuanca, es el que mandó una compañía de soldados junto con Pumaccahua, en el virreinato de Abascal.

Así puro y honrado fué el techo bajo el cual se colocó la cuna de José Domingo, nacido el 4 de Agosto de 1792, dia de regocijo magno para aquel hogar feliz por muchos motivos, pero sombrío, hasta entonces, porque no le alegraba la sonrisa de un niño. La infancia de los peruanos era casi una en su desarrollo y en sus detalles.

Los besos de la madre, los desvelos de su amor, las *chocheces* de su afecto y los cálculos de un buen padre, hallan su lindero, ó mejor dicho cambian de forma y de rumbo, el dia en que se piensa en la ESCUELA.

Contaba 10 años José Domingo, cuando ocurrió en su casa aquella sublime escena de amor, abnegación y *desprendimiento egoista* que ninguno que no sea padre sabrá aquilatar bien.

Debia separarse el hijo para ir á la ciudad de Arequipa, lugar elegido por sus padres para educar á José Domingo, y llegado allí, en 1802, inició su carrera literaria bajo felices auspicios, cuyo relato llenaba de orgullo el corazón de Roque y hacía llorar á Melchora.

La ternura de las madres no tiene límites; pues, al decir de Balzac, hay dos cosas insaciables: el amor de una madre y la ansiedad del jugador.

La madre! Ella rocía con sus lágrimas así la corona de laureles como la cadena de prisiones del hijo.

En medio de aquellas dulces tristezas que las buenas nuevas relativas á su hijo producían á

Melchora, en su corazón maternal se alzaban negros nubarrones de un presentimiento siniestro.

¿Quién es capaz de interpretar los secretos avisos del corazón de las madres? Para ellas el velo del porvenir parece más ligero, y así leen la verdad al través del tiempo.

La muerte estaba con la guadaña lista para cortar la felicidad de la familia Choqquehuanca, dejando huérfano de padre y madre al pequeño José Domingo, cuando apenas contaba 12 primaveras.

En aquella suprema orfandad que cubre de ceniza y sal las más queridas flores de las ilusiones de un niño, para el estudiante de Azángaro no hubo otro refugio de consuelos que los brindados por su tio don Gregorio. Perdidos sus padres, iba también á perder su patria, á ser extranjero, y en tierra ajena á procurarse el pan del alma que el espíritu recibe en el libro como el supremo vigorizador del infortunio.

José Domingo fué llevado á Sucre por el Canónigo, su tio, quien lo puso en el colegio de «San Juan Bautista» de aquella ciudad, floreciente entónces por su plan de estudios, la competencia de sus regentes y la moralidad de sus claustros.

II.

Destinada á la juventud proscrita de los afectos de familia, ha puesto el buen Dios una luz

secreta en el atractivo dulce de la soledad y de la contracción.

Los espíritus bizarros se han formado casi siempre en la escuela del dolor: magnífico templo de aprendizaje en cuyos altares nuestro holocausto es la constancia.

Con el apagamiento del hogar paterno, se abrió para el jóven Choqquehuanca la nueva era de su vida. No sería ya el hijo mimado de los autores de su existencia, sino el pupilo del sacerdote que espiaba su conducta con escrúpulo, y dirigía su inteligencia con interés.

Latinidad, Filosofia, Teología, todos los cursos de su plan de estudios fueron devorados, por decirlo de una vez, por el joven peruano, quien, en su calidad de *forastero*, hallaba un estímulo para sobreponerse á sus colegas bolivianos; y las borlas doctorales se preparaban para ornar, desde temprana edad, la frente del estudiante contraido. Esto se realizó en **1809**, fecha en que se graduó de doctor, contando apenas **17** años, y con tan brillante éxito que dejó satisfechos á sus maestros, envidiosos á sus condiscípulos, y lleno de regocijo á su tio el digno Canónigo, quien ansiaba verlo vestir la túnica talar. Pero, no era el altar divino el que reclamaba á este joven, destinado por la Providencia al ministerio de otro altar no menos respetable que el primero, cual es el de la Patria, cuyo nombre entusiasmaba á Choqquehuanca con los primeros y purísimos efluvios de la libertad.

Se decidió por terminar la carrera de Jurisprudencia, abrigando ya firme propósito de regresar al Perú, donde la causa patriota tenía fundadamente alarmado al gobierno colonial.

El año 1812 se graduó en Derechos, en los que se perfeccionó cuatro años después, esto es en 1817; emprendiendo luego su viaje de vuelta hácia el país natal para reunir su fortuna dispersa y comenzar una vida activa en cooperación de la causa independiente, en cuyas aras ya se habían inmolado tantas y tan ilustres víctimas como Tupac-Amaru, Pumaccahua, Becerra, Angulo, Farfán de los Godos y mil más.

III.

En atrevida lucha las diminutas fuerzas libertadoras contra el gigante poder de la corona, recibieron de la Victoria, en mano propia, los laureles del triunfo, en los campos de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

La noticia subyugó los ánimos, con la velocidad del rayo, para hacer estallar el entusiasmo; y los peruanos sintieron bullir la sangre entre sus venas, enardecidas por el sol de la libertad que doraba ya las cumbres y alumbraba hasta los antros más recónditos de su patria.

Los empujes de Junín y Ayacucho agrandaron la personalidad de Bolívar hasta darle la talla de un dios americano. Explicable es, pues, todo lo suntuoso que los pueblos hicieron al recibirlo en su paseo triunfal por la tierra que des-

pojada para siempre de sus cadenas de servilismo, entonaba el himno de los libres.

El tránsito de Bolívar por los pueblos del interior de la República, marca época en los anales de lo grande y luminoso.

Pasó también por el departamento de Puno, y Choqquehuanca marchó, en compañía de varios vecinos notables de Azángaro, á la villa de Pucará á saludar al inmortal hijo de Caracas, á quien habló así:

«Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó á Manco-Capac. Pecó su raza y lanzó á Pizarro. Después de tres siglos de expiación, tuvo piedad de la América y os ha creado á vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece á lo que habéis hecho, y para que nadie pueda imitaros es preciso que no haya un mundo que libertar. Habéis fundado cinco Repúblicas que, en el inmenso desarrollo á que están llamadas, elevarán vuestra estatua á donde ninguna ha llegado.

«Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina.»

¿Qué más podía decirse á quien nos legó la dignidad patricia?

Acaso nada más.

Bolívar no olvidó nunca aquellas sentenciosas palabras, en que la elocuencia agradecida está condensada con admirable delicadeza, ni el nombre de quien las pronunció.

La historia tampoco ha silenciado las unas ni olvidado al otro.

El doctor don Francisco García Calderón, al hablar del Libertador en su DICCIONARIO DE LEGISLACIÓN, dice: *Mucho se ha escrito en elogio de Bolívar; pero entre todo damos la preferencia á la arenga que ante él pronunció el año 1825, en el pueblo de Pucará, el finado doctor José Domingo Choqquehuanca. Hé aquí algunos fragmentos de ella,* é inserta los hermosos pensamientos de aquel discurso que llevamos trascritos.

El «Comercio» de Nueva York, en uno de sus números del año 1880, copia el mismo trozo que he trazado; pero, desgraciadamente, al hacer las apreciaciones histórico-biográficas, sufre una tremenda equivocación, emanada, en mi concepto, de una confusión entre el Canónigo don Gregorio Choqquehuanca, de quien ya he hecho referencia, y el héroe de la palabra de Pucará, pues dice á la letra:

«Cuando en 1825, después de la campaña del Perú, Bolívar se dirigió á Bolivia, el Cura de Pucará, doctor Choqquehuarse, oriundo de la raza indígena, lo felicitó con la arenga siguiente que, por su enérgica elocuencia y elevación, no desdice de los demás bellos rasgos en este género . . . .

«El Libertador quedó admirado al escuchar semejantes conceptos en boca de un humilde Cura indio, en el centro de los Andes, y agradecido á su ingenioso admirador, le ofreció un canonicato que el digno eclesiástico rehusó admitir.»

A rectificar estas confusiones y salvar las dudas, contribuirán, no lo dudamos, las presentes líneas, basadas en buenos datos, ordenados con todo el entusiasmo del peruanismo que nos hace trabajar por la gloria de los muertos en cuya sepultura se levanta la luz de gloria para el Perú.

IV.

Como en todos los pueblos, en la provincia de Azángaro se reunió el pueblo en comicio, y nombró al yá reputado doctor Choqquehuanca por su Delegado; cargo que desempeñó por tres meses, pero cuyo tiempo, aunque cortísimo, supo utilizarlo con ventaja digna de encomio, pues organizó la provincia según el sistema popular representativo, renunciando en seguida el cargo.

El Congreso de 1826 recibió en su seno al doctor Choqquehuanca, como Diputado por Azángaro, quien honró á tal grado el asiento legislativo, que mereció una medalla de oro del Libertador Bolivar.

Entónces inició Choqquehuanca la erección del obispado de Puno. Aquel Congreso, como es sabido, fué litigioso, y más que alguno otro pedía mesura y desprendimiento á los representantes que, por tanto, debian inspirarse en el verdadero patriotismo.

Presentada la moción pidiendo que se difiriese para otra época la instalación del Congreso,

Choqquehuanca fué de los que apoyaron esta idea que motivó serios disturbios en las Cámaras, dividiéndolas en dos bandos reñidos y exaltados, y de los que se originó el nombre de *vitalicios* dado á los que apoyaban la idea defendida por Choqquehuanca,—inspiración de Bolívar;—siguiéndose á esta tempestad parlamentaria la revolución de Enero de 1827, siendo en consecuencia proscritos los vitalicios de la comunión política.

No me detengo en la investigación y juicio de estos procedimientos, porque meramente recopilo los datos de la vida de Choqquehuanca, señalando las faces culminantes de ella. Choqquehuanca representó otra vez la provincia de su nacimiento—Azángaro—siendo, al mismo tiempo, nombrado diputado á la Junta Departamental de Puno, puesto que prefirió al de representante, convencido de que la buena administración y la ventura de un país dependen de los empleados secundarios, y que allá hacía mayor beneficio á su departamento. Introdujo grandes reformas político-sociales, sirviendo un año de secretario, y tres de Presidente de la expresada Junta.

En 1830 dejó terminada su obra titulada ENSAYO DE ESTADISTICA COMPLETA DE LOS RAMOS ECONÓMICO-POLITICOS DE LA PROVINCIA DE AZÁNGARO DEL DEPARTAMENTO DE PUNO DE LA REPUBLICA PERUANA, DEL QUINQUENIO, CONTADO DESDE 1825 HASTA 1829 INCLUSIVE, obra de tanto aliento como fruto de una perseverancia patriótica

que, por sí sola, bastaría para recomendar el nombre de su autor ante los poderes legislati vos de un país, siguiéndose las dos circunstancias especiales de haber sido Choqquehuanca el primero que, en el Perú, emprendió semejante trabajo, y la de haber recorrido, por varias veces, la provincia para dar á su obra el sello de la verdad y propiedad. Oigámosle á él mismo que, en los preliminares de su trabajo, dice: «Después de las más constantes y laboriosas contradicciones, dificilmente puede combinarse una estadística completa. Mis ideas divagaron sin término entre las diversas materias que debía comprender una obra, que, por su naturaleza complicada, exigía extraordinarios esfuerzos para metodizarla. Por repetidas veces dejé la pluma ruborizado de mi impotencia, en un empeño tan difícil; mas reanimado por mis compromisos públicos, al fin pude divisar, en la Economía Política, las reglas de su composición. Las dificultades no se terminaron en haber alcanzado el método; aûn fueron más insuperables en la consecusión de los datos estadísticos: fué necesario correr y recorrer la provincia, y hacer entender que la formación de la estadística no era para imponer gravámenes, ni hacer males á los pueblos, sinó para promover la felicidad y prosperidad de ellos.»

El ilustrado Raimondi, al hablar de esta entidad peruana, dice «que sería una felicidad para el Perú, si hubiese un Choqquehuanca» en cada

provincia,» (1) hermoso pensamiento que, condensado, encierra la apología gloriosa de nuestro compatriota, presentándolo á la imitación y al estímulo de la juventud peruana.

V.

Elegido Senador por el departamento de Puno en 1832, llevó Choqquehuanca á efecto la creación del obispado de Puno, quedando de Consejero de Estado después de la clausura del Congreso, y en este desempeño publicó, en 1833, la obra de Estadística que hemos relacionado, producción que el Supremo Gobierno pasó á manos del cosmógrafo mayor doctor don Gregorio Paredes, cuya opinión fué la de que «siendo un trabajo acabado, serviría de modelo en todas las provincias de la República.» En consecuencia, el Gobierno compró 70 ejemplares de la obra para todas las provincias; pero, ese veneno corroedor del progreso de las naciones que los malos hijos les propinan bajo la forma de revoluciones, no permitió que de tan meritorio trabajo se cosechasen los frutos esperados.

La revolución de Salaverry, el año 1835, impidió la reunión del Congreso ordinario de aquel año, al que debía asistir Choqquehuanca como diputado electo, tercera vez, por la provincia de Azángaro; y nombrado Subprefecto de la mencionada provincia, tampoco desempeñó el puesto por la revuelta política de que hablamos.

(1) Raimondi, "El Perú" T. III página 106,

El General Orbegoso que, por aquel tiempo, regía los destinos del Perú, conociendo los méritos de Choqquehuanca, lo colmaba de todo género de distinciones y le pidió fuese Prefecto de Puno, puesto que Choqquehuanca aceptó con miras de salvar á los patriotas perseguidos, y no por adhesión á Santa-Cruz.

Pero Choqquehuanca era hijo de la ley, y acatador del derecho; condiciones altamente opuestas á la práctica autoritativa de las épocas de turbulencias políticas. Se le pedía la arbitrariedad; se le exigía el olvido de las leyes juradas, y con los fusilamientos y excesos mal podía avenirse su espíritu justiciero. A los cinco meses renunció la Prefectura, contando el placer de haber salvado la vida al Gran Mariscal San Román y la del doctor Severo Malavia, notable personaje de Bolivia.

En cinco meses de atenta observación al frente de los destinos del departamento de Puno comprendió, sin duda, el reflexivo Choqquehuanca la anarquía en que se desquiciaban las nacientes instituciones patrias con la prescindencia de la ley; pues, persuadido estaba de la gran verdad doctrinaria de Montesquieu, de que el país que no respeta sus leyes, por malas que sean, camina al abismo de su destrucción; y no contando con elementos que sirvieran de atajo á aquella corriente devastadora, se retiró á buscar la soledad en el tranquilo rincón del hogar, lamentando, en pensamiento acibarado, la suerte de la Patria, rescatada á tanta costa á

la vida de la libertad republicana, defendiendo, sí, con ardor, como abogado, los derechos de los indígenas de Azángaro.

En 1845 visitó nuestro héroe la monumental ciudad del Cuzco, cuya grandeza y hermosura de paisaje animaron su existencia amortiguada; y abandonando la atonía de su espíritu, emprendió en aquella ciudad la impresión de un folleto dedicado al Gran Mariscal don Ramón Castilla, con el título de COMPLEMENTO AL RÉGIMEN REPRESENTATIVO.

Muchas notabilidades literarias de Europa mantenían relaciones epistolares con Choqquehuanca; y en el Perú, Paz-Soldán, Ureta, Luna Pizarro, Vigil, Pardo (Felipe), Quimper (José María), todos conservaban con él iguales relaciones, y á este último sirvió de activo colaborador en «La Reforma,» periódico que redactaba en Arequipa, donde también inició Químper su carrera periodística, y cuyos primeros trabajos fueron alentados por Choqquehuanca con el entusiasmo que siempre abrigó por las buenas ideas. El doctor Químper dice: «Se hizo mi corresponsal y mi colaborador, y recuerdo haber publicado algunos escritos suyos, notables por su brío y por su sincero culto á las ideas republicanas.» (1)

La vida privada de este hombre ha sido ¡cosa rara! modelo de virtudes domésticas y personificación de la sagacidad y el desprendimiento.

Indio peruano, de tez oscura, ojos de mirada

(1) Carta del doctor Químper á la autora. Su fecha Junio 6 de 1889.

centelleante, cabello negro, lacio y grueso, estatura pequeña, abdomen pronunciado, palabra firme, voz sonora y voluntad de acero; hé ahí la persona.

Hoy apenas queda un hijo de aquel nieto de Incas, que, sin duda, vive olvidando los afanes de la enmarañada política con el recuerdo glorioso de sus antepasados.

La cuna del hombre está á más ó ménos distancia de la tumba.

En la vida fugaz sólo es cuestión de tiempo lo que nace con igualdad de fin.

Sonó la hora marcada en el reloj que mide el dón de la existencia otorgada por la mano de Aquél que contempla los siglos y los mundos como segundos y como átomos. En 1854 se abrió la sepultura para el peruano que, al volver al seno de los misterios de Dios, podía asentar en su *cuenta* el cumplimiento del deber como hijo de la Patria.

Lloró el bronce sagrado en las alturas del campanario, y la enseña del duelo se ostentó, en el Perú, por la desaparición de uno de sus más abnegados defensores.

Y, si los restos de José Domingo Choqquehuanca, que debían estar velados por el pabellón nacional, reposan allá en las ignoradas soledades de Azángaro, su nombre se repite con cariño en el poblado, y se guarda con respeto en el libro.

¡Dichosos los mortales que, al pasar por el valle de la vida, dejan huella de luz y de gloria!

INDICE

3 2044 010 699 544

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413

WIDENER
SEP 1 0 1995
FEB 1 0 1995
BOOK DUE
AUG 15 1997
CANCELLED

WIDENER
FEB 1 0 1995
BOOK DUE

WIDENER
SEP 1 1 1995
AUG 2 5 1997
BOOK DUE
CANCELLED